

**Rafael Aguilar**



***Madero***

***sin Máscara***

Primera Edición.

**MEXICO**

Imprenta POPULAR. - 1a. de Nuevo México 14.

1911

## **AL LECTOR:**

*Considere usted los hechos presentados en este trabajo como rigurosamente ciertos; considere usted que es mexicana y que ha prometido servir á su patria. Medite usted profundamente después de haber leído y, en seguida, con la mano en el corazón, condene ó absuelva.*

*Rafael Aguilar.*



---

---

# ANTECEDENTES

---

**La verdad ha de decirse á tiempo para que sea provechoso decirla, y cuando se tiene la convicción de hacer un bien debe decirse, pese á quien pese.**

El 3 de Febrero de 1909 apareció en el *Gil Blas*, de la ciudad de México, un artículo mío: "Deficiencias en el Colegio Militar" en el que combatía con ruda franqueza los defectos capitales de que adolece el ejército mexicano. Siempre he creído, y en aquella época estaba dispuesto á demostrarlo, que la masa directora militar de México deja mucho que desear.

Esta convicción es más general de lo que pueda imaginarse. Un respetable número de oficiales, particularmente entre los elementos jóvenes reconoce con toda claridad las deficiencias del ejército y desearía, con deseo sincero, pero débil, que esas deficiencias desaparecieran. Además de las trabas que la elástica interpretación de la Ordenanza y la existencia de circulares concretas, impone á los oficiales cohibiéndoles en la expresión franca de sus ideas, existen como causa que justifica la inercia de los militares para hacer prosperar su Institución, el interés propio y la estabilidad de la familia; interés y estabilidad que se perjudican hondamente con la aplicación de prescripciones susceptibles de ser retorcidas al arbitrio de asesores que someten sus juicios á consignar, impidiendo la libre exposición de ideas que no vayan perfectamente de acuerdo con ciertos cánones de pensamiento, desgraciadamente ni rectos ni avanzados. De donde resulta que además de tener los dones de pensar hondo y analizar claro, requiere un militar para ser útil y colaborar al progreso de su Instituto, una dosis inusitada de valor civil para afrontar procesos, arrestos y la cauda consiguiente de intrigas ruines con que suele rodearse al "caído."

Consecuencia de esto fué que se procediera contra mí y se me impusiera un arresto de cuatro meses, que á causa de la eficacia administrativa, fueron cinco y medio, arresto curioso porque el Agente del Ministerio Público afirmaba que yo no era responsable del delito que se me imputaba; pero el Comandante Militar, General Rascón, atendiendo á la decisión draconiana del asesor de la Comandancia, me impuso 6 meses de arresto, sentencia que fué luego revocada por la Suprema Corte, que sin embargo, por no justificar plenamente mi conducta, que habría sido en el criterio oficial, un mal precedente, me impuso por fin cuatro meses de arresto.

Mi artículo tenía como fin hacer un bien al Colegio Militar y por ende al ejército todo, de la misma manera que al denunciar las faltas de la Práctica de Artillería, en pleno examen profesional, á despecho de mi posición ulterior, no perseguía otro fin tampoco.

Sufriendo mi arresto en uno de los cuarteles de México, comenzó á desarrollarse el movimiento político que ha originado la crisis por que atraviesa la República en estos momentos. Prometí desde entonces ser útil á mi país y este trabajo es el primer paso práctico en la realización de mi promesa.

### **PROPOSITO.**

La personalidad de Don Francisco I. Madero se destaca de modo vigoroso en el movimiento político. Tuve la idea de conocerlo á fondo, de saber si era ó no un hombre sincero y presentarlo después á la Nación, tal como lo juzgara mi conciencia completamente desinteresada y completamente patriota. Las razones que me impulsaron á obrar en esta forma, son las siguientes: Un principio conocido de historia afirma que no se puede juzgar á un hombre público sino hasta mucho tiempo después que han cesado las influencias de todos sus partidarios y de sus enemigos, y que sólo puede conocerse su obra cuando todas las pasiones han desaparecido.

Al imponerme yo el trabajo de juzgar á Don Francisco I. Madero, advierto ante todo que nunca he sido, ni su partidario, ni su enemigo: una ambición más noble que la de servir á un partido me impulsa á escribir este trabajo: la de servir á mi Patria.

Por lo demás, los hechos que constituyen el cuerpo de este trabajo, son para mí de tal modo claros, que se puede llegar con seguridad y solo teniendo un criterio recto y desapasionado, á concluir lo que forma mi convicción, sobre la probable gestión administrativa de Don Francisco I. Madero.

El señor Don Francisco Bulnes escribió, por el mes de Abril del presente año, un artículo en el que prometía la publicación de un estudio financiero, político, económico, administrativo, y judicial de los treitna años de la administración del General Díaz. En ese estudio presentaría todos los negocios que han tenido lugar, "de manera que el país conocerá la verdad," dice el señor Bulnes.

Yo creo, sin que ni por asomos tenga la pretensión de comparar mi labor intelectual con la del señor Bulnes, que ese estudio habría sido mucho más útil á la sociedad, si en vez de presentarlo como una defensa de un amor propio personal, más ó menos ofendido, lo hubiera dividido en oportunas acusaciones fundadas que habrían tenido como consecuencia, dada la potente mentalidad del señor Bulnes y su posición como representante del pueblo, evitar quizá la actual Revolución que enluta nuestro suelo.

Ahora bien, mi trabajo tiende á decir las cosas á tiempo, para que la Nación, teniendo bases ciertas en qué apoyarse, dé al Caudillo de la Revolución el lugar que realmente merece y no pretenda exigir de él un trabajo que está muy lejos de poder llevar á cabo.

En este trabajo pueden distinguirse dos partes: Hechos y conclusiones. De los hechos respondo, porque los he visto. Nadie ponga en duda la veracidad de mi palabra, inspirada en el interés más puro por el porvenir de México, porque es una palabra libre de adulaciones y libre de compromisos.

La segunda parte es una consecuencia de mi educación y de mi carácter; adolecerá evidentemente de mis defectos personales, pero téngase en cuenta que emito una opinión ingenua y que el objeto principal que persigo, es invitar á la mentalidad vigorosa y honrada de los hombres prominentes de México, sin distinción de partidos, así como á la clase media en general, á que considere los hechos que presento y se esfuerce en conciliar las aspiraciones nacionales, para que se llegue de un modo efectivo á constituir fuertemente la individualidad de nuestra Patria; para que se llegue á hacer algo digno de las valiosas energías con que cuenta el país; para que la era de luto, que como justo castigo de las maquinélicas combinaciones del Partido Científico y de nuestra criminal indolencia, cierra la administración porfiriana, sea un benéfico ejemplo que ponga coto á las ambiciones personales de los directores políticos y para que, por último y sobre todo, nos preocupemos de elevar el nivel intelectual y moral de nuestro pueblo.

Antes de entrar en materia voy á permitirme emitir mi opinión personal sobre esos sacudimientos de los pueblos que se llaman revoluciones; así podrán justificarse muchos de mis actos.

## IDEAS REVOLUCIONARIAS DEL AUTOR.

Consideré el movimiento político iniciado en 1909 como infructuoso, porque nunca creí que se tuviera como fin en sus directores, la revolución, dado el caso que todo el mundo preveía, del fraude electoral.

Poco antes de que se iniciara la revolución en la República, leía yo en Monterrey la obra de Gustavo Lebón: "Psicología del Socialismo," en la que condena todos los movimientos revolucionarios de la América Latina, considerándolos como síntomas del fallecimiento de nuestra raza. Grandemente impresionado por las ideas de Lebón, me afilié sin embargo al partido revolucionario porque creía, y creo, que hay ciertos estados de los pueblos que necesitan de conmociones bruscas y grandes para poder resolverse.

El secreto del éxito está, á mi manera de ver las cosas, en que los iniciadores de una revolución sean hombres de honradez acrisolada, de ciertas aptitudes organizadoras, de cierta energía de carácter que asegure la conducción de un acontecimiento irregular, por los senderos más regulares que sea posible. Pasa en los pueblos lo que pasa en el hombre: hay ciertos momentos de la vida en que fatalmente se vé uno arrastrado hacia abismos, imposibles de salvarse sin la cooperación de medios extraños de suprema energía, y de muy difícil, si no imposible análisis. A uno de estos momentos nos había conducido, ó mejor dicho; nos habíamos dejado conducir por el tristemente célebre "Grupo Científico." Era necesario salvar el abismo, sin preocupaciones mezquinas, con toda la virilidad de que es susceptible nuestra raza, y podemos enorgullecernos de haber triunfado. Estamos ahora en un terreno nuevo, que si bien tiene muchas grietas ligadas, dolorosamente con el pasado, no constituyen, no deben constituir, un obstáculo que impida el progreso de una nación que se precia de contar con una clase media inteligente y honrada y con un pueblo sufrido y trabajador.

Puede considerarse la revolución como un medio para conseguir que se realicen las altas aspiraciones de un pueblo. No como un pretexto para cambiar un orden de cosas malo; en otro igual, ó más malo todavía, sino como el castigo que un pueblo impone á sus detractores y se impone á sí mismo. A los primeros, como justa recompensa de sus faltas; y á él como estímulo poderoso que lo obligue á corregir su ignorancia.

Así considerada la revolución, no puede en ella tolerarse nunca la formación de una clase nueva al amparo de la adulación y de la intriga; menos puede tolerarse aún la influencia de medios extraños dañados (extranjeros amantes

de aventuras), que desconociendo las aspiraciones y tendencias de un pueblo, pretendan ocupar puestos que no merecen, ó dirigir asuntos que no les incumbe dirigir.

El trabajo, en consecuencia, de los directores de la revolución, no debe ser un trabajo ciego, sino inteligente, y esto, á pesar de los que defienden la idea de que todas las revoluciones están atestadas de actos reprobados. Si así ha pasado no debe seguir ocurriendo; y nunca será una disculpa satisfactoria, conformarse con que así tenía que ser. No, señores; los directores de una revolución están obligados á poner de su parte todo el esfuerzo posible en bien del orden, é incurrir en una responsabilidad tremenda cuando dejan que los acontecimientos se desarrollen brutalmente.

Las medidas de disciplina y organización, no deben figurar sólo en las columnas de los periódicos para engañar á la opinión pública, cuando en los teatros de operaciones reina el más absoluto desorden. Esto es, en mi concepto, sencillamente criminal. (1)

Seamos desde ahora sinceros y nuestra obra será buena; seamos honrados y trabajemos con inteligencia, y nuestra obra será duradera. Así lo exigen la salud de la Patria y el honor nacional.

Hay una tendencia general para considerar como hecho final de las aspiraciones populares, las ventajas obtenidas en el campo de batalla, y siguiendo esta línea de apreciación, se concede á los encuentros habidos entre rebeldes y federales una importancia exagerada. Si se tratara de una lucha internacional, se estaría en lo justo, porque entonces el dominio de la fuerza se impone en absoluto. Tratándose de una lucha civil, la cuestión cambia de aspecto completamente. El gobierno será incompetente para acallar la voz popular, que se impone soberana, aun en el caso de que sus fuerzas disciplinadas obtengan victoria tras victoria. Las furzas federales debían estar en aptitud de batir á los rebeldes en todos los casos en que no hubiera una superioridad numérica aplastante, y si no lo han hecho en nuestra actual revolución, es debido única y exclusivamente á la deficiencia directora. El gobierno que no se preocupó honradamente del desarrollo armónico del país, no se preocupó tampoco de la importantísima arteria militar, sin comprender que al hacerlo, minaba él mismo la base de su grandeza.

La Insurrección Nacional tomó incremento cuando los re-

---

(1) En el periódico **México Nuevo** que se publicaba en San Antonio, Texas, vieron la luz varios decretos como emanados del señor Madero; pero ni el tiempo, ni las circunstancias, ni nada, podían hacer creer que esos documentos vinieran del Jefe de la Revolución.



beldes de Chihuahua lograron evadir la acción de las fuerzas federales, haciéndoles sufrir golpes que tenían bastante resonancia; sé con toda evidencia que el movimiento iniciado en el Distrito de Guerrero del Estado de Chihuahua, carecía de importancia en su origen y habría sido aplacado bajo una dirección militar enérgica é inteligente. El fracaso de este movimiento habría sido el fracaso de la revolución.

Es natural que se piense en organizar las fuerzas rebeldes militarmente, pues que se desea hacer la guerra. Apenas puede concebirse que haya defensores del estado chusmático en que el señor Madero conservó siempre sus fuerzas, no obstante sus ideas expresadas antes de que tomara la dirección de las operaciones. (1)

Pues bien, la introducción de los principios militares en las filas rebeldes tiene entre otros, el nobilísimo fin de cimentar sobre bases de orden el edificio social; como consecuencia de esos principios las fuerzas rebeldes obtendrían mayores y más rápidas ventajas, pero esas ventajas no son sino un medio para llegar á conseguir los deseos populares. Podrá haber en la lucha, hechos de armas notables, dignos de figurar en lugar preferente en la Historia Militar de México, pero no es el desarrollo de uno, ni de todos los combates lo que nos interesa, y mientras no definamos con claridad meridiana la diferencia, caeremos nuevamente en aras de otra tiranía.

Hay que repetirlo: el empleo de la fuerza armada, es un medio extremo de que se valen los pueblos en sus grandes crisis; mientras una nación platónicamente se conforme con derrumbar un orden de cosas que odia y sustituirlo con otro que no conoce, irá de mal en peor.

La guerra civil es el sacudimiento más trascendente que puede sufrir un pueblo; de nada servirá este sacudimiento, si al vencer el pueblo á su gobierno, lo que forzosamente tendrá que suceder, no se vigila estrictamente la conducta de los nuevos gobernantes, ni se pone el remedio necesario á los males que aquejan á la sociedad. Entonces la revolución es inútil; es más: perjudicial.

Nuestro objeto no debe ser cambiar al General Díaz por el simple deseo de cambiarlo; poner como sustituto á otro hombre y dormirnos en nuestros laureles militares. No. Es preciso llevar á la práctica las reformas encaminadas á satisfacer nuestras necesidades; es indispensable no dejarnos seducir por discursos halagueños que prometen justicia, igual-

---

(1) En carta fechada el 12 de Diciembre de 1910, que recibí en San Antonio, Texas, me decía el señor Madero: "A las fuerzas, que hagan ejercicios militares diariamente, lo menos 6 horas, pero 8 si es posible.".....

dad, fraternidad, reparto de terrenos, etc., etc..... Debemos conocer á tiempo á nuestros hombres y conocerlos bien, ponerlos donde puedan estar y no donde creamos que deban estar, por consideraciones de gratitud ó cualesquiera otras.

Entiéndase bien, que antes que el más grande de todos los hombres, está el porvenir de la Patria y trabajemos, después de la revolución armada, más que durante ella por el sólido progreso y bienestar de México.

La revolución es pues en resumen, para mí, un sacudimiento necesario, pero ha de llenar ciertos requisitos para ser benéfico. Y condensando mi opinión: es necesario, que á pesar de ser un sacudimiento esencialmente irregular, los directores de él sean hombres de orden y de amplia concepción para poder dirigir los destinos de su pueblo hacia el progreso. Que se vea claramente demostrado que si hay hechos malos, se verifican porque es verdaderamente imposible evitarlos y no porque nos conformemos con que en todas las revoluciones se han registrado iguales ó peores atentados.

Es indispensable que la sociedad se penetre profundamente, de que es ella misma la que debe preocuparse por su bienestar. Si desconociendo esta gran verdad se espera que un hombre sólo haga milagros, nunca conseguiremos dar un paso en firme por el camino de la perfectibilidad humana.

Debe convenirse desde luego en que sería imposible encontrar á cada paso mesías, salvadores de situaciones anormales; que generalmente los hombres, encubriendo sus pasiones en protestas de fidelidad y de honradez, no desdeñan hasta el sacrificio de la integridad nacional por la conquista de sus absurdos propósitos.

Día á día, la complicación de las funciones sociales va haciendo más difícil la influencia de energías directrices en el orden material. Vamos ascendiendo, con lentitud, pero sin recurso y los grandes hombres guerreros de la antigüedad, conductores de pueblos, ceden su puesto á los pensadores, á los intelectuales de gran talla á quienes hoy está encomendada la orientación de la humanidad, en sus nuevos y más amplios derroteros.

Para que podamos nosotros resolver satisfactoriamente los grandes problemas que tenemos delante, necesitamos convencernos de nuestros defectos; defectos generales á la raza latina, y corregirlos con energía. Quizá en medio de lo peligrosa que se presenta la situación actual, sea una suerte para la República, que sus directores se hayan manifestado tan incompetentes y tan falsos. Este convencimiento los eliminará de la cosa pública.

Si llega á verificarse así, como consecuencia inmediata del convencimiento general, creo que habremos dado un gran

paso y las ventajas de la revolución serán evidentes y efectivas.

Está en el interés de todos y cada uno de los mexicanos, velar por que este bello ideal se convierta en pasmosa realidad.

Gustavo Lebon, declara terminantemente:

*Psychologie du Socialisme*, par Gustave Le Bon.—Chapitre VII. L'état actuel des peuples latins.

2.—Las repúblicas latinas de América, los reinos de España y Portugal.

Consideremos desde luego las naciones que se encuentran á infimo nivel en la escala de la civilización latina, es decir, las veintidos repúblicas españolas de América. Con frecuencia las he tomado como ejemplo para demostrar la poca influencia de las instituciones en la vida de los pueblos y sería inútil volver á estudiarlas con extensión. Han realizado desde hace mucho el porvenir que á nosotros amenaza. Todas, sin una excepción, han llegado á ese grado en que la decadencia se manifiesta por la anarquía más completa, y en que los pueblos no tienen ya que ganar sino el ser conquistados por una nación bastante fuerte para dirigirlos.

Poblados por razas gastadas, sin energía y sin iniciativa, sin moralidad y sin voluntad, las veintidos repúblicas latinas de la América, aunque situadas en las comarcas más ricas del globo, son incapaces de sacar algún partido de sus inmensos recursos. Viven de empréstitos europeos distribuidos entre bandas de forbantes políticos asociados á piratas de la fianza europea, encargados de explotar la ignorancia del público, y tanto más culpables cuanto que cuentan con informaciones suficientes para saber que tales préstamos no serán reembolsados jamás. En esas desgraciadas repúblicas el pillage es general, y como cada quién quiere tomar su parte, las guerras civiles son permanentes, los presidentes mueren asesinados con regularidad á fin de permitir á un nuevo partido llegar al poder y enriquecerse á su vez. Esto durará sin duda así hasta que un aventurero de talento, á la cabeza de algunos millares de "hombres disciplinados," intente la fácil conquista de esos tristes países, sujetándolos á un régimen de fierro, único que merecen los pueblos desprovistos de virilidad, de moralidad é incapaces de gobernarse.

Si algunos extranjeros, ingleses y alemanes, atraídos por las riquezas naturales del suelo, no estuvieran establecidos en las capitales, todos esos países degenerados habrían vuelto hace ya mucho tiempo á la completa barbarie. La única de esas repúblicas que se mantiene un poco, la República Argentina, no escapa de la ruina general sino porque es invadida cada vez más por los ingleses.

Antes de haberse constituido en repúblicas todas esas

provincias estaban bajo la dominación española. Han logrado sustraerse á ella por medio de revoluciones contra el sombrío gobierno de sus monjes y sus codiciosos gobernantes; pero era demasiado tarde, el hábito estaba adquirido, el alma estaba formada, la salvación era imposible. Los monjes se habían encargado, desde hacía mucho tiempo, de matar todo espíritu independiente ó capaz de alguna inteligencia."

A pesar de esta abrumadora sentencia, juzgo que es posible hacer una excepción de nuestra patria y creo que tampoco me guía aquí, ninguna conveniencia personalista.

Tenemos muchos caracteres que asemejan nuestra vida de nación, con la vida similar de las repúblicas latino-americanas; pero tenemos también en nuestro desarrollo, hechos que se apartan por completo, de lo que pudiera tomarse como regla general. El último que se presenta á nuestro examen es la revolución que se iniciara en Noviembre de 1910, en las abruptas serranías del Estado de Chihuahua. Este hecho ha venido á poner patente la fuerza poderosa de la opinión pública, porque es ella la que triunfó, valiéndose de auxiliares valiosos, pero no indispensables.

El estudio de los hombres y de las cosas; estudio sereno é imparcial, debe conducirnos á modificar de modo favorable nuestras condiciones de vida.

Ojalá y se interpreten bien los deseos de los hombres que se preocupan en serio del porvenir de México y no se confunda su labor, desvirtuándola con intrigas y con pasiones bajas.

Así lo espero y creo cumplir con un deber sagrado, al hacer público el presente trabajo, que alguna influencia ejercerá, en las nuevas orientaciones de la opinión pública.

\*  
\* \*

Se inició el movimiento revolucionario con el siguiente manifiesto dirigido á la Nación por el señor Francisco I. Madero:

"Los pueblos, en su esfuerzo constante por que triunfen los ideales de libertad y justicia, se ven precisados en determinados momentos históricos á realizar los mayores sacrificios.

Nuestra querida patria ha llegado á uno de esos momentos: una tiranía que los mexicanos no estábamos acostumbrados á sufrir, desde que conquistamos nuestra independencia, nos oprime de tal manera, que ha llegado á hacerse intolerable. En cambio de esa tiranía se nos ofrece la paz, pero es una paz vergonzosa para el Pueblo Mexicano, porque no tiene por base el derecho, sino la fuerza; porque no tiene por ob-

jeto el engrandecimiento y prosperidad de la patria, sino enriquecer á un pequeño grupo que, abusando de su influencia, ha convertido los puestos públicos en fuente de beneficios exclusivamente personales, explotando sin escrúpulos todas las concesiones y contratos lucrativos.

Tanto el poder Legislativo como el Judicial están completamente supeditados al Ejecutivo; la división de los poderes, la soberanía de los Estados, la libertad de los Ayuntamientos y los derechos del ciudadano, sólo existen escritos en nuestra Carta Magna; pero de hecho, en México casi puede decirse que reina constantemente la Ley Marcial; la justicia en vez de impartir su protección al débil, sólo sirve para legalizar los despojos que comete el fuerte; los jueces, en vez de ser los representantes de la Justicia, son agentes del Ejecutivo, cuyos intereses sirven fielmente; las Cámaras de la Unión no tienen otra voluntad que la del Dictador; Los Gobernadores de los Estados son designados por él y ellos á su vez designan é imponen de igual manera las autoridades municipales.

De esto resulta que todo el engranaje administrativo, judicial y legislativo obedece á una sola voluntad, al capricho del General Porfirio Díaz, quien en su larga administración ha demostrado que el principal móvil que lo guía es mantenerse en el poder á toda costa.

Hace muchos años se siente en toda la República profundo malestar, debido á tal régimen de Gobierno, pero el General Díaz, con gran astucia y perseverancia, había logrado aniquilar todos los elementos independientes, de manera que no era posible organizar ninguna clase de movimiento para quitarle el poder de que tan mal uso hacía. El mal se agravaba constantemente, y el decidido empeño del General Díaz de imponer á la Nación un sucesor y siendo este el señor Ramón Corral, llevó ese mal á su colmo y determinó que muchos mexicanos, aunque carentes de reconocida personalidad política, puesto que había sido imposible labrársela durante treinta y seis años de dictadura, nos lanzásemos á la lucha intentando reconquistar la soberanía del pueblo y sus derechos en el terreno netamente democrático.

Entre otros partidos que tendían al mismo fin, se organizó el Partido Nacional Antirreeleccionista proclamando los principios de **SUFragio EFECTIVO** y **NO REELECCION**, como únicos capaces de salvar á la República del inminente peligro con que la amenaza la prolongación de una dictadura cada día más onerosa, más despótica y más inmoral.

El pueblo mexicano secundó eficazmente á ese partido y respondiendo al llamado que se le hizo, mandó sus representantes á una Convención, en la que también estuvo representado el Partido Nacionalista Democrático, que así mismo in-

terpretaba los anhelos populares. Dicha Convención designó sus candidatos para la Presidencia y Vice-Presidencia de la República, recayendo esos nombramientos en el señor doctor Francisco Vázquez Gómez y en mí, para los cargos respectivamente de Vice-Presidente y Presidente de la República.

Aunque nuestra situación era sumamente desventajosa porque nuestros adversarios contaban con todo el elemento oficial, en el que se apoyaban sin escrúpulos, creímos de nuestro deber, para mejor servir la causa del pueblo, aceptar tan honrosa designación. Imitando las sabias costumbres de los países republicanos, recorrí parte de la República haciendo un llamamiento á mis compatriotas. Mis giras fueron verdaderas marchas triunfales, pues doquiera el pueblo, electrizado por las palabras mágicas de Sufragio Efectivo y No Reección, daba pruebas evidentes de su inquebrantable resolución de obtener el triunfo de tan salvadores principios. Al fin, llegó un momento en que el General Díaz se dió cuenta de la verdadera situación en la República y comprendió que no podría luchar ventajosamente conmigo en el campo de la Democracia y me mandó reducir á prisión antes de las elecciones, las que se llevaron á cabo excluyendo al pueblo de los comicios por medio de la violencia, llenando las prisiones de ciudadanos independientes y cometiéndose los fraudes más desvergonzados.

En México, como República democrática, el poder público no puede tener origen ni otra base que la voluntad nacional y ésta no puede ser supeditada á fórmulas llevadas á cabo de un modo tan fraudulento.

Por este motivo el Pueblo Mexicano ha protestado contra la ilegalidad de las últimas elecciones, y queriendo emplear sucesivamente todos los recursos que ofrecen las leyes de la República, en la debida forma pidió la nulidad de las elecciones ante la Cámara de Diputados, á pesar de que no reconocía en dicho cuerpo un origen legítimo y de que sabía de antemano que no siendo sus miembros representantes del pueblo, sólo acatarían la voluntad del General Díaz, á quien exclusivamente deben su investidura.

En tal estado las cosas, el Pueblo, que es el único soberano, también protestó de un modo enérgico contra las elecciones, en imponentes manifestaciones llevadas á cabo en diversos puntos de la República, y si éstas no se generalizaron en todo el territorio nacional, fué debido á la terrible presión ejercida por el Gobierno, que siempre ahoga en sangre cualquier manifestación democrática, como pasó en Puebla, Veracruz, Tlaxcala, México y otras partes.

Pero esta situación violenta é ilegal no puede subsistir más.

Yo he comprendido muy bien que si el Pueblo me ha

designado como su candidato para la Presidencia, no es porque haya tenido oportunidad de descubrir en mí las dotes del estadista ó del gobernante, sino la virilidad del patriota resuelto á sacrificarse, si es preciso, con tal de conquistar la libertad y ayudar al pueblo á librarse de la odiosa tiranía que lo oprime.

Desde que me lancé á la lucha democrática, sabía muy bien que el General Díaz no acataría la voluntad de la Nación, y el Noble Pueblo Mexicano, al seguirme á los comicios, sabía también perfectamente el ultraje que le esperaba; pero á pesar de ello, el pueblo dió para la causa de la Libertad un numeroso contingente de mártires cuando éstos eran necesarios, y con admirable estoicismo concurrió á las casillas á recibir toda clase de vejaciones.

Pero tal conducta era indispensable para demostrar al mundo entero que el Pueblo Mexicano está apto para la democracia, que está sediento de libertad y que sus actuales gobernantes no responden á sus aspiraciones.

Además, la actitud del pueblo antes y durante las elecciones, así como después de ellas, demuestra claramente que rechaza con energía al gobierno del General Díaz y que si se hubieran respetado sus derechos electorales, hubiese sido yo electo para Presidente de la República.

En tal virtud y haciéndome eco de la voluntad nacional, declaro ilegales las pasadas elecciones y quedando por tal motivo la República sin gobernantes legítimos, asumo provisionalmente la Presidencia de la República, mientras el pueblo designa, conforme á la ley, sus gobernantes. Para lograr este objeto es preciso arrojar del poder á los audaces usurpadores que por todo título de legalidad ostentan un fraude escandaloso é inmoral.

Con toda honradez declaro que consideraría una debilidad de mi parte y una traición al pueblo que en mí ha depositado su confianza, no ponerme al frente de mis conciudadanos, quienes ansiosamente me llaman, de todas partes del país, para obligar al General Díaz, por medio de las armas, á que respete la voluntad nacional.

El Gobierno actual, aunque tiene por origen la violencia y el fraude, desde el momento que ha sido tolerado por el pueblo, puede tener para las naciones extranjeras ciertos títulos de legalidad hasta el 30 del mes entrante en que expiren sus poderes; pero como es necesario que el nuevo gobierno dimanado del último fraude, no pueda recibirse ya del poder, ó por lo menos se encuentre con la mayor parte de la Nación protestando con las armas en la mano, contra esa usurpación, he designado el DOMINGO 20 del entrante Noviembre, para que de las seis de la tarde en adelante, todas las poblaciones de la República se levanten en armas bajo el siguiente

## **PLAN DE SAN LUIS POTOSI**

1º.—Se declaran nulas las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República, Magistrados á la Suprema Corte de Justicia de la Nación y Diputados y Senadores, celebradas en Junio del corriente año.

2º.—Se desconoce al actual gobierno del General Díaz, así como á todas las autoridades cuyo poder debe dimanar del voto popular, porque además de no haber sido electas por el pueblo, han perdido los pocos títulos que podían tener de legalidad, cometiendo y apoyando con los elementos que el pueblo puso á su disposición para la defensa de sus intereses, el fraude electoral más escandaloso que registra la historia de México.

3º.—Para evitar hasta donde sea posible los trastornos inherentes á todo movimiento revolucionario, se declaran vigentes, á reserva de reformar oportunamente por los medios constitucionales, aquéllas que requieren reforma, todas las leyes promulgadas por la actual administración y sus reglamentos respectivos, á excepción de aquéllas que manifiestamente se hallen en pugna con los principios proclamados en este plan. Igualmente se exceptúan las leyes, fallos de tribunales y decretos que hayan sancionado las cuentas y manejos de fondos de todos los funcionarios de la administración porfirista en todos sus ramos; pues tan pronto como la revolución triunfe, se iniciará la formación de comisiones de investigaciones para dictaminar acerca de las responsabilidades en que hayan podido incurrir los funcionarios de la Federación de los Estados y de los Municipios.

En todo caso serán respetados los compromisos contraídos por la administración porfirista con gobiernos y corporaciones extranjeros antes del 20 del entrante.

Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, ya por acuerdos de la Secretaría de Fomento, ó por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir á sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas á revisión tales disposiciones y fallos y se exigirá á los que los adquirieron de un modo tan inhumano, ó á sus herederos, que los restituyan á sus primitivos propietarios, á quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en el caso de que esos terrenos hayan pasado á tercera persona antes de la promulgación de este plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquéllos en cuyo beneficio se verificó el despojo.



4°.—Además de la Constitución y leyes vigentes, se declara ley suprema de la República el principio de **No Reelección** del Presidente y Vice-Presidente de la República, Gobernadores de los Estados y Presidentes Municipales, mientras se hagan las reformas constitucionales respectivas.

5°.—Asumo el carácter de Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos, con las facultades necesarias para hacer la guerra al Gobierno usurpador del General Díaz.

Tan pronto como la capital de la República y más de la mitad de los Estados de la Federación estén en poder de las fuerzas del Pueblo, el Presidente Provisional convocará á elecciones generales extraordinarias para un mes después y entregará el poder al Presidente que resulte electo, tan pronto como sea conocido el resultado de la elección.

6°.—El Presidente Provisional antes de entregar el poder, dará cuenta al Congreso de la Unión del uso que haya hecho de las facultades que le confiere el presente plan.

7°.—El día 20 del mes de Noviembre, de las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del poder á las autoridades que actualmente la gobiernan. (Los pueblos que estén retirados de las vías de comunicación lo harán desde la víspera.)

8°.—Cuando las autoridades presenten resistencia armada, se les obligará por la fuerza de las armas á respetar la voluntad popular: pero en este caso las leyes de la guerra serán rigurosamente observadas, llamándose especialmente la atención sobre las prohibiciones relativas á usar balas expansivas ni fusilar á los prisioneros. También se llama la atención respecto al deber de todo mexicano de respetar á los extranjeros en sus personas é intereses.

9°.—Las autoridades que opongan resistencia á la realización de este plan, serán reducidas á prisión para que se les juzgue por los tribunales de la República cuando la revolución haya terminado. Tan pronto como cada ciudad ó pueblo recobre su libertad, se reconocerá como autoridad legítima provisional, al principal Jefe de las armas, con facultad para delegar sus funciones en algún otro ciudadano caracterizado, quien será confirmado en su cargo ó removido por el Gobernador Provisional.

Una de las primeras medidas del gobierno provisional, será poner en libertad á todos los presos políticos.

10°.—El nombramiento de Gobernador Provisional de cada Estado que haya sido ocupado por las fuerzas de la revolución, será hecho por el Presidente Provisional. Este Gobernador tendrá la estricta obligación de convocar á elecciones para Gobernador Constitucional del Estado tan pronto como sea posible, á juicio del Presidente Provisional. Se exceptúan de esta regla los Estados que de dos años á esta parte han

sostenido campañas democráticas para cambiar de gobierno, pues en éstos se considerará como Gobernador Provisional al que fué candidato del pueblo, siempre que se adhiera activamente á este plan.

En caso de que el Presidente Provisional no haya hecho nombramiento de Gobernador, que este nombramiento no hubiera llegado á su destino ó bien que el agraciado no aceptare por cualquiera circunstancia, entonces el Gobernador será designado por votación entre todos los Jefes de las Armas que operen en el territorio del Estado respectivo, á reserva de que su nombramiento sea ratificado por el Presidente Provisional tan pronto como sea posible.

11°.—Las nuevas autoridades dispondrán de todos los fondos que se encuentren en las oficinas públicas para los gastos ordinarios de la administración y para los gastos de la guerra, llevando cuentas con toda escrupulosidad. En caso de que esos fondos no sean suficientes para los gastos de la guerra, contratarán empréstitos, ya sean voluntarios ó forzosos. Estos últimos sólo con ciudadanos ó instituciones nacionales. De estos empréstitos se llevará también cuenta escrupulosa y se otorgarán recibos en debida forma á los interesados, á fin de que al triunfar la revolución se les restituya lo prestado.

**Transitorio: A.**—Los jefes de fuerzas voluntarias tomarán el grado que corresponda al número de fuerzas á su mando. En caso de operar fuerzas militares voluntarias unidas, tendrá el mando de ellas el jefe de mayor graduación, pero en caso de que ambos jefes tengan el mismo grado, el mando será el del jefe militar.

Los jefes civiles disfrutarán de dicho grado mientras dure la guerra, y una vez terminada, esos nombramientos, á solicitud de los interesados, se revisarán por la Secretaría de Guerra que los ratificará en su grado ó los rechazará, según sus méritos.

**B.**—Todos los jefes, tanto civiles como militares, harán guardar á sus tropas la más estricta disciplina, pues ellos serán responsables ante el Gobierno Provisional de los desmanes que cometan las fuerzas á su mando, salvo que justifiquen no haberle sido posible contener á sus soldados y haber impuesto á los culpables el castigo merecido.

Las penas más severas serán aplicadas á los soldados que saqueen alguna población ó que maten á prisioneros indefensos.

**C.**—Si las fuerzas y las autoridades que sostienen al General Díaz fusilan á los prisioneros de guerra, no por eso y como represalias se hará lo mismo con los de ellos que caigan en poder nuestro; pero en cambio, serán fusilados dentro de las veinticuatro horas y después de un juicio sumario, las autoridades civiles ó militares al servicio del General Díaz,

que una vez estallada la revolución hayan ordenado, dispuesto en cualquier forma, transmitido la orden ó fusilado á algunos de nuestros soldados.

De esta pena no se eximirán ni los más altos funcionarios; la única excepción será el General Díaz y sus ministros, á quienes en caso de ordenar dichos fusilamientos ó permitirlos, se les aplicará la misma pena, pero después de haberlos juzgado por los tribunales de la República, cuando haya terminado la revolución.

En el caso de que el General Díaz disponga que sean respetadas las leyes de la guerra, y que se trate con humanidad á los prisioneros que caigan en sus manos, tendrá la vida salva, pero de todos modos deberá responder ante los tribunales de cómo ha manejado los caudales de la Nación y de cómo ha cumplido con la Ley.

D.—Como es requisito indispensable en las leyes de la guerra que las tropas beligerantes lleven algún uniforme ó distintivo y como es muy difícil uniformar á las numerosas fuerzas del pueblo que van á tomar parte en la contienda, se adoptará como distintivo de todas las fuerzas libertadoras, ya sean voluntarias ó militares, un listón tricolor, en el tocado, ó en el brazo.

## **DESARROLLO DE LAS OPERACIONES**

### **REVOLUCIONARIAS EN LOS ESTADOS UNIDOS**

A mediados del mes de Noviembre de 1910 el señor don Francisco I. Madero organizaba los trabajos de la revolución mexicana, en su residencia de San Antonio, Texas. Un grupo de jóvenes ex-oficiales del ejército mexicano, todos ellos bastante inexpertos, había sido invitado para que se afiliara en las filas revolucionarias. Antes del 20 de Noviembre, fecha fijada para el movimiento, según el Plan de San Luis Potosí, podía notarse, tanto en el Hotel Plaza como en el Hutchins—el primero residencia de los oficiales, el segundo del señor Madero—una excitación propia de personas que no saben el asunto que traen entre manos y reveladora de grandes fracasos. Mi imaginación no podía dar cabida á la idea de que así, con infantil descuido, se preparara el acontecimiento más trascendental que la Historia de nuestra Patria consignará en las alboradas del siglo XX: tuve pues la creencia de que en los teatros de operaciones, ya en el territorio nacional, hubiera personas serias y se aprovecharan los elementos en debida forma. Creí que debido á la inexperiencia del grupo de oficiales, no se tuviera confianza en ellos para enterarlos de ciertos

asuntos y que sus servicios se aprovecharían ya en el terreno, bajo direcciones idóneas. No sucedió así. En la Capital de la República fueron descubiertos todos los planes y se aprehendió á un gran número de correligionarios. En la frontera con los Estados Unidos fracasaron todos los movimientos proyectados: unos por la mala fé y otros por la inexperiencia y desidia de los organizadores. El señor Madero se vió obligado á permanecer en territorio americano no habiendo podido efectuar su entrada, porque de trescientos hombres que se le habían prometido en Coahuila, solo acudieron á la cita DIEZ, de los cuales cuatro ó cinco iban armados con carabina, los demás con pistola, y todos con una escasa dotación de cartuchos.

Para dar una idea de la calidad de los elementos directores que disfrutaban de toda la confianza de la casa Madero en los preliminares de la revolución, voy á referir á grandes razgos los hechos que se verificaron en Eagle-Pass, hechos que eran consecuencia de los elementos y ambiente de que estábamos rodeados.

Abundan en la frontera, como en todas las fronteras, habitantes caracterizados por su carencia de patria; hombres que en Estados Unidos se dicen mexicanos y en México se titulan americanos, y en ambos países son extranjeros. Probablemente no son peores en nuestras fronteras que en las demás; pero contribuyen á presentarlos más odiosos y más despreciables para ambos países los antecedentes históricos y raciales que separan—á pesar de las constantes y formales protestas de mutuo afecto—á yankes y mexicanos. En el Norte se les llama "half-breds" algo así como híbridos ó gentes de media raza, y hablando mal el inglés y mal el español, vistos con desprecio por los anglo-sajones y con recelo por los mexicanos, no se sienten bien ni en México ni en Texas y, bajo el trato humillante de los primeros, gozando de cierto bienestar económico que las gentes de su clase jamás han disfrutado en nuestro país, imposibilitados de conservar orgullos de raza y obligados á vilezas y acomodamientos serviles, son, en general, cobardes, astutos, mentirosos, desconfiados é indignos de confianza.

Uno de estos individuos, de apellido Bustamante, residente en Eagle-Pass, era el hombre de confianza á quien se nos dirigió desde San Antonio, y que debía ponernos en contacto con la gente que en C. Porfirio Díaz debiera haber él mismo reclutado, para dar principio al movimiento revolucionario. El engaño y la falta de cumplimiento á los compromisos, que es siempre censurable, era en aquellos momentos solemnes una falta que revistiendo los caracteres de criminal no debía perdonarse y debía causar indignación á cualquiera que trabajara con verdadera honradez ó al menos con perfecto dis-

cernimiento de las consecuencias. Estas legítimas impresiones más me indujeron á proponer que se fusilara á Bustamante, en el caso de que llegáramos alguna vez á tomar C. Porfirio Díaz. No opinaban como yo algunos de los principales directores de la revolución, entre los que figuraba el señor licenciado don Federico González Garza.

Poco antes del 20 de Noviembre, hizo el señor Madero la distribución de los oficiales. Entraba en el plan general, discutido en familia, como primer hecho notable de las operaciones la toma de C. Porfirio Díaz, que debía verificarse el día 20 de Noviembre en las primeras horas de la mañana.

Yo debía encargarme de las operaciones militares. Llevaba á mis órdenes á los señores oficiales: Arturo Lazo de la Vega, Onésimo Espinosa y Francisco Flores. Las personas encargadas de hacer la propaganda revolucionaria á quienes debíamos dirigirnos tenían bastante tiempo de estar radicadas en los Estados Unidos y como consecuencia natural conocían ó debían conocer las dificultades de trabajo en territorio americano.

Esto no obstante era visiblemente manifiesta su vacilación que ellos explicaban, pretendiendo que tenían sobre sí, una infinidad de espías tanto americanos como mexicanos. Al enterarse de la misión que llevábamos, la primera medida que nos hicieron tomar fué la de que cambiáramos de hotel, pues nos aseguraron que en los bajos del en que nos encontrábamos, había un empleado americano que tenía bastante empeño en perjudicarnos. Nosotros, desconociendo en absoluto la realidad de las cosas y contando con que las personas á quienes íbamos recomendados eran de absoluta confianza, como más de una vez nos lo aseguraron los señores González Garza, Sánchez Azcona y Madero, no tuvimos el menor recelo y nos entregamos abiertamente en brazos de ellos.

Cuando yo dictaba las últimas disposiciones para el ataque del día 20, me contestó Bustamante que no podían hacer lo que yo ordenaba, porque si bien era cierto que los 300 maestranceros estaban dispuestos, y tanto que habían estado recibiendo dinero para su sostenimiento, no podían salir de sus casas, sino que una vez que entráramos nosotros á la Ciudad, ellos harían fuego desde sus respectivas habitaciones.

En vista de este incidente que me dió la medida de la clase de individuos con quienes se nos había recomendado, decidí que mis compañeros quedaran en libertad de entrar ó no á Porfirio Díaz. Yo estaba resuelto á entrar. El asalto de la plaza sería favorecido por la entrada del señor Madero, quien con las fuerzas que se le habían ofrecido de Coahuila, 300 hombres, más ó menos llegaría por el SE. río abajo del Bravo.

A las ocho de la noche del 19 de Noviembre, mi alojamiento de Eagle-Pass se veía animado de modo extraordina-

rio: ya nos preparábamos para seguir al guía que debía enseñarnos el paso, cuando llegan los hermanos Morales, sumamente fatigados y nos avisan que el señor Madero andaba perdido en las desiertas llanuras del Estado americano de Texas; poco después se presentó don Paulino Martínez, conocido periodista, quien llevaba el poderoso contingente de **quince pelados**, que á juzgar por las alabanzas que de ellos hacía, eran suficientes para la toma de C. Porfirio Díaz. Se convino, en vista de lo crítico de la situación, en salir al encuentro del señor Madero y enterarle de lo ocurrido y ponernos á sus órdenes. A las diez de la noche salimos en dos coches, los hermanos Morales, los señores Lazo de la Vega, Flores y yo, con dirección al Rancho del Indio, por donde se suponía que el señor Madero podía andar. Don Paulino Martínez quedó de incorporarse con sus valientes, y Onésimo Espinosa se quedó en el Hotel de Eagle-Pass, obedeciendo á una orden verbal mía. La noche estaba oscura y hacía un frío intenso, nuestros conductores iban diametralmente impresionados, pues al mismo tiempo que uno se mostraba indiferente, el otro estaba muy temeroso; sin que la indiferencia de uno ni el temor del otro fueran motivo suficiente que los privara de pedir á Lazo de la Vega con alguna frecuencia su ánfora de Whiskey.

A eso de la una de la mañana del 20 de Noviembre, ya para llegar al Rancho de "El Indio" tropezamos en nuestro camino con una caravana, que al pronto no reconocimos. La luna había salido ya pero era bastante ténue su luz para que pudiéramos distinguir claramente con qué personas nos cruzábamos; el conductor del coche en que iba yo hizo advertir que las personas que formaban el grupo, que marchaba en dirección contraria á la nuestra, debía ser de extranjeros. Esto me hizo ordenar que pararan el coche y me bajé á reconocer al grupo de referencia.

Conmigo se bajaron mis compañeros y con gusto pudimos convencernos de que no era otro que el señor Madero, dos de sus hermanos y dos mozos, los que formaban la misteriosa expedición. Iba también el señor José Díaz, pariente del señor Madero y encargado en Eagle-Pass de algunos asuntos revolucionarios. Al encontrar á don Francisco, mis compañeros Lazo de la Vega y Flores recibieron orden de regresarse á Eagle-Pass, á fin de estar á la expectativa de cualquier movimiento que se desarrollara en Porfirio Díaz. Los demás continuamos la marcha hacia el punto que se había escogido para pasar el Río Bravo; del lado mexicano debían esperarnos trescientos hombres que había reclutado don Catarino Benabides; "mi tío Catarino," como dijera el señor Madero.

A las 8 de la mañana del día 20 llegábamos á las riberas del Bravo frente á unos islotes que hacen que á este lugar se le denomine "Las Islas." Era ya tiempo de que la gente de

Coahuila nos esperara, pues que estaban entendidos, por conducto del "tío Catarino," de que su contingente se utilizaría para marchar sobre C. Porfirio Díaz y asaltarla en la madrugada de este día. Una tranquilidad absoluta reinaba en la ribera mexicana; apenas se distinguían de vez en cuando algunas reses que bajaban á saciar su sed en las cristalinas ondas del Río Grande. Hicimos una humareda que denunciara nuestra presencia, con la esperanza de ser correspondidos por señal análoga en nuestro patrio suelo, pero todo fué inútil. Las fatigas de la noche anterior obligaron al caudillo á dormir un poco. Su mozo Julio Peña le arregló una cama tendiendo varios cobertores sobre el suelo y nosotros nos quedamos á la expectativa. Uno de los individuos que nos acompañaban, que vivía en un rancho próximo fué en busca de algún alimento, pues nadie había comido desde la noche anterior, ni se había pensado en que éramos seres de este mundo.

Hasta cerca de las cuatro y media de la tarde llegó el señor don Catarino Benavides acompañado de diez hombres, magníficos ejemplares de la población fronteriza; todos iban regularmente montados; cuatro llevaban carabina y los demás solamente pistola; todos con una escasa dotación de cartuchos. El señor Benavides explicó á su manera la falta de cumplimiento de la gente; se convino en deshacer la pequeña expedición y en retirarnos, pues era una temeridad aventurarse á entrar á la República contando solo con aquellos escasos elementos. A las cinco y media de la tarde cada quien tomaba su camino independientemente de los demás; el señor Madero se quedó escondido en un rancho próximo y nosotros continuamos con dirección á Eagle-Pass. A eso de las nueve de la noche alcanzamos, los hermanos Morales y yo, que íbamos en un buggy, á algunos hombres de los que había llevado don Catarino; nos invitaron á tomar carne asada y café; durante la frugal comida aquellos hombres, que tenían todo el aspecto de sinceros, acusaban al "tío Catarino" como responsable del fracaso que acabábamos de presenciar.

El día 21 de Noviembre á las seis de la mañana, después de una segunda noche de insomnio, y soportando los rigores de la fría estación, nuestro buggy se detenía frente al Hotel Río Grande, donde estábamos alojados. Con gran sorpresa vimos que no estaba ninguno de nuestros compañeros, Lazo de la Vega, Espinosa y Flores. Los cuartos denotaban que habían salido precipitadamente por el desorden en que los encontramos. En vano queríamos adivinar qué había sido de nuestros compañeros: era necesario esperar. En la noche de este mismo día los tres desaparecidos nos relataban su aventura. Bustamante les había dicho que el señor Madero, por medio de un telegrama los mandaba llamar; que cuatrocientos hombres los esperaban en las riberas del Bravo, en territorio mexicano,

listos para atacar Porfirio Díaz; ataque que se llevaría á cabo cuando el propio señor Madero regresara de C. Guerrero, Coahuila, á donde había ido á traer más gente.

Sin imaginar que la perversidad de Bustamante llegara hasta el grado de engañarlos con peligro de sus vidas, los señores Lazo de la Vega, Espinosa y Flores, se dejaron conducir por el guía que el mismo Bustamante proporcionara y pasaron el Río Bravo del Norte, llegando á México, donde fueron abandonados por el guía. No encontraron ninguna persona que fuera partidaria nuestra, por lo que tuvieron que guardar sus distintivos tricolores que ya se habían colocado en sus sombreros como insignia del Ejército Libertador, decretada por el Plan de San Luis Potosí. Estuvieron á punto de ser atrapados por los guardas que hacen el servicio de vigilancia de la frontera y escaparon milagrosamente cruzando el Bravo por un lugar poco á propósito para el paso, lo que dió lugar á que Lazo de la Vega se pusiera en peligro de ahogarse. Por fin llegaron á territorio americano y allí sólo tenían como dificultad la orientación en un terreno que habían pisado por primera y única vez de noche. El instinto de Espinosa los salvó esta vez de andar errando por lugares desconocidos.

Todavía después de estos hechos justificados por el testimonio de sus protagonistas, se continuó teniendo confianza en Bustamante y hasta mucho tiempo después se le pidieron las armas que debía tener en su poder, entregando solamente cuarenta y tantas de trescientas que había recibido. El licenciado González Garza me contestaba con una sonrisa despectiva cuando yo con justa indignación le relataba estos acontecimientos. Tal parecía que nuestro sacrificio no tenía ningún valor para los principales directores de la revolución.

Después de estos incidentes de doloroso recuerdo, que abarcaron la segunda quincena de Noviembre y la primera de Diciembre, hubo un momento de vacilación general y se creyó que el movimiento revolucionario había fracasado. Con este motivo el señor Madero salió de su escondite de Eagle-Pass, para unirse á su familia en San Antonio. Fué llamado para hablar con él. Yo tomé el tren en Eagle-Pass; el señor Madero, acompañado de su hermano Raul, subió algunas estaciones después. A pesar de haber sacrificado su barba y de llevar un sombrero viejo no había logrado don Francisco un cambio radical en su fisonomía. Si á esto se agrega la torpe adhesión de su mozo Julio Peña, que se inmutó al verlo subir al tren y apresuradamente le llevó algunos periódicos, no era nada remoto que se hubiera realizado la captura del leader revolucionario. Felizmente no sucedió así y pudimos continuar á bordo del South Western, sin ninguna dificultad, nuestra marcha hasta llegar á San Antonio. Al día siguiente se



verificó nuestra entrevista. En ella, el señor Madero, sumamente agobiado por el curso que habían tomado los acontecimientos, me dijo que no tenía recursos y que siendo todos nosotros—los oficiales—muchachos fuertes é inteligentes, nos iba á dar veinte dollars para que viviéramos algunos días y buscáramos trabajo; que yo en particular procurara estar en comunicación con su esposa, dando mi dirección para utilizar mis servicios en caso de ser necesarios; que pensaba salir para la Habana, para entrar á México en la primera oportunidad, si se verificaba algún movimiento serio.

De este modo se daba fin á lo que pudiera llamarse la primera faz de las operaciones de organización; abandonando al grupo de oficiales que con lealtad no desmentida habían comenzado ya á sacrificarse por los bellos ideales que la revolución prometiera hacer prácticos.

Poco tiempo después, el éxito que los rebeldes del Estado de Chihuahua obtuvieron sobre las tropas federales, llegó á tener eco bastante para que se pensara en la casa Madero—á pesar de la falta de recursos—en seguir fomentando la insurrección y entonces se volvió á recurrir á todos nosotros.

Es difícil encontrar las causas que influyeron en los directores de la revolución para no utilizar nuestros servicios en debida forma, pues siempre se nos colocó en condiciones casi imposibles de trabajo, y se prefirió emplear á individuos reconocidamente ineptos y dispuestos al servilismo. Es este un rasgo muy digno de tenerse en cuenta y que se verá comprobado en las páginas siguientes.

Llama todavía más la atención que no hayan sabido utilizarse nuestros servicios, si se tiene en cuenta, que el señor Madero cree tener el don de conocer á los hombres y de conocerlos desde luego, á primera vista, sin necesidad de trato alguno.(1) Sólo se puede conciliar este absurdo, reconociendo que en el señor Madero pasa lo que ha venido á ser casi ley general de extravío en aptitudes ó en tendencias: me refiero á la creencia que suelen tener las gentes de que son aptas para aquéllo en que precisamente son más ineptas. La facultad que el señor Madero cree tener, de conocimiento inmediato de los hombres y de las cosas, que es cabalmente el lado flaco y más peligroso de su carácter, además de ser perjudicial para él mismo y sus empresas, impone á los que le rodean la injusticia de no ser tratados como merecen, siempre que se tenga como norma la conservación de la dignidad personal,

---

(1) Carta del señor Madero, de San Pedro á C. Lerdo, 11 Febrero de 1910. "Respecto á la veracidad de usted, no la pondré en duda ni por un momento, pues tengo bastante experiencia para apreciar el carácter de las personas en poco tiempo."

pues cuando se está dispuesto á servirle incondicionalmente, ó bien cuando se toma su personalidad como una panacea salvadora, se obtiene todo lo que se quiere. Nosotros que fuimos llamados para secundarlo en su árdua labor, fuimos siempre tratados con desconfianza inexplicable, en tanto que otros de la calaña Elizondo, Bustamante, etc., por razones igualmente inexplicables, tuvieron de su parte desde el principio toda la fé de la casa Madero, hasta que las circunstancias se encargaron de exhibirlos en toda su infidencia.

En esta segunda fase de las operaciones de organización, la misma insuficiencia directora fué la característica de la casa Madero, y como consecuencia natural y lógica, el fracaso coronó los esfuerzos de los directores de la revolución.

El sentimiento de la difícil situación porque atravezábamos, me decidió á escribir al señor don Juan Sánchez Azcona, indicándole las principales irregularidades que se cometían en la casa Madero, con el fin de que él, que se encontraba en una situación bien distinta, en cuanto á que podían oírlo mejor que á nosotros, influyera para poner remedio á una situación que tenía mucho de desesperada. El señor Azcona, en carta fechada el 2 de Enero del presente año, me decía: "Muy estimado amigo y correligionario:—Recibí sus observaciones y en todo opino como usted, estando sumamente contrariado por lo que ha pasado y pasa en esa. El hecho de estar preso me impide intervenir inmediata y directamente; eso no obstante ya doy los pasos que me parecen conducentes, y quizá mañana pueda comunicarle algo de provecho y si es necesario haré uso del telégrafo.—Muy suyo amigo y correligionario.—Juan Sánchez Azcona."

Las gestiones del señor Azcona no tuvieron ningún resultado.

## EXPEDICION DE COAHUILA.

La primera expedición militar que me hizo darme cuenta exacta de las favorables condiciones que permitían el desarrollo de la causa de la Libertad en México, de un modo seguro, se verificó en Coahuila. Ibamos á las órdenes del jefe de la guerrilla, mi compañero don Onésimo Espinosa, ex-Subteniente de Artillería, salido de la Escuela Militar de Aspirantes, y yo. La expedición que se iniciaba en condiciones verdaderamente brillantes, fracasó por completo, debido á la mala dirección.

El día 7 de Enero de 1911 á las 9 p. m. se internaban á territorio mexicano dieciocho individuos montados y armados, dirigiéndose rumbo á la Sierra del Burro, y pasando antes

por todas las rancherías intermedias con el fin de iniciar en el Estado de Coahuila la Insurrección Nacional. En cuatro días la guerrilla había hecho rápidos progresos, recogiendo en cada rancho todos los elementos que necesitaba, y aumentando de modo considerable con los hombres que voluntariamente querían servir á la Causa, al grado de que al regresar á las márgenes del Bravo, había más de cincuenta hombres.

El día 11 de Enero á las 4 p. m., una fuerza de Caballería, á la que venían agregados algunos rurales, se aproximaba á nuestra guerrilla, que ese mismo día á las 3 a. m., después de una marcha pesadísima, estableció su vivac en la Vega de las Huérfanas. El esquicio topográfico adjunto aclarará más las situaciones de las dos fuerzas contendientes.

A, es un ligero contrafuerte rocalloso, que divide en dos zonas bien distintas el terreno, que á partir de dicho contrafuerte, hacia el Este, es duro, completamente descubierto y con una pendiente ligerísima, terminando en la ribera derecha del Bravo en pequeños acantilados. Este terreno está cortado además en varias porciones por una serie de barrancas pequeñas, paralelas y rocallosas.

De A hacia el Oeste hay un tramo descubierto que apenas llegará á unos 600 metros y comienza en seguida un bosque espeso; la ribera del Bravo es baja y muy arenosa.

En el Rancho de San Gregorio, el día anterior se tuvo conocimiento de que una fuerza federal nos perseguía. Al llegar á las riberas del Bravo, los rebeldes ocuparon la Vega de las Huérfanas más ó menos en el lugar que marca el cróquis; pusieron un centinela en C, punto que domina bien la zona que recorrieron las fuerzas federales. Estas fuerzas se estacionaron en F como á las 4.30p. m.; el jefe de la fuerza rural, que lo era de toda la columna, acompañado del oficial que traía el mando de la Caballería y de una escolta de seis hombres, hizo un reconocimiento por la ribera del Bravo. Todas las personas que efectuaban el reconocimiento, permanecieron por espacio de diez minutos con el frente para los Estados Unidos, en el escarpado A, mientras el resto de la fuerza permanecía en F, con los caballos del diestro y sin tomar ninguna medida de seguridad.

La guerrilla estaba debilitada por haber salido uno de los hombres, que á toda costa pretendían mandar, con cerca de veinte compañeros. A pesar de esto el exámen de la posición hace ver que aún quedando treinta y tantos hombres, era posible hacer una resistencia enérgica y aún ocasionar á los federales una derrota, dado su torpe dispositivo. Se aseguraba que el número de federales era de 70.

Los rebeldes podían disponer de la vareda marcada en el cróquis, que está completamente oculta de las vistas del ene-

migo; estaban perfectamente armados, con carabina 30|30, y tenían aproximadamente 20,000 cartuchos.

El fuego comenzó á las 5.30 p. m. y terminó á las 7 p. m.; los rebeldes se dispersaron, entrando muchos á territorio americano, y los federales acamparon en el propio terreno.

Con motivo de esta rapidísima jornada, rendí al señor Madero el informe siguiente:

C. Presidente Provisional de la República:

Obedeciendo la órden verbal de usted, salí el día 30 de Diciembre del año próximo pasado rumbo á Comstok, tomando el tren que sale de esta Ciudad á las 7 p. m.—No habiéndome sido posible encontrar al señor Salvador Alvarado, quien tenía que ponerme en contacto con don Calixto Guerra, continué mi marcha hasta Sanderson, donde se encontraba mi compañero Onésimo Espinosa, quien antes por correo me había dado aviso de estar listos en Sanderson 10 hombres y que solo necesitaban fondos para trasladarse al punto de reunión. En contacto ya con Espinosa, salimos de Sanderson la noche del 31 de Diciembre, acompañados de seis hombres, rumbo á Comstok, punto en que habían quedado de verse don Calixto Guerra y Francisco Zamora, que venía de Sanderson con nosotros.—Llegamos á Comstok á las 3 a. m., 1 de Enero de 1911, vivaqueamos cerca de la estación esperando hablar con el señor Guerra luego que fuera oportuno. El señor Guerra no se encontraba en Comstok, y en este concepto salimos en un guayín rumbo á las márgenes del Bravo. Aprovechando la buena acogida que da á la causa que defendemos el señor Cosme V. Hinojosa, establecimos nuestro vivac en el rancho de este señor.—Como al salir de esta ciudad quedé entendido de que se incorporarían mis otros compañeros, Morales y Lazo de la Vega, puse de Sanderson una carta al señor Alvarado suplicándole tuviera la bondad de esperar á dichos compañeros. Al llegar al rancho del señor Hinojosa, me encontré al señor Alvarado, quien dijo haber recibido mi carta y no dió explicación satisfactoria que justificara el no dar cumplimiento á mi petición. En el rancho era necesario mantener á todos los individuos que llevábamos; no había fondos, además el señor Alvarado que debía indicarme donde podría hablar con el señor Guerra, me dijo que no sabía nada de él. Por estas razones envié á Onésimo Espinosa á esta Ciudad, para comunicar las novedades ocurridas y pedir fondos. Esta comisión la desempeñó el Teniente Espinosa con el celo que le es característico. Estuvimos vivaqueando en las márgenes del Bravo seis días, y durante este tiempo fué llegando la gente de C. Guerra que por total sólo dió el número de 8, incluso el mismo señor Guerra. La permanencia en el vivac era insostenible dada la indisciplina de la gente y su temor de un denuncia á las autoridades americanas. Tuve que convenir en

que se enviara uno de nuestros mejores hombres en busca de D. C. Guerra para saber de él. pues se tenían noticias de que en estado de ebriedad, había amenazado al Cónsul mexicano en Del Río, diciéndole: "Avisé á su . . . . . Gobierno que el día 1º. me paso." El individuo que fué en busca del señor Guerra lo trajo al día siguiente, diciendo que lo había sacado de la casa de uno de sus parientes, donde se encontraba escondido. Llegó el señor Guerra al vivac el día 6 á eso de las 2 p. m. Se recibieron 12 monturas, algunas incompletas. El señor Guerra sabiendo nuestra presencia en el vivac, no tuvo la deferencia ni siquiera de saludarnos. Mandó á los individuos del grupo á que escogieran sus monturas, quedando para Espinosa y para mí sólo dos fustes sin acciones, sin cincha, sin manzana, sin bridas, sin sudaderos. Tuve que iniciar mi saludo al señor Guerra y me dijo que usted le había enviado ya un recado con un señor Trejo, que había recibido las 70 carabinas y el parque y que no era posible organizar 70 ú 80 hombres como lo esperaba el Núcleo de la Revolución, que era indispensable pasar el Río, porque ya las autoridades americanas tenían conocimiento de nuestra presencia. Insistí en lo conveniente de avisar por telégrafo, como usted convino en que se hiciera y se opuso á que yo enviara el telegrama. En vista de ésto avisé por correo. Pregunté si tenía algunas instrucciones de nosotros y me dijo que no. Entonces le supliqué me permitiera que lo acompañáramos si no le éramos muy estorbosos y tuvo que admitir nuestra presencia. El día 7 de Enero se efectuó el paso del Río, quedando establecidos Espinosa y yo casi todo el día de centinelas en una eminencia cercana. El señor Guerra con 4 hombres y un guía fué en busca de remuda y regresó á las 8 y media de la noche, saliendo poco después todos para el interior de la República. Se hizo una excursión muy rápida, quedando asegurada la rapidez de la maniobra por la remuda de caballos que se hacía en cada uno de los ranchos porque íbamos atravezando. La historia de la expedición se puede ver en la copia del borrador de campo que acompaño.

Me permito hacer la siguiente crítica:

1.º El armamento que se encontraba en Comstok, se dejó oculto en una cueva del lado americano, pudiéndose haber efectuado el cambio á alguna de las muchas cuevas que hay en la frontera de México, lo que hubiera permitido disponer de él con más seguridad. Hay la circunstancia de ser menos accesible la frontera de México que la de los Estados Unidos, y se debía haber contado con que el Gobierno Americano pudiera enviar fuerzas, como mandó, que cuidaran la neutralidad.

2.º El señor Guerra abandona completamente sus elementos, como lo prueba el hecho de haberse extraviado dos individuos inmediatamente después de haber emprendido nues-

tra marcha y los cuatro desertores del Rancho de San Antonio.

3.o No toma ninguna de las medidas más elementales que aseguren el orden al entrar en un rancho cualquiera, lo que daría por resultado un éxito del enemigo en caso de tomar el contacto. Así también se demuestra esto con el consentimiento de que se repartiera sotol en San Antonio á todos los soldados.

4.o No se preocupa en absoluto de la movilidad de su fuerza, pues hace jornadas pesadísimas, la última en que lo acompañamos fué de 80 millas, en las que se agota la energía de los soldados, más cuando se trata de gente que nunca ha montado y que acaban de ingresar al movimiento.

5.o No se toma el tiempo necesario para instruir á todos los hombres en el manejo de la carabina, ni para limpiar las armas, lo que hubiera originado una derrota, encontrándose con una fuerza igual á la mitad de la nuestra, pues cuando menos el 50 por ciento de las carabinas no hubiera funcionado.

6.o En el Rancho de San Antonio me encomendó arengar á los trabajadores y desempeñé esta comisión inspirándome en los principios más puros de moral y de justicia. Terminada mi arenga permitió que Francisco Zamora, con lenguaje obsceno hablara mal de las autoridades que hoy por hoy sostienen el actual estado de cosas. El mismo después de haber prometido que se obraría con entera libertad, amenazó á los que no quisieran incorporársenos con colgarlos. Esta amenaza no la juzgo buena ni como broma. Y estaba yo por mi parte resuelto á impedir por la fuerza de mis armas cualquier atentado.

7.o En las tiendas de los diferentes ranchos, se tomaron efectos por los valores que indican mis apuntes, sin encomendarse esta operación á ningún individuo en particular, sino pidiendo todos lo que necesitaban, en el más completo desorden.

8.o Siempre que pude hablar con el señor Guerra me indicaba la imposibilidad de proceder en otra forma y yo convengo en que se tiene que comenzar con muchas dificultades y haciendo una organización tosca y lenta; pero nunca podré admitir que se olviden los medios más elementales de seguridad, comprometiendo, por torpeza ó por valentía mal entendida, las vidas de nuestros hermanos.

9.o.—El señor Guerra emplea al Representante la Prensa Asociada, en algunas comisiones del servicio, lo que á todas luces me parece improcedente.

Para terminar con lo relativo á mi informe general, agregaré que siempre que se vé á algún individuo en el camino, se desprenden del grupo para aprehenderlo, 3, 4 ó más hombres sin previa orden de nadie, sino por iniciativa propia, que á algunos de estos individuos se les permite continuar su cami-

no y á otros no, sin que hasta hoy me haya percatado de cuáles son las razones que impongan tal diferencia tratándose de persona: todas igualmente desconocidas. Me permito, pues, fundado en las razones anteriores asegurar que el señor Guerra carece de las aptitudes que requiere la comisión que se le ha confiado, y como tengo motivos para suponer que en igual condición, aunque más ó menos patrióticamente, proceden muchos de los actuales cabecillas de la Revolución, juzgo impropio darles una jerarquía militar superior á la de Teniente, hasta que no se depure por completo su conducta y se justifiquen sus procedimientos y aptitudes con entera seguridad.

Obrar en otra forma, es fomentar en el Ejército de la Revolución los gérmenes morbosos que nulifican por ahora la fuerza militar que sostiene al General Díaz en el Poder, lo que origina un enorme gasto para el Erario de la Nación y una inseguridad completa para las instituciones. No de otro modo puede explicarse, haciendo punto omiso de otras causas, el hecho de que las fuerzas de la Revolución, con armas cuyo alcance máximo es 200 yardas, obtengan ventajas sobre fuerzas que cuentan con el mejor armamento del mundo, que les asegura su tiro en magníficas condiciones, entre 300 y 600 metros y cuyo alcance máximo es de DOS KILOMETROS, lo cual permite una trayectoria casi horizontal. Asimismo parece increíble que la Artillería de Montaña no pueda obtener ventajas en la Sierra de Chihuahua, siendo, como su nombre lo indica, el terreno apropiado para su uso.

En los diferentes ranchos que tocamos se incorporaban hombres con todo gusto, dispuestos á someterse á la disciplina militar, abandonando sus hogares, llevando muchos á sus propios hijos ó hermanos. Las familias lloraban. Dolía el corazón al ver aquel desprendimiento de gente humilde que sacrifica lo más grande que el hombre puede sacrificar: su mujer y sus pequeños hijos, para ir á conquistar la libertad del ciudadano y el imperio de la Ley, quizá, quizá para caer muy pronto inmolados en aras de otra tiranía más criminal y más hipócrita.

Señor Presidente de la República: Mucho he insistido en que se proceda en los asuntos de la Patria con más cordura y con más energía. Esta es tal vez la última que insista sobre el asunto, y reclamo de usted, con toda la sinceridad de mi alma, que haga un esfuerzo porque se cumpla realmente lo prometido. Salga usted de la atmósfera que le rodea; oiga la voz de los que sentimos hondamente las desgracias de México y no olvide, que si el señor General Díaz tiene mucho la culpa de nuestro actual estado y pagará cara su indiferencia, sobre usted pesa una responsabilidad más grande: México, gobernado por el Partido Científico, con todas sus aberraciones y miserias, es preferible al México dominado por bandadas de asesinos y ladrones.

Dada nuestra actitud sumisa hasta lo inimaginable y nuestro ferviente deseo de hacer posible una organización lógica y fuerte, por estar inspirada en la esencia de los principios del arte militar, nos extrañó mucho la actitud netamente ofensiva del jefe de la guerrilla para con nosotros y sólo encuentro una explicación satisfactoria: la ambición personal, ni siquiera patrióticamente intencionada, sino perversa, de los que han hecho el papel de cabecilla. Estuve á punto, señor, de desafiar al señor C. Guerra; pero el interés de conservar la cohesión de nuestros elementos y el anhelo ferviente del triunfo de nuestra causa, me obligó á hacer uso de los restos de mi energía y paciencia, y he venido, señor, trayendo á mi compañero Onésimo Espinosa á informar á usted de la situación, á enterarle de nuestros defectos, de nuestras necesidades, así como también de la bondad de la causa que defendemos, demostrada plenamente por los hombres humildes de las ranherías, que sin vacilaciones se han lanzado con nosotros á defender á su Patria, fiados en nuestras promesas y en nuestras palabras. Vengo á exigir de usted que imitemos la conducta de esos, nuestros hermanos, los más escarnecidos pero no los menos nobles. Entre los soldados que partieron con nosotros va el señor Pedro G. Ugaldé, hombre de más de 40 años que deja á su familia aquí y suplica por mi conducto se le dé una ayuda pecuniaria cada 15 días, cada mes, ó bien cuando se pueda. Me permito recomendar á este señor y tendría gusto en que se atendiera á su familia. Como he indicado ya, tomamos la resolución de abandonar al Sr. Calisto Guerra y al llegar á las márgenes del Bravo el día 11, á las 3 a. m., pasamos á territorio americano, dejando nuestros caballos y monturas ocultos en un carrizal que existe en las márgenes del río del lado americano. Dormimos unas cuantas horas y al buscar nuestros caballos y monturas, no los encontramos, lo que nos hace creer que el señor Guerra mandó por ellos, aunque de esto no tenemos seguridad plena. Considero malo el hecho de habernos pasado de este lado y de haber dejado nuestros caballos y monturas; pero creo que se nos puede dispensar esta falta teniendo en cuenta nuestros fines.

Nos proponíamos salir del rancho del señor Hinojosa á los 2 p. m. para tomar el tren en Comstok á las 3 a. m. de hoy. Retardamos nuestra marcha y esto nos permitió ver, como á las 5 de la tarde, á un grupo como de 30 hombres, rurales y soldados de caballería, que se encontraban establecidos en la falda de una colina, más ó menos á tres kilómetros de la posición de nuestras fuerzas, cuyo número era de 50. Como no veíamos ningún servicio establecido en nuestro campamento y como la formación de las fuerzas federales era en orden cerrado, supusimos que nuestras fuerzas ya se habían retirado y creímos y ahora estamos seguros, de que éramos vistos de las fuerzas fe-



derales. Hacía un reconocimiento en la frontera del Bravo el jefe de la columna que, yo me imagino, era el Coronel Fructuoso García, el Comandante de la fuerza de Caballería y una escolta de cinco dragones; atrás venía un piquete de ocho rurales, conservando una distancia de 20 metros; el resto de la fuerza estaba á más de 500 metros, cuidando los caballos. Suponiendo nosotros capaces á las fuerzas federales de hacer nuestra persecución en territorio americano, ordené á Espinosa que dejara las maletas en el rancho, y partimos inmediatamente con dirección á Comstok. Eran las 5.15 p. m. Avanzamos unos 500 metros y entonces oímos las primeras descargas efectuadas entre las dos fuerzas. Esto nos hizo concebir la idea de presentar la lucha en una eminencia próxima para ver si era posible ser portadores del resultado. Me detuve yo en un punto y mandé á Espinosa á que hiciera una exploración, advirtiéndole que estuviera pendiente de mis órdenes. Habría avanzado Espinosa unos 60 metros, cuando oí á mi derecha el silbido característico de una bala de Mausser, y entonces ordené á Espinosa que se regresara para seguir nuestro camino á Comstok ya sin dilaciones, toda vez que nuestra presencia era conocida del enemigo. Dos balas más nos hicieron el honor de confirmar nuestras sospechas y ya no tuvimos ningún trastorno hasta llegar á Comstok á las 11 p. m. Nuestra marcha la emprendimos con toda lentitud y pudimos comprobar que el fuego, que en un principio fué muy lento, tuvo su mayor rapidez en un espacio como de 20 mintos, y en seguida continuó lento durante más de una hora.

No sabemos cuál haya sido el resultado, aunque se nos informó en Comstok, por un simpatizador, que el éxito estuvo de nuestra parte, y yo no lo dudé por ocupar nuestras fuerzas una posición relativamente buena y por entrar las fuerzas del Gobierno en orden cerrado. Es posible que hayan muerto los dos jefes federales si los nuestros lograron hacerse de una avanzada bien establecida. Deseamos vivamente el éxito de nuestras fuerzas; pero el hecho de no haber sido sentida la tropa federal sino unas cuantas horas antes del encuentro, demuestra la confianza de nuestra gente. La marcha de la noche anterior hubiera sido de consecuencias fatales, tan fatales que no habría tal vez quien pudiera ser testigo del encuentro si las tropas del Gobierno efectúan su ataque con 14 horas de anticipación, lo que no encuentro improbable dada la delantera que las citadas fuerzas federales nos llevaban.

La Casualidad ó la Justicia Divina deben haber obrado en nuestro triunfo, si realmente lo hubo.

De todos modos, aun con la derrota de nuestras fuerzas, juzgo el movimiento liberal susceptible de alcanzar un triunfo definitivo y creo, ahora más que nunca, indispensable la presencia de usted en el campo de operaciones, para controlar de-

bidamente los diferentes elementos y para hacer efectiva la unidad de mando.

Termino mi informe, señor Presidente, asegurando á usted la sinceridad de mis afirmaciones y suplicándole de corazón que les dé la atención que merezcan, reservándome el derecho de publicarlas cuando lo juzgue oportuno.

San Antonio, Tex., Enero 12 de 1911.

**Rafael Aguilar.**

Capitán Técnico de Artillería.



Además de fundar mi deseo vehemente de que entrara cuanto antes el señor Madero á México, en las razones expuestas en mi informe, invoqué las razones siguientes, expresadas de palabra:

1º.—Evitar que los jefes de guerrillas cometan abusos ó que permitan que los cometan sus soldados, porque á pesar de las favorables noticias que la prensa americana hace circular sobre el manejo de los rebeldes, por conductos de más crédito se sabe que se han cometido ya acciones bastante reprochables.

2º.—La Nación entera sufre grandes trastornos con el movimiento. El establecimiento del Gobierno Provisional, pudiendo violentar la finalización de las operaciones, contribuiría á disminuir nuestros males.

3º.—Tiende á producirse un sentimiento de animadversión hacia el Ejército Mexicano, y juzgo este sentimiento pernicioso y fuera de razón. El soldado mexicano, sosteniendo á la

Dictadura con el celo y valor que justifican las últimas noticias y que yo he tenido oportunidad de comprobar en el campo de batalla, es digno de todo elogio y dá una prueba evidente de lo que podrá esperarse de él, bajo otra dirección y en condiciones distintas de vida. No puede ser responsable de su fidelidad hacia el Gobierno del General Díaz, porque no se le ha demostrado nunca la ventaja del movimiento, y aun siendo condecorador de esta ventaja, creo que cumple con su deber.

Los directores de la Revolución deben esforzarse porque cese la mala voluntad hacia el Ejército, y muy en particular hacia el soldado raso. No debe perderse de vista, que la Patria mexicana la constituyen todos los elementos buenos ó malos que en la actualidad luchan; apoyando al Gobierno del General Díaz, sirviendo á la Revolución, ó permaneciendo como simples espectadores, y que si se quiere hacer una obra buena y duradera, no debe ser el odio quien condene al General Díaz y á sus Ministros, sino la Justicia Nacional, fría é inflexible, como aparece en el Cerro de las Campanas, segando las vidas de Maximiliano, Miramón y Mejía. No deben olvidar los directores de la Revolución, tampoco, que su trabajo no termina con el último cartucho quemado, sino que allí empieza; y que se necesitarán más energías y más patriotismo para realizar la segunda parte de nuestra obra que la primera. Quedan en pié los mismos problemas de que se hace responsable al General Díaz y á su Gobierno todo. Los directores de la Revolución sólo podrán levantar la frente satisfechos de su obra, cuando hayan entregado á la nueva generación, con la paz de la República, los medios de poder conservar esa paz por tiempo indefinido.

La fracasada expedición de Coahuila me puso en condiciones muy ventajosas para conocer á fondo á los hombres de la Revolución. Pude convencerme de que no me había equivocado en mis juicios anteriores y estaba en posición más sólida para aconsejar al señor Don Francisco I. Madero, ciertas medidas que en el fondo tendían á cimentar firmemente nuestra futura nacionalidad.

Las medidas de referencia fueron las siguientes:

**Admisión de americanos.**—Agradeciendo en todo su valor la visible simpatía que el pueblo americano ha demostrado desde un principio hacia nuestro movimiento revolucionario, he creído siempre inconveniente la admisión de americanos en nuestras filas, y así lo aconsejé de modo terminante, no sólo al señor Madero, sino á las diferentes personas que fungían como directoras.

En primer lugar, se trata de un asunto netamente civil, que debe ser deslindado por la fuerza intrínseca exclusiva de cada Partido. En segundo lugar, teniendo en cuenta las relaciones ulteriores de México y Estados Unidos, no puede negar-

se que por ley natural ambos países están expuestos á tener choques, y la admisión de americanos como soldados, proporciona á los Estados Unidos un medio de gran valor para sus operaciones, desde el momento que todos estos individuos se van compenetrando de nuestras costumbres y van conociendo palmo á palmo nuestro territorio. Debo agregar, como dato muy satisfactorio, que la presencia de americanos en nuestras filas fué siempre vista con bastante desconfianza por la mayoría de nuestros soldados. Por último, el mismo Gobierno Provisional, comienza creándose dificultades, toda vez que tiene que recompensar los servicios de los americanos y recompensarlos bien, no obstante las protestas de que entran sin condiciones, lo que dará por resultado un principio de disgusto en el pueblo mexicano.

**Grados que deben darse á los jefes de guerrilla.**—El actual Ejército Mexicano está dirigido: por militares, viejos, que obtuvieron su posición en las revoluciones pasadas, y por militares técnicos, salidos del Colegio Militar.

Los militares viejos, por el medio especial de que salieron, carecen de las aptitudes, actividad é iniciativa que necesita un organismo para progresar vigorosamente; los militares jóvenes, los técnicos salidos del Colegio Militar, sólo han desarrollado sus aptitudes financieras, ó la adulación y el servilismo; son elementos que ven en el Ejército su salvación, porque están muy mal preparados para la lucha por la vida, incapaces también de producir nada bueno. (Ya lo han demostrado prácticamente en la actual revolución, como se verá después).

A la sombra de estos dos elementos se ha desarrollado uno tercero, que constituye la gran mayoría de los Jefes de Cuerpo y oficiales, que, como se comprenderá, es igualmente malo. El Ejército Mexicano, bajo dirección tan torpe, ha formado una cantidad extraordinaria de oficiales superiores y todavía vemos, que, sin previa averiguación exacta de los acontecimientos, sigue formándolos. Pues bien, si el movimiento liberal triunfa, como todas las probabilidades parecen indicarlo, y nosotros sin discreción, hacemos capitanes, mayores, coroneles y generales, tendremos que habérmolas con una infinidad de ambiciones, que quizá sean difíciles de aplacar, si queremos no introducir en el futuro ejército, elementos á todas luces perniciosos.

Creo, y así hice saberlo al señor Don Francisco I. Madero, que los grados de los jefes revolucionarios, deben ser concedidos con gran discreción y previo conocimiento exacto de sus méritos.

**Organización.**—Consecuente con la idea de armonizar los principios militares, con el carácter y género de vida de los guerrilleros, propuse al señor Madero la siguiente división:

**Batallón.**—3 Compañías.

**Compañía.**—3 Secciones.

**Sección.**—3 Pelotones.

El pelotón es la unidad mínima y lo considero formado por 30 hombres; dos guías cabos, y un sargento que será su comandante. Considero al pelotón como unidad independiente, porque las guerrillas están de tal manera formadas, que es difícil de primera intención fraccionarlas y mi objeto era armonizar, como he dicho, mis aspiraciones como soldado, con las costumbres de la gente.

El número de individuos que tiene, por regla general una guerrilla, no pasa de 50, casi siempre es inferior á 30. Este número me parece más conveniente, teniendo en cuenta las unidades superiores (Sección, Batallón).

Considero la Sección dividida en 3 pelotones y el Batallón en 3 secciones, para introducir desde luego los tres elementos de combate: Línea de tiradores, Sostén y Reserva, y grabar en la ruda imaginación de nuestros soldados, la imperiosa necesidad de no comprometer desde un principio todo lo que uno tiene.

Esta organización se iría haciendo efectiva conforme lo permitieran las circunstancias, y tiene también como fundamento las condiciones especiales de vida en el territorio nacional.

Como complemento de la organización militar y como auxiliar poderoso del importantísimo servicio de exploración, propuse la compra de buenos gemelos.

Intentaba después iniciar un rudimentario sistema de señales.

## **CONDUCCION DE LOS TRABAJOS EN LOS CAMPOS DE OPERACIONES.**

Mi opinión sobre este particular fué bien precisa y completamente clara. Antes de tomar la ofensiva, considero indispensable, concentrar nuestros elementos, organizarlos, disciplinarlos y después, ya en el terreno, pensaremos en un plan de campaña.

Los planes de campaña, dije muchas veces, siempre son buenos, cuando pueden realizarse; pero ningún plan de campaña dará resultados, por brillante que se le suponga, si la gente no obedece á sus jefes en los momentos de peligro, y presenta la espalda al enemigo. Siempre fuí contrario á considerar al soldado federal como cobarde y al rebelde como hombre su-

perior; creo estar en condiciones de dar á cada quien lo que se merece, porque siendo militar, conozco al Ejército de cerca y siendo también revolucionario y habiendo pasado ya algún tiempo en el campo de operaciones, conozco los elementos de la Revolución y soy de ella partidario por principio.

Además de estas indicaciones de orden general, hice otras varias de detalle, siendo las principales de ellas, la atención que merecían los jóvenes oficiales, que junto conmigo, estaban dispuestos á sacrificarse y habian ya comenzado á hacerlo, por el bienestar de nuestra Patria. Con gran pena tengo que consignar aquí, que no fuí atendido nunca. Podrá verse en la continuación de este trabajo, que las medidas de organización no se aceptaron y estaría bueno que no se hubieran aceptado si se hubieran aceptado otras cualesquiera; pero no habiéndose hecho nada en este sentido, creo que mis proposiciones, aún siendo malas, debían haberse apoyado.

Cuando propuse que se compraran anteojos para completar el servicio de exploración, que nunca me cansaré de decir que es esencial para la buena conducción de las operaciones militares, y la clave del éxito en la mayoría de los casos, se me contestó que los campesinos no necesitan antejo, que veían mejor á simple vista. Proponiendo la compra de relojes para normalizar el servicio, se me dijo que los campesinos calculaban mejor el tiempo por las estrellas. Y lo que es más sensible, mi esfuerzo fué inútil para conseguir que á mis compañeros se les guardaran las consideraciones que merecían y se les proporcionara lo necesario para cubrir sus necesidades personales, llegando al grado de que un oficial tuviera que desempeñar un trabajo rudo en Eagle-Pass, para proporcionarse la subsistencia. Entro en detalles de este género, porque creo darán luz completa para juzgar una faz de la cuestión; me abstengo de hacer comentarios en lo que se refiere nada más á nuestras personas, y si sólo se tratara de mí, no me atrevería ni á señalar el punto.

Terminada mi comisión en Coahuila, salí de San Antonio para El Paso, con objeto de indicar al señor Don Abraham González, que procurara arreglar la entrada del señor Madero á territorio nacional, lo más pronto posible. Yo debía esperar en El Paso hasta que entrara el señor Madero, para incorporarme á él formando parte de su Estado Mayor.

El deseo siempre bien manifiesto que tuve porque el señor Madero se pusiera al frente de la Insurrección Nacional en territorio mexicano; deseo fundado en razones que para mí eran evidentes, y que no sólo podían tomarse como exclusivas del bien general de México, sino aún como personales para Don Francisco, pues que tendían á darle el relieve á que debe aspirar como jefe del movimiento, sin tener en cuenta razones mezquinas de conservación propia, aumentó mi empeño cerca de D.

Abraham González, para arreglar la entrada á México del señor Madero.

El señor González, guiado tal vez por consideraciones de amistad hacia Don Francisco, no se preocupó gran cosa del asunto, y se necesitó que la Casualidad luminara á Pascual Orozco, haciendo una brillante marcha sobre C. Juárez, para que Don Abraham González, más con el fin de deslumbrar al señor Madero, que por otra causa, lo mandara llamar. El día 28 de Enero se sabe, por la prensa americana de El Paso, que ha sido descubierto por la policía secreta de C. Juárez un envío de cuatro cajas de municiones Mausser, que los revolucionarios de El Paso hacían para las fuerzas de Chihuahua. Como consecuencia de este hecho, son detenidos en Juárez, varias personas y entre ellas, Bartolo Orozco, pariente del jefe insurrecto Pascual Orozco.

El día 30 de Enero se tienen noticias de la destrucción de un tramo bastante grande del F. C. C. M., lo que deja á C. Juárez incomunicado del resto de la República. P. Orozco logra interceptar dos trenes de pasajeros y uno de carga; permite la salida de un tren que llegó á C. Juárez el día 1º de Febrero, á las 12 p. m., con pasajeros, y usa los trenes sobrantes para efectuar una marcha por ferrocarril, avanzando sobre Juárez, á cuyas inmediaciones llega el día 2, sufriendo la pérdida de varios hombres por haberle volado un tren, un escuadrón de Caballería que salió de Juárez con ese fin. Este accidente no es de tal trascendencia que impida el éxito de la maniobra que se esperaba con ansiedad por los pueblos americano y mexicano: la toma de C. Juárez.

Tres días consecutivos se mantuvo el interés creciente de todos los simpatizadores del movimiento. Pascual Orozco llegó á ser el hombre del día en los Estados Unidos. Este favorable aspecto de la causa liberal, grandemente aumentado por la variable imaginación de las masas, hizo que Don Abraham González se resolviera á llamar á Don Francisco I. Madero, pretendiendo que entrara á C. Juárez luego que cayera esta población en manos de Orozco. Se dijo en la prensa que los anti-reeleccionistas esperaban celebrar el aniversario de la promulgación de nuestra Carta Magna, en el mismo lugar que protogió al gran patriota de la República, en mejores tiempos, haciendo del 5 de Febrero un día solemnemente glorioso.

Por desgracia, la notable marcha de Orozco no dió el resultado que de ella se esperaba. El día 5 de Febrero, el valiente Jefe del Ejército Mexicano, Coronel Antonio M. Rábago, llegó por el F. Mex. NW., hasta Bauche, punto situado al Sur de Juárez, y allí fué atacado por las fuerzas de Orozco. El Coronel Rábago se sostuvo todo el día 5 heroicamente y logró burlar á las fuerzas de Orozco: entrando á C. Juárez, el mismo día, á las 10 p. m., con más de cien hombres, lo que cambió

por completo la situación de las fuerzas federales, que un momento se creyeron completamente á merced de la Insurrección. Se supo, al avanzar Orozco sobre Juárez, que venía solo á poner en libertad á su tío y que había hecho la amenaza de que: "Si un cabello de la cabeza de su tío era tocado, tendrían que componérselas las autoridades de Juárez." Al día siguiente de haber entrado el Coronel Rábago á C. Juárez, las fuerzas de Orozco no sabían nada de su jefe; horas más tarde se supo de él.

Las fuerzas de Orozco estaban á inmediaciones de Juárez, en situación precaria, sin elementos de boca de ninguna clase. Era necesario tomar alguna determinación, y no siendo ya posible el ataque á la ciudad, se imponía la retirada.

La Junta Revolucionaria de El Paso, que tenía como cabeza visible á Don Abraham González, estaba obligada á tomar medidas salvadoras para la columna de Orozco. Había fracasado ya la risueña situación que un momento concibieran cabezas ilusas, se estaba delante de un peligro inminente y era preciso entonces, más que nunca, dar pruebas de serenidad y de cordura. Muchos de los hombres de Orozco lo abandonaron internándose á territorio americano; era indispensable no desperdiciar los elementos bastante valiosos de la Insurrección, tanto por el beneficio que la causa reportaría, como, y principalmente por el bienestar que reportaban sus principales sostenedores. Más que nunca, entonces, me afirmé en la necesidad de que Don Francisco I. Madero entrara á la República sin vacilaciones, con una dosis enorme de valor y de abnegación, para ponerse al frente de esos elementos desorganizados y hambrientos, y organizarlos y conducirlos con firmeza á la consecución de los fines que perseguían; demostrando el Candidato á la Presidencia de la República que era precisamente en la hora de prueba, en la que tomaba las riendas de la parte práctica de la Revolución. Consideraciones de amor propio mal entendido, á juzgar por las disculpas expuestas, indujeron á Don Francisco I. Madero, sugestionado por varias personas (Licenciado González Garza, señor Abraham González, Dr. Vázquez Gómez), á retardar su entrada á territorio nacional.

La noche del 19 de Febrero del corriente año, en la residencia de El Paso, Tex., del señor Don Braulio Hernández, actual Secretario del Despacho del Gobierno Provisional del Estado de Chihuahua, nos reunimos para despedirnos del señor Madero, que estaba oculto en la casa del señor Hernández, los señores Ingeniero Eduardo Hay, Salvador Gómez, Roque González Garza, Octavio Morales y yo. Tal parecía que el objeto de la reunión no era otro que convencerme de la necesidad que tenía el señor Madero de quedarse en territorio americano. Inútiles fueron los esfuerzos de todos los presentes, pues yo no admití ninguna excusa, y del modo más elocuente posible les



manifesté mi oposición. El señor Licenciado González Garza llegó á decir que yo sentía que el señor Madero no entrara, porque quería tener el honor de formar parte de su Estado Mayor, á lo' que contesté: "No es para mí un honor formar parte del Estado Mayor del señor Madero. Creo que su presencia en México es necesaria por razones de conveniencia nacional y lo aconsejo porque he estado en México y he visto las desgracias que aquejan á nuestra Patria; por lo demás, he demostrado que acato todas las disposiciones y entraré con cualquiera persona que manden."

Juzgo necesario hacer aquí un paréntesis: En la *entrevista* que publicó **El Ahuizote**, fecha 5 de Agosto, el señor Madero, con visible disgusto, afirma casi, que yo no llegué á estar en campaña, pues dice:..... "y esto de "Madero sin Máscara," diga usted que este señor no fué jefe de mi Estado Mayor. **YO NUNCA TUVE ESTADO MAYOR. AGUILAR FUE DESTINADO AL ESTADO MAYOR DE SOTO Y NO ESTUVO TAMPOCO ALLI PORQUE NO PASO EL RIO A TIEMPO.** Yo también publicaré mis apreciaciones y el público juzgará"..... En carta posterior, dirigida al señor Miguel Ordorica, Director del periódico de referencia, rectifica Don Francisco su afirmación anterior, con la postdata: "Ayer, mientras conversaba con su representante, ví **A LA LIGERA**, un rubro con que encabeza sus memorias el Capntán Rafael Aguilar, y **ME PARECIO** que decía que había sido Jefe de mi Estado Mayor, y le dije á su representante que no era cierto; pero ahora he visto que dice: "Oficial del Estado Mayor" y les manifiesto **QUE REALMENTE PUDO CONSIDERARSE COMO TAL.**"

No creo que se necesite comentar mucho este incidente, que pone de manifiesto la poca sangre fría del señor Madero, que se inmuta solamente al considerar que voy á publicar mis memorias, y ni siquiera tiene la calma necesaria para ver que no me llamo Jefe, sino oficial de su Estado Mayor.

La postdata de su carta me basta para que se defina mi labor y el público comenzará á juzgar, de parte de quién están, la verdad y la justicia.

Por lo demás, tal parece que el señor Madero cree que yo tengo algún empeño en **considerarme** como oficial de su Estado Mayor, y es preciso que se sepa bien, que yo nunca he considerado como un honor el formar parte de una comisión revolucionaria: puse mis servicios incondicionales del lado de la causa del pueblo; por eso fuí á la Revolución, y por eso también, aunque me cueste muy caro, desenmascararé á los falsos apóstoles de la Democracia, y con la conciencia tranquila espero, que si el mérito de mi labor no puede reconocerse luego, día llegará en que se reconozca, y entonces aparecerá, con clari-

dad meridiana, la pureza de mi carácter, del cual sí me enorgullezco.

Continúo la relación de los acontecimientos.

Se me dijo también que ¿cómo era posible que entrara el señor Madero á ponerse al frente de las fuerzas de Orozco y comenzara por retirarse? El mismo señor Madero, que siempre se había manifestado entusiasta por entrar á México, me dijo que consideraba la situación de las fuerzas de Orozco muy crítica. Por último, cuando no había más que contestarme, se me obligó á callar con lo siguiente: "Razones de alta política que usted no puede saber, obligan al señor Madero á quedarse en los Estados Unidos."

Bien comprendía yo la inutilidad de mi esfuerzo, así es que no quedaba otro recurso que obedecer y sujetarme á las determinaciones que el señor Madero tomaba como salvadoras.

Tanto el señor Madero como Don Abraham González se vieron obligados á entrar á México algunos días después, por la orden de aprehensión que las autoridades americanas dictaron en su contra.

El señor Madero determinó mandar al señor Coronel José de la Luz Soto con el carácter de 2º jefe de la 2ª zona militar, á encargarse de las fuerzas de Orozco y hacer la concentración de todos los elementos dispersos que se encontraran en el Estado de Chihuahua. El Coronel Soto sería ayudado por un Estado Mayor compuesto de las siguientes personas:

Ingeniero Rafael Aguilar, Ingeniero Eduardo E. Hay, José Garibaldi, Raúl Madero y Roque González Garza. Esto según la orden escrita que el señor Don Abraham González dió al Coronel Soto.

Deseando Don Francisco I. Madero conocer mi opinión sobre las medidas adoptadas, me preguntó: "¿Qué le parece á usted Don José de la Luz Soto?"

Opino que el señor Soto no está á la altura de la situación. Para juzgarlo tenemos como seguro el hecho de que lo hayan desconocido las fuerzas de Ojinaga, obligándolo á internarse á territorio americano. No tuvo éxito esta concisa y sincera contestación mía.

•  
• •

En El Paso me encontraba yo acompañado por el señor Octavio Morales, joven que abandonó su carrera en el Colegio Militar para servir en las filas rebeldes. Acatando la orden verbal del señor Madero, debíamos salir para incorporarnos á Orozco, el 9º de Febrero. Mi compañero Morales y yo no pudimos salir ese día. El señor Coronel Soto, acompañado de las otras personas que formaban su Estado Mayor, salió á las 10 p. m.

Al llegar al punto de paso, sólo el señor Soto se quedó en territorio americano, alegando que era muy feo comenzar mojándose los pies. El Coronel Soto pasó al día siguiente en automóvil. De los acontecimientos ocurridos en el campo de operaciones los días 10 y 11, no puedo dar detalles por haberme incorporado el día 12.

Fué un hecho que al presentarse el Estado Mayor que Don Francisco mandaba á Orozco, enterado éste del objeto de dicho Estado Mayor, no quiso obedecer las órdenes del señor Madero, sino que emprendió la marcha por su cuenta y habría dejado al flamante Estado Mayor sólo en las cercanías de Juárez, si algunos de los comandantes de guerrillas no hubieran tenido la idea de obedecer las órdenes que venían de El Paso, lo que les permitía separarse de Orozco, con quien no estaban conformes. Este incidente originó la segregación de las fuerzas de Orozco. Cerca de 100 hombres se quedaron para acompañar al Estado Mayor y Orozco con el resto de su gente, se dirigió al Sur de C. Juárez. El Estado Mayor, con su voluntaria escolta, estableció su acantonamiento en la Congregación de Zaragoza, pasando muy cerca de C. Juárez á la vista del enemigo.

12 de Febrero.—A las 3 a. m. llegamos al acantonamiento de Zaragoza mi compañero Octavio Morales y yo, cruzando el Río Bravo del Norte, enfrente del poblado americano llamado Jaleta. Nuestra marcha pudo verificarse sin que nadie nos la impidiera hasta el mismo lugar en que dormía tranquilamente el señor Coronel Soto con todos sus ayudantes, á 25 kilómetros de C. Juárez, donde había una guarnición de más de 300 federales. La posición de Zaragoza tenía un flanco inatacable, el Río Bravo, límite con los Estados Unidos; al Este se extiende una serie de colinas que podrían proporcionar una buena defensa; al Sur y al Oeste el terreno es bastante abierto, casi plano hasta alcanzar las inmediaciones de C. Juárez. El señor Coronel Soto habló conmigo y me mostró la orden escrita, nombrando los miembros del Estado Mayor en la forma que ya se indicó anteriormente. Desde luego extrañé en dicho nombramiento la falta de mi compañero Octavio Morales, y no queriendo herir su susceptibilidad, no hice ninguna observación; pero sí es extraño que aparecieran formando parte del Estado Mayor personas que no tenían ningunos conocimientos militares, como los señores Hay, R. Madero y Roque González Garza y aún el propio señor Garibaldi, quien sólo traía de conocido el ilustre nombre de su abuelo, y no se considerara al señor Morales, que si bien acababa de abandonar las aulas sin terminar sus estudios, era muy superior, militarmente hablando, á dichos señores.

Indiqué al señor Coronel Soto la conveniencia de iniciar desde luego la organización de la gente; pero se manifestó

contrario radical de mis ideas, pretextando que aun no era tiempo.

13 de Febrero.—Se presentó en el acantonamiento de Zaragoza el señor Don Abraham González,, acompañado de un nuevo elemento militar: Don Manuel García Vigil, exteniente del Ejército. Don Abraham González, de acuerdo con el señor Coronel Soto y con los señores Hay, Garibaldi y R. Madero, despreciando la orden escrita que obraba en poder del Coronel Soto, constituyó el Estado Mayor en la forma siguiente:

Ingeniero Eduardo E. Hay, Jefe de Estado Mayor.

José Garibaldi, Jefe de la Vanguardia, (á petición del interesado.)

Ingeniero Rafael Aguilar, Manuel G. Vigil y Octavio Morales, oficiales de organización.

Roque González Garza, Juan Figueroa y Eleuterio Hermosillo, Proveduría.

Raúl Madero, Secretario y Tesorero.

Salvador Gómez, Ayudante del Secretario.

\*

\* •

Es notorio en la división anterior el deseo marcado de menospreciar la personalidad de los únicos elementos militares con que se contaba; menosprecio que no podía justificarse por ningún hecho concreto y que revela á las claras una ambición hipócritamente encubierta y un desconocimiento absoluto del trabajo que se pretendía llevar á cabo. Se vé también iniciarse el germen de la adulación en el cargo especialísimo que se dá al hermano de Don Francisco I. Madero. El señor Garibaldi se presentaba de improviso, hablando de operaciones militares en gran escala llevadas á cabo por él en el viejo mundo, pretendiendo que había organizado ejércitos de más de 100,000 hombres y que había estado ya en muchas campañas. Mi situación en particular era bien difícil. Por los servicios que ya había yo prestado á la Causa, por mi despacho de oficial técnico de Artillería y por mi independencia de carácter en más de una vez puesta á prueba, se podía pensar que mientras no hubiera elementos definitivamente superiores, á mí me correspondía y en mí se iba á depositar el cargo de Jefe de Estado Mayor.

Se comprenderá que por delicadeza, no podía yo reclamar ese puesto aunque me considerara capaz de desempeñarlo. Comprendía yo perfectamente que la división aceptada era mala; me sentí lastimado desde luego cuando todos eran jefes y á mí humildemente se me consideraba como oficial de organización. Debo decir que el señor Garibaldi, dándose cuenta

de la diferencia establecida, indicó que se cambiara la palabra oficial por la de jefe. Dada la brillante aureola que á toda costa se pretendía que adornara al señor Garibaldi, me extrañó que no protestara contra la división establecida, toda vez que pueden encontrarse á primera vista cargos incompatibles, como son: Jefe de Estado Mayor y Jefe de Organización. Estos incidentes sólo sirvieron para comenzar á orientar mi opinión, acerca de los nuevos elementos que se introducían en las filas rebeldes y con el fin de no poner ningún obstáculo á las operaciones y para no lastimar á ninguna de las personas que conmigo constituían el Estado Mayor, personas todas desconocidas para mí, acaté de buen grado y sin observación de ninguna clase la distribución de funciones.—Se reunió á los individuos que fungían como comandantes de los diferentes grupos, para darles á conocer las determinaciones tomadas por el señor Don Abraham González. Los referidos comandantes eran: Mariano Hernández, 32 hombres; José F. Delgado, 30 hombres; Fortunato Casavantes, 22 hombres; Máximo Castillo, 22 hombres; Emiliano Triana, 7; Manuel R. Andana, 4 hombres. Iba con un grupo de americanos el señor R. Marrington, que no asistió á la junta.

En medio del entusiasmo característico de la raza latina, se aprobó la división de trabajo y hubo promesas muy formales de cumplir todos con su deber y esperanzas de triunfos decisivos para la Causa Antirreeleccionista. La base de la división siendo falsa, muy pronto el Estado Mayor, fué el primero en dar pruebas evidentes de desequilibrio.—Inmediatamente después de verificada la presentación del Estado Mayor, inicié el establecimiento del servicio de seguridad. ERA BIEN PERCEPTIBLE EL DESEO DE LOS COMANDANTES DE GRUPO DE ACATAR Y SEGUIR NUESTRAS DISPOSICIONES.

14 de Febrero.—A las 3 a. m., con una escolta de 20 hombres fuí á recibir al señor don Francisco I. Madero, quien se presentó inesperadamente y, según supe después, obligado por una orden de aprehensión que en su contra habían dictado las autoridades americanas.—A las 10.30 a. m. se emprendió la marcha hacia la Hacienda de San Agustín. La columna fué organizada por mí y su marcha se hizo obedeciendo mis órdenes. El señor Garibaldi emprendió su marcha con una hora de anticipación para desempeñar sus servicios como explorador y aposentador. Después de una hora y media aproximada de marcha, noté que los exploradores del señor Garibaldi habían hecho alto; extrañando este incidente, puesto que tenía entendido el señor Garibaldi por mi conducto que no se detuviera, mandé hacer alto á la columna y me adelanté para inquirir lo que pasaba. El señor Garibaldi entonces me explicó que Don Francisco I. Madero le había ordenado buscara un lugar á

propósito para dirigir la palabra á las fuerzas. Hicieron uso de la palabra los señores Don Francisco I. Madero y Don Abraham González, continuándose la marcha después sin interrupción hasta la hacienda de San Agustín, donde las diferentes fracciones se acomodaron en un solo lugar, conforme iban llegando, porque el señor Garibaldi no había preparado ningún alojamiento, disculpándose con que él creía que la marcha se iba á emprender hasta Guadalupe.

Para progresar en mi trabajo de organización, inicié la formación de la orden del día y de la orden de marcha, sometiendo ambas órdenes al señor Hay para que las aprobara, hecho lo cual se reunió á los oficiales del Estado Mayor, para que tuvieran conocimiento de ellas. Hice la advertencia de que esas órdenes no debían considerarse sino como un principio del trabajo de organización y que eran defectuosas, sobre todo en la forma. Las mencionadas órdenes eran como sigue: “Orden del día 14-15 de Febrero, 1911.—De día para hoy, señores José Garibaldi y Salvador Gómez; de guardia, la fracción necesaria, que proporcionará el grupo del Comandante José Delgado. El servicio de avanzadas lo dará el grupo del Comandante Máximo Castillo. El Jefe de E. M., secundando las miras del señor Presidente Provisional de la República, recuerda á todos y á cada uno de los elementos constitutivos de la columna, la necesidad de unir al hermoso incentivo de la palabra el resultado práctico de la acción, y excita muy en particular á los señores jefes y oficiales, para que penetrados á fondo de sus aribuciones no invadan las correspondientes á sus demás compañeros. . . . . Orden de Marcha.—Núm. 1. La columna emprenderá la marcha á las 8 a. m., quedando constituida en la forma siguiente:

1°.—Servicio de exploración y aposentamiento. Señor José Garibaldi, con dos hombres de cada grupo que proporcionaran los comandantes respectivos y que se presentaran al señor Garibaldi una hora antes de la fijada para la marcha de la columna. 2°.—Vanguardia, constituida por la infantería á las órdenes del Teniente Octavio Morales. 3°.—Centro. Lo constituirá la impedimenta y el grueso de la caballería. Los comandantes de grupo mandarán tres hombres montados para constituir la escolta de los carros. 4°.—Retaguardia. Grupo del Comandante Castillo. El señor Presidente de la República acompañado de los señores Gobernador del Estado, Jefe de la columna y Jefe de Estado Mayor marcharán entre la vanguardia y el centro.”—Estas órdenes fueron objeto de una primera crítica, después de aprobadas, que hizo el señor Raul Madero, quien desistió con las explicaciones del señor Hay. En seguida el señor García Vigil, ex-teniente del Ejército, criticó ampliamente la orden de marcha, dando lugar desde luego á sembrar vacilaciones en los miembros del naciente Ea-

tado Mayor, integrado en su gran mayoría por personas carentes en absoluto de educación militar. Pasando por alto la inconveniencia de criticar una orden ya aprobada, juzgo necesario hacer algunas explicaciones que aclararán mi proceder. Los elementos todos que constituían nuestra columna eran no sólo ignorantes de la ciencia militar, sino enemigos de ella, aunque parezca raro que sean enemigos de la ciencia militar hombres que se proponen hacer la guerra. La llegada de los miembros del Estado Mayor era un acontecimiento nuevo; por lo pronto manteníamos en tensión, siquiera por curiosidad, el ánimo de la gente; debíamos aprovechar ese interés para poner en práctica las medidas de organización y disciplina, pero de modo que no se fastidiara á nuestros exigentes reclutas. Yo, en la misión que se me había confiado me había hecho el firme propósito de separarme lo más posible de las formas militares que aún en el ejército regular considero perniciosas, pero que más lo eran tratándose de instruir á hombres rudos y con un sentimiento muy suyo de la libertad individual. Mi fin era solamente dictar aquéllas medidas cuya realización inmediata fuera palpada por la gente, cuyo cumplimiento pudiera exigírseles, dadas sus especiales condiciones. El trabajo de organización, tal como yo lo había concebido, sólo yo podía llevarlo á cabo, y si se me hacía "Jefe de Organización" era indispensable que se tuviera confianza en mí, y no pretendieran todos organizar.—Como consecuencia de la crítica del señor García Vigil, el señor Hay se sintió ya con fuerzas para entrar al mismo terreno y manifestó que él no estaba dispuesto á ocupar un lugar determinado en la columna. En la discusión el señor Hay habló de la conveniencia de que en el primer encuentro con el enemigo, dejáremos á los comandantes de grupo, libertad completa para combatir y que nosotros entráramos con ellos para demostrarles que también éramos valientes. Yo manifesté al señor Hay la inconveniencia de tales medidas que nulificaban nuestra verdadera misión, y le dije que él como Jefe del Estado Mayor, no debía separarse del Jefe de la columna. El señor Hay tenía arraigada la idea de que los rebeldes estaban muy por encima del soldado de línea, y consideraba las medidas de organización y los conocimientos adquiridos en ocho años de estudios en el Colegio Militar, como superfluos. Quería, y así lo dijo varias veces á los mismos soldados, que se organizaran pero sin someterse á ninguna disciplina. Apenas en verdad es concebible que hombres de amplios estudios, ó que se decían con gran experiencia de la vida, pretendieran conducir indisciplinadamente las operaciones revolucionarias; apenas se concibe que se prefiera la chusma al cuerpo regular. Tendría que admitirse tal conducta si se tratara de un movimiento instantáneo y grandioso en que la fuerza se impulsiera de modo im-

discutible, pero no en un movimiento que va desarrollándose con lentitud y del que se espera nada menos que la Nación ordenada y pacífica del futuro.

15 de Febrero.—A las siete en punto de la mañana estaban á las órdenes del señor Garibaldi los soldados que los diferentes grupos mandaban para el servicio de exploración y aposentamiento. El señor Garibaldi no pudo marchar luego porque aún no se desayunaba; había invitado para que lo acompañara, á Raul Madero y éste señor no estaba listo tampoco. Esto originó un atraso de diez minutos, que debe reprobarse enérgicamente por implicar una falta cometida por oficiales del Estado Mayor en los precisos momentos en que se comenzaba á influir en el ánimo de nuestra gente.—La columna emprendió su marcha á las 8.30 a. m., habiendo sufrido un retraso de 30 minutos, lo que es bien poco si se tiene en cuenta que es la primera marcha que se efectúa y que los comandantes de grupo no habían tenido antes oportunidad de calcular su tiempo.—A pesar de haberse fijado en la órden lugar determinado para los señores Presidente, Gobernador, Jefe de la Columna y Jefe de Estado Mayor, sólo el señor Presidente y el Gobernador marcharon en sus puestos, hasta unos 4 kilómetros antes del Rancho de las Arenas, en donde su separación del camino produjo el desórden consiguiente en la columna. Después del Rancho de las Arenas, la marcha se prosiguió en regulares condiciones hasta Guadalupe. El señor Garibaldi no había podido arreglar alojamiento y ésto produjo nuevos desórdenes y descontento de la gente. Antes de llegar á Guadalupe, nuestra columna fué recibida por las fuerzas rebeldes que con anterioridad se habían adueñado de la población. La incorporación de estas fuerzas, duplicó nuestro efectivo haciéndolo llegar á 300 hombres. En la tarde de este día me acerqué al señor Hay para que se redactara la órden, y no se pudo hacer este trabajo porque al señor Hay le dolía la cabeza y ordenó que se suspendiera. El señor don Francisco I. Madero reunió á los comandantes de grupo y junto con los señores Abraham González, José Garibaldi, Raul Madero y yo, propuso que se discutiera el plan de campaña que debía seguirse. Mi acciön fué la de simple expectador. Después de más de una hora de discusión desordenada, se convino que al día siguiente en la tarde saliera la impedimenta con la infantería y una fracción de caballería rumbo á Charcos de Grado. Hice notar al señor Madero la conveniencia de establecer una avanzada en el rancho de las Arenas; se me contestó que ya se había establecido.

16 de Febrero.—El día se presentaba nublado y frío. Como á las diez de la mañana llegaron los individuos que se encontraban en el Rancho de las Arenas sin otro motivo que el de su voluntad. Hice notar á don Francisco la inconvenien-



cia de tal proceder y la necesidad de establecer dicha avanzada no con cuatro hombres, sino con una fracción respetable. El señor Coronel Soto quedó encargado de este servicio. Se me ordenó á mí que condujera la marcha del convoy que debía salir á las 5 p. m. y que tomara las medidas de preparación necesarias. Ordené al empeñoso Comandante Benjamín Vázquez, que diera forraje á las mulas, que engrasara los carros, etc., etc., para marchar á la hora fijada.—Cerca de las 4 p. m. llegó en automóvil del lado americano una familia amiga del señor Hay y dijo á este señor que habían salido de C. Juárez 500 hombres á las órdenes del General Navarro, y que en una hora y media estarían en Guadalupe. Inmediatamente el señor Madero llamó á los comandantes del grupo para ver qué se hacía, y la gente ensilló y se dispuso para salir al encuentro del enemigo ó retirarse. La avanzada de las Arenas no estando establecida, no se tenía más dato para las operaciones que el aviso de los americanos. Se mandó la fuerza del Comandante Mariano Hernández á efectuar un reconocimiento hasta el Rancho de las Arenas. El señor Madero convino en que era necesario retirarse. Mandó llamar á un señor Silva, Jefe de unos rebeldes que se llamaban "liberales" y que pertenecían al movimiento que dirigen los Flores Magón. El señor Silva se presentó y fué requerido por don Francisco para que acatará sus disposiciones. El señor Silva se negó á obedecer la justa demanda que se le hiciera y en lenguaje y tono nada correctos insultó delante de todos los allí presentes al señor Madero, quien se vió obligado á ordenar que se desarmara al señor Silva comunicándolo en uno de los cuartos próximos. No se cumplió la disposición del señor Madero sino en parte, pues que el señor Silva se negó á entrar á ningún cuarto y no hubo quien pudiera someterlo.—Don Francisco, sin hacer que sus órdenes se cumplieran exactamente, se dirigió á la gente de Silva en una arenga larga y quizá impropia, invitándolos á pasarse á sus filas; con excepción de seis ú ocho hombres, los demás accedieron. Pocos momentos después, en medio de un barullo general se dijo que al Sur se presentaba el enemigo. Esta noticia fué de efecto moral grave para el señor Madero, pues perdió toda su serenidad y contribuyó con su actitud á hacer más grande el desórden. En medio de la confusión general, llamó al señor Garibaldi y le dijo, con voz fácilmente perceptible para todos, "Garibaldi, disponga la batalla." El señor Garibaldi, que corría por todos lados, se limitó á mandar en inglés á un grupo de americanos, quienes se extendieron en tiradores. Algunos individuos montados, de propia iniciativa, hicieron un reconocimiento en la dirección que traía el supuesto enemigo y pudieron comprobar que se trataba sólo de una manada de borregos. Esto mismo podía comprobarse con anteojos de cam.

po. Convencidos de que no había ningún enemigo al Sur, y temiendo que el General Navarro pudiera darnos alcance, se ordenó la marcha de toda la columna. A unos 3 kilómetros de Guadalupe, como el terreno se presentara demasiado arenoso y en consecuencia muy pesado para el convoy, regresé á pedir la fracción de caballería que facilitara la marcha de los carros; al regresar pude convencerme de que solo habían emprendido la marcha, el convoy y la infantería. Mandé hacer alto y volví hasta Guadalupe para pedir la fuerza de caballería necesaria. Ví entonces que el señor don Abraham González, que no supo quizá la desorganización de la columna, iba en uno de los carros; quedó este señor entonces con el mando de la columna. Al llegar á Guadalupe me encontré con que ya se disponían al descanso los señores Madero, Garibaldi y Hay; al señor Silva se le había puesto en libertad. Pedí la escolta necesaria y marché con ella hasta entregarla al señor don Abraham González, quien la distribuyó. La noche era fría y estaba lloviendo. El señor González Garza dió aviso de que el enemigo se presentaba al frente; entonces don Abraham González me llamó y me dijo: "González Garza avisa que el enemigo está al frente, tome usted las disposiciones necesarias y conduzca la marcha." Mandé hacer alto, guardar silencio, prohibí encender cerillos y yo con dos exploradores, á pié, fuimos á reconocer el terreno. Cerciorado de que no había peligro, regresé ordenando la continuación de la marcha y que un grupo de caballería hiciera el servicio de exploración, conservándose á una distancia de 500 metros, aproximadamente de la infantería. Estos hechos se verificaban después de las nueve de la noche. La marcha se hizo con bastante lentitud, pero en condiciones perfectas de cohesión.

17 de Febrero.—A la una de la mañana, por orden de don Abraham González se hizo un gran alto para que la tropa hiciera café. A las 2.30 a. m. se prosiguió la marcha también en perfecto orden y cohesión hasta las seis a. m. en que obligado yo á quedarme en un sitio difícil para el paso de los carros, y después de haber ordenado que las fracciones de vanguardia se detuvieran á determinada distancia, no fuí obedecido por haberse vuelto á encargar de la columna don Abraham González, quien ordenó la continuación de la marcha sin preocuparse de las fracciones de retaguardia. Esto me obligó á desentenderme ya de la conducción de la columna. Llegamos al Rancho de Tinajas á las 3 p. m. incorporándose en este lugar, poco después, la caballería que se había quedado en Guadalupe.—Como á las cinco p. m., don Francisco me dijo que había acordado nombrarme su secretario particular. Aunque no comprendía yo todo el alcance de esta disposición, comprendí que se trataba de quitarme la ingerencia en la organización, dada la actitud que habían tomado los señores

Raul Madero, Hay y Garibaldi. Como el puesto de secretario, era incompatible con el de jefe de organización, dejé este último trabajo comenzando á presentir males muy graves. Mi carácter independiente, aunque sumiso, me obligó á acatar la orden del señor Madero, sin constituirme en un adulator suyo.

18 de Febrero.—7.30 a. m., orden de marcha; minutos después contraorden.—8. a. m., orden de marcha; poco más tarde, contraorden. Por fin á las 9 a. m. se dió otra vez la orden de marcha y ésta se emprendió á las 10.30 a. m.

El tiempo se presentaba amenazador. Al salir la columna se vieron varios hombres montados en la dirección N. W.; como se hicieran sospechosos, se pensó mandar perseguirlos. El señor Hay pidió y obtuvo permiso para encargarse de la maniobra y partió acompañado de unos seis hombres.

Cerca de las 2 p. m. comenzó á nevar, cesando el temporal una hora después; el terreno iba haciéndose cada vez más blando hasta que antes de llegar á Charcos de Grado, impedía el tráfico de carros. Las dificultades aumentaban con la obscuridad de la noche. El señor Madero con el Coronel Soto y el señor Garibaldi se adelantaron y estaban cenando con toda tranquilidad, mientras la columna estaba atascada á unos 2 y medio kilómetros del rancho. Algunos carros pudieron llegar hasta el acantonamiento, otros lo hicieron hasta el día siguiente. El señor Hay se incorporó trayendo á los hombres que se habían visto en la mañana, que no eran otros que el señor Ricardo Alvarez y algunos de sus hombres, pertenecientes antes á la gente de Silva, á quien decían haber puesto en territorio americano, disgustados de su comportamiento.—El señor Hay cometió la imprudencia de ofrecer al señor Alvarez, bajo su palabra de honor, que cuando quisiera separarse de nosotros lo haría llevándose sus armas.

19 de Febrero.—Se pasó este día en Charcos de Grado. El señor Madero me habló para decirme que había resuelto nombrar Teniente Coronel de la columna á Garibaldi y Mayor á Hay; que estaba muy disgustado conmigo porque creyendo que yo iba á ser su brazo derecho, resultó que no había yo hecho nada. No esperaba yo esta brusca salida del señor Madero ni que obrara con tanta ligereza. Mi contestación categórica respecto al nombramiento de Garibaldi, fué: “No debe usted hacerlo Teniente Coronel.”—¿Por qué?—Por que es extranjero y porque es incompetente.—Pues lo hago porque quiero.—Hará usted muy mal.” Así terminó nuestra conversación. Poco después se me pidió el esquema para dividir á la gente; este esquema ya lo había yo presentado con bastante anterioridad al señor Madero.

Los señores Garibaldi y Raul Madero, sin entrar en consideraciones de ninguna clase, propusieron la siguiente división que fué aprobada por don Francisco:

“La formación de las distintas fracciones del Ejército será compuesta únicamente de partidas, que serán conocidas con el nombre de compañías, que tendrán como base de unidad táctica la escuadra que será formada de (9) nueve hombres y un cabo, cada dos escuadras estarán bajo las órdenes de un sargento. Cada cuatro escuadras tendrán dos sargentos y un teniente. Cada ocho escuadras tendrán cuatro sargentos, dos tenientes y un capitán que limita el tamaño de las compañías. Los capitanes tendrán la bondad de entregar la lista de los oficiales nombrados en sus cuerpos, lo más pronto posible.” (TEXTUAL.)

Nunca he tenido la intención de criticar la división anterior, sólo me permito decir que quedó escrita únicamente y no se hizo efectiva, lo que revela bien á las claras, en el señor Garibaldi un espíritu liviano.

El señor Hay salió con varios hombres á desempeñar una comisión secreta.

20 de Febrero.—Se emprendió la marcha á las 9.30 a. m., rumbo al Rancho de Papalotes, muy cerca de la vía del Central. El señor Madero en persona continuaba ocupándose de la ejecución de sus órdenes, hasta en sus menores detalles, sea por carácter propio ó por timidez en definir la situación y atribuciones de sus ayudantes, pues á pesar de haberme dicho que iba á nombrar á Garibaldi Teniente Coronel, no lo había hecho, y este señor influía cada vez más en su ánimo, de modo pernicioso. A las doce del día más ó menos, se observó una humareda destacándose con claridad en el fondo azul de la Sierra.—El señor don Abraham González, hablando con el señor Madero dijo: “Esa es la obra de Hay,” y luego en voz alta repitió alegremente la misma frase, para que se enterara la gente, dando á comprender que se trataba de un puente quemado. Avanzando más pudimos convencernos de que la tal humareda no era sino el penacho de un largo tren que venía vertiginoso hacia nosotros. Esto hizo concebir á muchos, que se trataba de un tren militar y la alegría anterior se trocó en un silencio muy significativo.

Se mandaron algunos exploradores á reconocer el tren y al mismo tiempo la columna llegaba al Rancho de Papalotes.

Los señores Madero, Garibaldi y Soto, se apearon frente á la casa del rancho, sin dictar ninguna medida. La gente, de iniciativa, echó pié á tierra y comenzó á hacer su almuerzo. Me acercaba yo con algún compañero á la casa del Rancho y el señor Coronel Soto, con aire que desdice mucho de su carácter y de su puesto, nos dijo: “Aquí solo hay de comer para nosotros.” (El señor Madero, Garibaldi, R. Madero, el señor González y el propio Coronel Soto.) Este incidente me hizo separarme más de las personas que conmigo constituían el Estado Mayor.

Se tuvieron noticias del señor Hay, que se encontraba al Sur, en San José, en vez de estar destruyendo puentes al Norte de Ranchería; nadie conocía pues su misión. Una hora después de haber llegado á Papalotes se supo que el tren que venía era de carga y que había sido capturado por los exploradores que se habían mandado. Don Abraham González se encargó de nuevo de comunicar la grata noticia grandemente impresionando. Un viva á Madero y se determinó vivaquear en Papalotes. El señor Madero me propuso para su estudio la siguiente división: Jefe de Estado Mayor, Eduardo Hay, Jefe de Vanguardia, Raul Madero; Jefe de Instrucción, Rafael Aguilar; encargado de las armas, Octavio Morales; Encargado de listas, Eleuterio Hermosillo; Proveedor y Tesorero, Roque González Garza; Víveres, Juan Figueroa; Secretario, Salvador Gómez. La primera y única objeción que hice fué, que malamente podía ser el señor Hay Jefe de Estado Mayor, cuando desconocía en absoluto las funciones de su puesto. No deseando el señor Madero continuar oyéndome, suspendí mi juicio.

21 de Febrero.—Nuevamente me encargó don Francisco conducir la marcha que se emprendió á las 9 a. m. Las dificultades de trabajo eran cada día mayores por la influencia del señor Garibaldi en el ánimo de don Francisco. Esta vez, no obstante ser yo, sin solicitarlo, el director de la marcha, no se esperó mi orden para emprenderla, lo que originó una división de la fuerza, que pudo corregirse una hora después de haber salido de Papalotes. Encargué del servicio de exploración al Teniente Octavio Morales, quien iba ayudado por Raul Madero. Llegamos al Rancho de San José, donde estaba detenido el tren de carga capturado el día anterior. El señor Hay propuso que se hiciera una marcha en ferrocarril para atacar Chihuahua, sin tener en cuenta que solo teníamos 300 hombres y que en Gallego había fuerzas federales. Esta proposición no tuvo eco. Se emprendió la marcha en ferrocarril de San José á Ahumada.

22 de Febrero.—Acantonamiento en Villa Ahumada. Acompañé al señor Roque González Garza, para que pidiera en el comercio todo lo necesario para nuestra fuerza. Al llegar á la primera tienda encontramos al señor Lázaro Gutierrez de Lara, que estaba sacando por su cuenta los elementos que según él necesitaba su grupo. Le hicimos desistir indicándole que el Proveedor General era quien debía encargarse de ese trabajo. En otras tiendas nos encontramos con que ya algunos Comandantes de grupo habían dado recibos por mercancías y ropa. Entre estos recibos estaba uno firmado por Manuel R. Andana, quien al preguntársele por qué lo habían hecho, dijo que tenía autorización del señor Hay. Vimos al señor Hay para indicarle la torpeza que había cometido, y le suplicamos fuera más cauto en lo de adelante.

El señor Madero citó á la fuerza á las 12.30 p. m. para hablar al pueblo. Se reunió la fuerza y entonces dijo que se transfería la ceremonia para las 4 p. m. por no haber lugar convenientemente adornado para hablar. A las 4 p. m. se verificó la ceremonia, sin que hubiera ningún lugar adornado. Momentos antes el soldado Juan Coronado, mató á un individuo de apellido Oaxaca. En la noche repartí los elementos que se habían obtenido en el comercio á nuestra fuerza. Formé las órdenes de marcha y del día, sometiéndolas á la aprobación del señor Madero.—Orden del día: 22-23 de Febrero. Oficial de día para hoy Fortunato J. Casavantes; de guardia la fracción que se nombre. Dispone el C. Presidente Provisional de la República se haga saber á los Comandantes de grupo, que con el fin de poder disponer de todos los elementos de combate en un momento dado y utilizar todo su valor individual, procuren concentrar á sus soldados en el sitio que les sirva de campamento y esperar allí, listos ya para el combate, las órdenes superiores. Así mismo se previene á los citados Comandantes exijan de sus soldados la conservación del orden sobre la marcha y en los acantonamientos, campamentos ó vivacs, prohibiendo cualquier grito que pueda denunciar nuestras posiciones al enemigo y bajo las penas más severas evitar que los soldados cometan cualquier acto que desdiga de la dignidad y decoro que deben ser el distintivo característico del Ejército Libertador.

Orden de marcha 22 de Febrero.—La marcha se emprenderá mañana rumbo al Sur á las 8.30 a. m., en la siguiente forma: Punta de vanguardia, encargada de la exploración y aposentamiento, á las órdenes del Teniente Manuel García Vigil, llevando como ayudante al señor Raul Madero y un grupo de soldados formados, con dos hombres de cada compañía que proporcionarán con la oportunidad debida, los Comandantes respectivos. Compañía del Comandante José Delgado, C. Presidente de la República, Gobernador del Estado, Jefe de la Columna y Jefe de Estado Mayor, Escolta del Presidente de la República.—Centro. Compañías M. Hernández, F. Casavantes, M. R. Andana. Carro del parque.—Retaguardia. Compañías E. Triana, P. Acosta, C. Arreola, L. G. de Lara, J. R. Alvarez, R. F. Harrington. Convoy de carros á las órdenes del Comandante Benjamín Vázquez. Extrema retaguardia, 10 hombres de la Compañía F. Casavantes.

23 de Febrero.—A las 6 a. m. fuí llamado para conducir el consejo de guerra que debía juzgar á Juan Coronado. Se inició el juicio suspendiéndose á las 8 a. m. para emprender la marcha. Al comunicar al señor Raul Madero que iba el señor García á enseñarle el servicio de exploración, se manifestó conforme, pero poco después me dijo: "Dice mi hermano que yo no necesito de ayudantes para hacer el servicio de ex-

ploración.” En ésto se presentó don Francisco, y Raul le dijo: “Yo me considero bastante competente para desempeñar el servicio.” Con motivo de este incidente manifesté á don Francisco que me era imposible continuar encargado de la organización. Por fin don Francisco convenció á su hermano y yo le hice la advertencia de que los oficiales iban como jefes y no como ayudantes de su hermano; que si no se les consideraba así, prefería yo que los oficiales no hicieran ningún servicio. En esta inteligencia se emprendió la marcha habiéndose retardado una hora. El tiempo era muy frío. Sin consignarle en la orden había yo convenido con don Francisco en que adelantaran los señores Palomino y González Garza y una escolta para hacer requisiciones y preparar alojamientos. La jornada resultó muy larga; la infantería se cansó. Llegamos á Alamo de Peña á las 5.15 p. m. El señor Raul Madero no quiso acatar las disposiciones del Teniente García. El señor Garibaldi al llegar á Alamo de Peña nulificó el trabajo de los señores Palomino y González Garza, alegando que yo trataba de tomarme atribuciones que no me correspondían. Se continuó el proceso de Coronado y dadas nuestras especiales condiciones, se le condenó á ser desarmado delante de las Compañías y á trabajar en el servicio de carros hasta que su conducta lo hiciera digno de volver á las filas.

24 de Febrero.—Se estableció una nueva división de funciones, quedando yo completamente separado de la organización, y en la inteligencia de que no admitía la autoridad del señor Garibaldi, á quien se afirmó en el puesto de Teniente Coronel del cuerpo, siendo en realidad el Jefe de la columna, después del señor Madero, porque el señor Coronel Soto estaba prácticamente nulificado. El señor Garibaldi nombró al Teniente García jefe de organización y dió al joven Morales el cargo de instructor. Comenzó el nuevo grupo directivo con el entusiasmo acostumbrado, para olvidarse á los pocos días de su deber. El señor Madero, quizá comprendiendo la injusticia de sus determinaciones, no despreciaba oportunidad para alhagarme; pero como esta conducta no tenía más origen que el remordimiento, tenía que ir cediendo con el transcurso del tiempo. En una conversación que tuvimos la noche de este día, me dijo: “Lo he nombrado á usted mi secretario particular para demostrarle el aprecio que le tengo, y luego que haya alguna oportunidad, en la próxima batalla, le daré el mando de algunas columnas para que ocupe usted el puesto que merece.” Deseando yo corresponder á don Francisco, le contesté: Agradezco mucho su buena voluntad, y me voy á permitir, como una prueba de mi reconocimiento, hacer á usted una indicación importante: Creo conveniente que exima usted á su hermano Raul de toda ingerencia en las operaciones militares porque es ahorita un elemento pernicioso, y más tarde

se le criticará á usted mucho que haya protegido de modo tan abierto á miembros de su familia. El señor Madero me contestó que él no veía esa necesidad por estar convencido de obrar siempre con justicia.

25, 26 y 27 de Febrero.—No hubo detalles dignos de mencionarse. Las marchas se hicieron monótonas, sin lograr que en ninguna, la hora fijada en la orden para emprender la marcha correspondiera con la en que se emprendía.

28 de Febrero.—Descanso en San Lorenzo. Después de la comida permanecieron en el comedor los señores Manuel García Vigil, Octavio Morales, Antonio Ruiz, Roque González Garza y yo. El señor González Garza indicó la conveniencia de hacer una manifestación de protesta contra el nombramiento que se había hecho en favor del señor Garibaldi. Yo contesté que había ya protestado de palabra y que no tenía inconveniente en secundar al señor Garza si deseaba hacerlo por escrito. Con su carácter nervioso peculiar, el señor Garza defendió su idea acaloradamente, manifestando que era indispensable y patriótico hacer la protesta. Convenimos todos los presentes en hacerla, é invitamos á los señores Eleuterio Hermosillo y Juan Figueroa, quienes se rehusaron. La protesta redactada por el señor García Vigil y por mí, estaba concebida en los siguientes términos:

Los suscritos, en pleno uso de nuestros derechos, é inspirados en un sentimiento de justicia, ante usted con el debido respeto, protestamos con toda la energía que el caso demanda, contra la autoridad de que tácitamente ha sido investido el súbdito italiano, señor José Garibaldi, basándonos en lo siguiente:

PRIMERO: Es extranjero.

SEGUNDO: es incompetente.

El primer punto es obvio. El segundo no necesita ser demostrado porque en buena lógica, las proposiciones negativas no se prueban; ésto es, si el señor Garibaldi es competente, él está obligado á demostrarlo; nosotros tenemos derecho á exigir esta demostración.

Los medios de prueba que puede emplear el señor Garibaldi, son: testimonio de conocimientos militares adquiridos por el estudio ó la experiencia, ó por ambas cosas. Según noticias fidedignas (confesión propia del señor Garibaldi), él no ha adquirido ningunos conocimientos por el estudio. Por tanto carece en absoluto del primer medio de prueba.

En cuanto al segundo, único que puede emplear el señor Garibaldi, para juzgar de su fuerza probatoria hay que considerar:

1º.—Si los medios de experimentación de que nos habla



el señor Garibaldi son ciertos; es decir, si en verdad se ha encontrado en campaña en el tiempo y lugares que indica.

2º.—Si habiendo probado lo primero, qué capacidad de observación, discernimiento, análisis, etc., posee para haber aprovechado los medios de experimentación que se le hayan ofrecido.

3º.—Si las acciones en que haya tomado parte tuvieron éxito y si se llevaron á cabo contra ejércitos regulares ó irregulares. Es decir, el grado de analogía entre aquéllas y las probables en que se encontrará en la presente campaña nuestra y también en qué calidad ha tomado parte.

Aún habiendo demostrado todo lo anterior, se impone la necesidad de demostrar que no hay algunos ó alguno tan competente ó más que él, pues solamente así podríamos discutir la conveniencia ó inconveniencia de que un extranjero comandara falanges de mexicanos que luchan contra un gobierno mexicano también, pues hay que distinguir el aspecto de una lucha internacional del de una lucha civil.

Por otra parte el señor Garibaldi no ha acreditado entre nosotros ningún nombramiento militar hecho en su favor por cualquier gobierno extranjero, ó reconocida autoridad militar. Además, en caso de tener alguno, éste debería ser por lo menos confiriéndole la categoría militar que entre nosotros dice merecer y tener.

Es para nosotros altamente sensible hacer esta manifestación, que en el fondo entraña una censura de los actos del probable futuro Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, pero la hacemos á pesar de todo, porque al lanzarnos á la lucha, lo hemos hecho defendiendo intereses generales y no particulares de nadie. Usted al atacar al General Díaz, ha defendido la conducta de la prensa libre y de los hombres independientes. Al pretender ocupar el puesto del Presidente Díaz, entendemos que no pensará seguir la misma política que tanto mal ha causado á nuestra patria y que ha costado ya y costará todavía un sinnúmero de desgracias para cambiarse.

Protestamos á usted con toda sinceridad que la posición del súbdito italiano Garibaldi, lastima hondamente nuestro amor patrio y nuestro amor propio, sin provecho alguno para nuestra Causa, que es en beneficio de nuestra patria.

Hacienda de San Lorenzo, Febrero 28 de 1911.

**Rafael Aguilar, Roque González Garza, Antonio Ruiz, Manuel García Vigil, Octavio Morales.**—Rúbricas.—Al C. Francisco I. Madero, Presidente Provisional de la República.—Presente.

En contestacion al oficio de Udo fecha de hoy en que protestan con toda la energia que el caso demanda, contra la autoridad de que únicamente ha sido investido el subdito italiano José G. Garibaldi, basándose en que es extranjero y no es competente, manifiesto a Udo.

Primero: El hecho de ser extranjero, no es un motivo para privarnos de los servicios del Señor Garibaldi, puesto que ninguna ley nacional ni internacional se opone a ello y el hecho está sancionado por la historia, puesto que siempre que un pueblo ha luchado por su libertad se ha repetido el ejemplo de que numerosos extranjeros hayan ido a luchar en las filas de los libertadores. Por no citar a Udo sino los ejemplos más celebres de los tiempos modernos, recordaré los siguientes casos: Lafayette, luchó al lado de Washington para conquistar la independencia de los Estados Unidos; el General Venezolano Miranda, militó en el Ejército francés en tiempo de la Revolución de 93, el gran poeta Byron fue de los millares de extranjeros que fueron a ayudar a los Griegos en su esfuerzo por sacudir el yugo Otomano; en Méjico, uno de los héroes cuya memoria honramos es Mina, subdito español que luchó en las filas de los insurgentes mexicanos; el Gral italiano Garibaldi fue fusilado por defender al lado de Juárez, nuestra autonomía nacional. Por último, el abuelo y aun el padre del Señor Garibaldi, siempre han puesto su espada, al servicio de los oprimidos; por tal motivo, él no ha hecho sino seguir el noble ejemplo de sus ascendientes: su conducta en este caso es por consiguiente, digna de elogio y nosotros debemos felicitarnos de tener a nuestro lado un joven de tan nobles sentimientos, nieto de uno de los hombres más grandes del siglo pasado. Por esos motivos, la presencia del nieto de Garibaldi entre nosotros, es un motivo de orgullo, para todos los que consideramos desapaisadamente el asunto.

Segundo. Respecto a las aptitudes del Señor Garibaldi, yo soy quien

#

debo apreciarlas y el hecho de haberle dado el nombramiento de Teniente Coronel del Cuerpo a las ordenes del Coronel Soto, es porque lo juzgo apto para desempeñarlo. Para juzgar sus aptitudes, me he guiado de mi propio criterio y no por el número de diplomas o certificados que me hubiere presentado.

Por último: El Señor Garibaldi, ~~nuestro~~ ha solicitado ningún ascenso; más bien declinó el de jefe de Estado Mayor que se le ofreció al principio, alegando que ese puesto corresponde a un mexicano y por fin, el Señor Garibaldi ha dado pruebas de una modestia y una subordinación que no he encontrado en todos los que me rodean.

Para terminar, solo dire a Uds. que no se tácitamente como he investido al Señor Garibaldi del cargo de Teniente Coronel del Ejército Libertador, sino de un modo expreso.

Respecto a la suposición de Uds. de que pienso imitar la política del Gral Diaz, la considero injuriosa para mí; pero para demostrarles que en esas ofensas me afeitan más lo mismo, me me privan de mi seriedad, les manifiesto que bien conozco son mis intenciones de respetar todos los derechos del ciudadano, pero también entiendo hacerles cumplir con sus deberes; y uno de los principales en los actuales momentos es dar pruebas de disciplina, acatando las ordenes superiores y evitando murmuraciones que puedan traer la desunión y la relajación del Ejército Supragio Efectivo. - No Relección.

Campo en San Lorenzo. Febrero 28 de 1911

El Presidente Provisional

*J. J. Madrazo*

1° de Marzo.—La marcha se emprendió á las 9.10 a. m. en vez de las 8 a. m. que fijaba la orden; las distancias se alargaron demasiado no conservando ninguna cohesión entre los diferentes elementos de la columna. Á las 11.45 a. m. se hizo alto y el señor Garibaldi dió la orden de que la caballería marchara toda delante de los carros, modificando la disposición de la orden de marcha y diciendo además que marcharan los carros como pudieran. Cerca de las 4.30 p. m. atravesábamos el desfiladero de la Cantera donde eran notables todavía las huellas del reciente encuentro que habían tenido las fuerzas rebeldes con las federales; desde el lugar que sirvió de posición á las fuerzas federales se distingue el pueblo de San Buena Ventura, uno de los lugares de más importancia que los rebeldes han quitado á las fuerzas del General Díaz; lugar que cuenta con grandes extensiones de terreno, muy favorables para el desarrollo de la agricultura y que harán de esta región una de las más prósperas del Estado de Chihuahua, siempre que los elementos intelectuales de acción se preocupen por hacer las obras necesarias para la explotación práctica de toda la comarca. A cerca de tres kilómetros de San Buena Ventura, nuestra columna fué recibida por las fuerzas rebeldes que se encontraban dueñas de la plaza y que llegaban á doscientos y tantos hombres.—En medio de gran entusiasmo hicimos nuestra entrada al pueblo de San Buena Ventura, conocido también con el nombre de El Valle. Serían las 6 p. m. cuando cruzábamos el arco triunfal que se había levantado en uno de los ángulos de la plaza principal del pueblo. Allí fué recibido el señor Madero por una comisión de señoritas vestidas todas de blanco, quienes le pusieron una banda de seda blanca con un ramo de flores naturales en uno de los extremos. El señor Madero se emocionó profundamente; se dirigió acompañado de su escolta femenil, hasta el kiosco de la plaza, que iba á servir de tribuna momentos después. Cuando la emoción hubo pasado un tanto en el señor Madero, mandó llamar al señor don Abraham González. Las fuerzas formaron á los cuatro costados de la plaza para escuchar, en unión de los habitantes del pueblo á su Presidente Provisional.

De la perorata de don Francisco recogí la frase siguiente: “Vosotros, valientes hijos de Chihuahua, que habéis hecho morder el polvo á los cosacos de la dictadura, etc.” Después del señor Madero, hablaron el Gobernador don Abraham González y algunas personas de la localidad, lo que hizo la ceremonia un tanto fastidiosa, sobre todo para las fuerzas que habiendo salido desde San Lorenzo, habían hecho una jornada como de diez leguas. La obscuridad de la noche contribuyó por su parte á dificultar el servicio de aposentamiento, introduciéndose bastarte desórden, pues nadie sabía aende debía

alojarse. Los jefes brillaban por su ausencia, no preocupándose como muchas otras veces la habían hecho, de las fuerzas que tenían á sus órdenes.

2 de Marzo.—Descanso en San Buena Ventura. Circulaba la versión general de que el Comandante José Flores Alatorre, que fungía como Jefe de Armas, había cometido un sinnúmero de atentados y atropellos con las familias de la localidad, valiéndose de la fuerza que le daba su posición como Jefe de Armas. El señor Madero recibió varias quejas definidas en contra del Comandante Flores, pero en todo este día se le dejó en absoluta libertad. El comandante Flores fué el organizador del recibimiento que se había hecho á don Francisco. Recibimos órden de marcha para el Distrito de Guerrero, Roque González Garza, Octavio Morales Garza y yo. Esto como consecuencia de la protesta que poco antes habíamos hecho en contra del puesto del señor Garibaldi. Se mandó reparar una línea telefónica.

El señor Eduardo Hay, Jefe del Estado Mayor salió con una fracción de 100 hombres á ocupar el Puerto del Chocolate, situado sobre el camino más corto que conduce de San Buena Ventura á Casas Grandes. Llevaba también el señor Hay la comisión de inspeccionar el establecimiento de la línea telefónica, que no llegó á funcionar nunca.

3 de Marzo.—El señor don Francisco I. Madero, en vista de las insistentes acusaciones que sobre el Comandante Flores Alatorre se hacían por los vecinos de San Buena Ventura, ordenó que se le sometiera á un consejo de guerra y se le juzgara por aparecer responsable del homicidio del doctor Ibarra, perpetrado, según corría la versión general por el Comandante Flores en persona, y sin que hubiera más causa que el capricho del referido Comandante Flores. Se me mandó llamar para que formara parte del consejo de guerra y consultándose quien sería la persona propia para desempeñar el puesto de Agente del Ministerio Público, propuse al señor Manuel García Vigil. Fué aceptada esta proposición. Los miembros del consejo eran: José María Esteves, Fortunato Casavantes, José Delgado, Felipe Caraveo y yo. Antes de que se iniciara el juicio, don Francisco habló con todos nosotros y trataba de inducirnos á ser benévulos con el Comandante Flores Alatorre. Indiqué al señor Madero que tuviera fé en la honorabilidad y rectitud de los miembros del consejo, quienes obrarían con entera sujeción á su conciencia, sin tener en cuenta ni las influencias del mismo Presidente de la República. Pocos momentos después se mandó llamar al Comandante Flores, y con marcado temor se le comunicó por el señor Madero en persona que se le iba á someter á un consejo de guerra por las versiones que en su contra circulaban; que diera sus armas al señor Coronel Soto y quedara arrestado en la Compañía del

Comandante Mariano Hernández. A las 11.30 a. m. comenzó el consejo sus funciones. Se suspendió el consejo á la 1 p. m., para continuar á las 3.30 p. m. Se suspendió de nuevo á las 6.20 p. m., continuándose á las 9 p. m. y terminándose el día 4 de Marzo á las 3 a. m., resultando condenado el Comandante Flores á sufrir once meses de arresto con perjuicio del servicio y amonestación pública por la orden. Como la inserción del proceso no creo que sea de interés público, me permito hacer sobre este hecho las siguientes consideraciones generales: El consejo obró perfectamente de acuerdo con su conciencia y era marcado el deseo de no dejarse seducir por influencias extrañas. Las circunstancias especiales de las fuerzas rebeldes, de cuya desorganización estábamos íntimamente convencidos, nos hizo buscar una pena que pudiera llevarse á la práctica de modo efectivo. Como de la instrucción del proceso resultó que al Comandante Flores no se le debía aplicar la pena de muerte, la que habríamos impuesto sin lugar á ninguna clase de consideraciones extrañas á la justicia, se le impuso la pena de once meses de arresto, en la inteligencia de que se cumpliría estrictamente con ella, dada su evidente justificación. El estudio de las páginas subsiguientes, demostrará el error en que incurrimos.

4 de Marzo.—Se tuvieron noticias de que en Casas Grandes había una guarnición de doscientos y tantos federales. Estas noticias las enviaba el señor Hay, que había salido á establecerse en el Puerto del Chocolate con unos 100 hombres como puesto avanzado. Modificando la idea general anterior, se resolvió el señor Madero á dirigirse con sus fuerzas sobre Casas Grandes. Ya se habían recibido informes de que el General Navarro marchaba sobre la misma plaza de Casas Grandes, pero no se daba importancia á este hecho, porque se decía que apenas tendría tiempo de llegar. El señor Madero me llamó para explicarme lo que pensaba hacer, y como me preguntara mi opinión sobre el particular, le dije que la fuerza de Casas Grandes era suficiente para la defensa de la Plaza, y más contando con el oportuno auxilio que el General Navarro podía prestarle. Que era problemático el resultado y que yo consideraba imposible tomar la plaza. Me dijo el señor Madero que en la población podía haber gente simpatizadora de la causa que podrían prestarnos una valiosa ayuda, á lo que yo contesté que ese factor era sólo probable y que con él no debía contarse. No tuvieron mis objeciones ningún peso; se dió la orden de marcha á las 11 a. m. y salimos de San Buena Ventura á las 2 p. m., llegando á Galeana á las 8 p. m., sin que hubiera en el camino nada digno de mencionarse. Al llegar á Galeana el Comandante Flores Alatorre andaba armado y pretendiendo dirigir á su gente. Notado este hecho por el

señor don Abraham González, bajo cuya responsabilidad había quedado el reo, ordenó que se corrigiera la irregularidad.

Supimos en Galeana que el señor Hay había mandado un reconocimiento á Casas Grandes con el fin de informarse del número de defensores de la plaza; los individuos que se habían mandado á hacer el reconocimiento fueron atacados por una fracción de rurales que había salido de Casas Grandes, resultando del ataque, uno de nuestros hombres muerto. El señor Hay mandó también una fracción compuesta de 10 hombres para que explorara la región por la que sabía que venían las fuerzas del General Navarro. El individuo encargado de este reconocimiento era sumamente rudo. Llevaba órdenes de regresar al Puerto del Chocolate, pues sus noticias servirían para decidirnos á asaltar ó no Casas Grandes.

En Galeana se confirmó la noticia de que el General Navarro con 600 hombres se encontraba á 24 leguas de Casas Grandes; nosotros estábamos á 12 leguas; íbamos en consecuencia á hacer un prodigio de fuerza y de velocidad para salir avantes en nuestras operaciones. Todavía no se resolvía en definitiva nada y se vacilaba entre tomar primero la plaza de Casas Grandes y después dispersar á Navarro, ó realizar primero esta operación y luego acabar con la fuerza de defensa de Casas Grandes.

5 de Marzo.—Marcha al frente del enemigo.—Según la orden verbal dada el día anterior, la marcha debía emprenderse á las 8 a. m., pero conforme á nuestro habitual descuido, se inició una hora más tarde. Las últimas casas de Galeana eran rebasadas ya por nuestra columna, cuando el señor Octavio Morales me indicó que en nuestras filas marchaba vestida de hombre, una mujer.

Iba en efecto formando la primera hilera de la compañía del ex-comandante Flores Alatorre, la señora Patrocinio Vázquez; el señor García Vigil se encargó de comunicar este hecho al señor Madero, pero no se dió importancia á su aviso.

La marcha de este día puede considerarse bien, dividida en dos partes: la primera á cubierto de las vistas del enemigo, tanto por las condiciones topográficas del terreno, cuanto por la avanzada del Puerto del Chocolate, que á las órdenes del señor Hay, cubría ese punto, admirablemente acondicionado por la naturaleza, para la defensiva. La segunda parte debía efectuarse en plena presencia del enemigo y bajo la posible acción de sus fuegos, una vez que se rebasara el Puerto del Chocolate.

La primera parte de la marcha se llevó á cabo sin que ningún incidente notable pudiera anotarse. En el rancho "El Charco," que se encuentra poco antes de llegar al Puerto del Chocolate, se reunieron nuestras fuerzas con el destacamento que tenía á sus órdenes el señor Hay. Ya reunidos todos los

elementos se marchó sobre Casas Grandes sin tomar ninguna medida de seguridad. En el orden cerrado, de á dos al frente, que es la manera habitual de marchar de los rebeldes, llevando á la retaguardia 21 carros que formaban nuestra impedimenta, atravesamos el Puerto del Chocolate y toda la región que desde este punto hasta llegar al Río de Casas Grandes, se extiende en una planicie completamente descubierta, de modo que los defensores de Casas Grandes con anteojos de campaña, se daban cuenta de la aproximación de nuestros elementos, á una distancia de más de cinco leguas. Para hacer más difícil nuestra marcha, existía una cerca de alambre, en una gran extensión, y nosotros marchamos junto á dicha cerca como si quisiéramos que nos sirviera de estorbo en caso de ser atacados por el enemigo. Cerca de las 4.30 p. m. se efectuaba el paso del río de Casas Grandes en el mayor desorden posible, y sin tomar la menor precaución; allí se desorganizó la columna, quedando acéfala. pues el señor Madero, acompañado de sus consejeros, Hay, Raul, Garibaldi y algunos hombres de su escolta, se adelantaron para efectuar un reconocimiento en el lomerío próximo, frente á la Ciudad de Casas Grandes, donde podían verse á los oficiales de la guarnición, tranquilamente observando nuestros movimientos con anteojos de campo. A las cinco de la tarde establecíamos nuestro acantonamiento vivac en el rancho de Anchondo y efectuábamos todas las operaciones de fin de jornada, como si en lugar de tener al enemigo á cuatro kilómetros, estuviéramos en un día de campo. A las 6 p. m., el señor Madero mandó ocupar las posiciones de Moctezuma, que al día siguiente debían apoyarnos en el asalto de la plaza.

En el acantonamiento vivac de Anchondo se aglutinaban los veintiún carros de nuestra impedimenta, sin orden alguno, sin comprender que estábamos al alcance de la artillería de la plaza. A eso de las 7 p. m., el señor Madero me llamó para redactar el documento en que se pediría la rendición de la ciudad al Jefe Militar de ella; la presencia del grupo que siempre monopolizaba la atención del señor Madero, faltando muchas veces á las reglas más elementales de urbanidad, impidió esta vez, como otras muchas, que mis indicaciones fueran atendidas. Con un individuo desconocido, se mandó una carta en que don Francisco pedía al jefe militar de Casas Grandes la rendición de la plaza. Este individuo regresó diciendo que no lo habían dejado entrar en la ciudad y en consecuencia no había podido entregar el documento. A pesar de que esta conducta sugería al más inocente, ó que el individuo en cuestión tenía miedo, ó que era un espía, el señor Madero y su grupo de consejeros dió crédito á su palabra, al grado de confiarle al día siguiente la delicada misión de guía de las columnas de asalto.



Se resolvió iniciar el asalto de la plaza en la madrugada del día 6. Se olvidaron todos los detalles necesarios de preparación, que aún á personas completamente ajenas á los principios militares se les hubieran ocurrido, y se partía de la base de la superioridad absoluta de nuestros soldados sobre los federales.

Hice al señor Madero una última pregunta: ¿ya tomó usted en consideración la columna de Navarro?—Sí, ya mandamos fuerzas á que lo detengan.

\* \* \*

Las operaciones llevadas á cabo durante este día ponen de manifiesto con toda claridad la incompetencia militar del señor Garibaldi. Me refiero especialmente á él porque pretendiendo tener una gran experiencia en la conducción de asuntos de guerra, y habiendo llegado al Puerto del Chocolate un día antes, habría podido aconsejar al señor Hay y no exponer á nuestras fuerzas á un fracaso, que si no fué fatalmente desgraciado, no deja de arrojar tremendas responsabilidades sobre el señor Garibaldi que comprometía las vidas de 500 mexicanos, en nombre de la libertad.

La responsabilidad se define también de modo directo sobre el señor Hay, que con tres días de anticipación había llegado al Puerto del Chocolate, que había mandado una patrulla de reconocimiento hasta muy cerca de Casas Grandes, que debía haber estudiado el terreno, y con la sagacidad é inteligencia que se le suponen, preveer las consecuencias y evitar que nuestras fuerzas se expusieran de modo tan torpe. Es cierto que el señor Hay no poseía una educación militar, pero había admitido sin reservas un puesto de gran responsabilidad y debe, en consecuencia, admitir así mismo, los cargos que le resulten. Hasta este momento no se puede hacer ningún cargo concreto á las fuerzas que guarnecían Casas Grandes, á pesar de que habrían podido estorbar nuestra marcha ó prepararnos una emboscada en el paso del río. Todavía quedaba el recurso de los acontecimientos que se desarrollarían el día siguiente; sí extraña que las fuerzas federales hayan permitido con tranquilidad suma el establecimiento de los rebeldes en el rancho de Anchondo, y el avance de las columnas que ocuparon las posiciones de Moctezuma.

Parece hasta superfluo recurrir al auxilio de la Táctica para criticar una sucesión de hechos que el simple sentido común señala como absurdos. ¿Cómo en efecto, iba á exponerse á una columna de 500 hombres indisciplinados y con armamento reconocidamente inferior, para dar el asalto de una plaza que contaba con más de 300 defensores organizados y

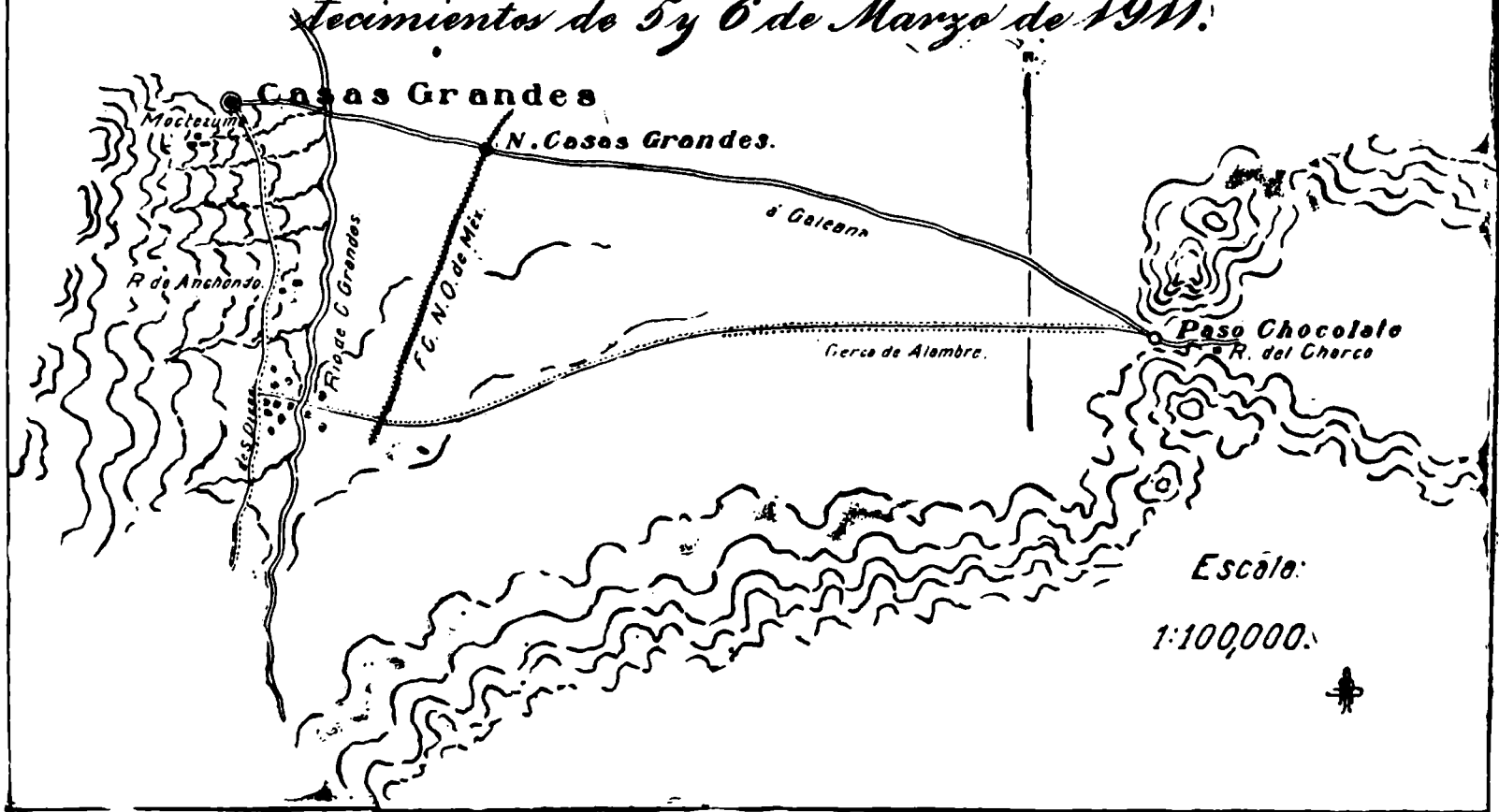
que sería auxiliada con toda oportunidad por una columna de 600 hombres? ¿En qué cabeza cabe que en esas condiciones pudiera triunfarse?... Y sin embargo hubo quienes pensaron que era posible asaltar Casas Grandes en esas condiciones y posible, sin tomar ninguna precaución, desafiando los elementos contrarios, como si fuéramos nosotros inmensamente superiores.

Con la plena seguridad del triunfo se tomaron las disposiciones para el asalto del día siguiente, haciendo caso omiso de nuestras observaciones, al grado de contestársenos con desdén en muchos casos.

---

# Croquis Rápido

de la región en que se desarrollaron los Acontecimientos de 5 y 6 de Marzo de 1911.



## 6 DE MARZO.—ASALTO DE CASAS GRANDES

Era la una de la mañana; el cielo, alumbrado sólo por la luz de sus estrellas, anunciaba un día espléndido. La temperatura ligeramente fría. El acantonamiento vivac comenzaba á animarse con el murmullo de 500 hombres que se preparaban para realizar la primera empresa seria que se verificara desde que el señor Madero estaba al frente de las fuerzas. Se tomó la acostumbrada bebida caliente para poner el estómago en tensión. Poco después se reunían todos los elementos para proceder á su división y escuchar la arenga que el señor Madero dirigía á sus soldados, exitándolos á comportarse **como siempre lo habían hecho**. La arenga terminó con la ya legendaria frase: "Soldados, acordaos que me habéis prometido seguirme hasta vencer ó morir."

El señor Madero estaba seguro del triunfo, como que sabía que el **soldado-ciudadano**, como él llamara al rebelde, consciente de defender una causa noble y émulo de valor y sangre fría, era invencible, y como lo había dicho ya en San Buena Ventura, "había hecho morder el polvo á los cosacos de la Dictadura." Tenía 500 hombres; estando convencido, con los demás jefes **no militares**, de que cada uno de esos hombres valía por **diez pelones**, contaba con un ejército de CINCO MIL soldados, más que suficientes para tomar tres veces Casas Grandes y derrotar á otros tantos **Navarros**, que pretendieran ponérsenos enfrente.

La fuerza se dividió en tres columnas, que serían mandadas por los tres jefes de confianza: Garibaldi, el gran guerrillero europeo, por añadidura de ilustre nombre, el Coronel Soto, que si bien andaba un tanto cuanto postergado, todavía contaba como timbre glorioso, con las heroicas hazañas de "El Mulato," en las que su figura fuera delineada con razgos olímpicos por la mano maestra del Secretario del Gobierno Provisional del Estado de Chihuahua; y por último, el intrépido ingeniero Eduardo Hay, quien tenía un grau ascendiente sobre el señor Madero.

El Comandante Flores Alatorre pidió y obtuvo permiso para conducir á su gente al asalto: de este modo nulificaba el señor Madero la decisión del Consejo que había juzgado á Flores Alatorre.

El señor García Vigil propuso al señor Madero que le permitiera ir sólo al asalto, llevando bombas de mano y su pistola; don Francisco no dió ninguna contestación. A mí me propuso ir á las órdenes del Coronel Soto, contra su ofrecimiento hecho en Alamo de Peña el 24 de Febrero, pero como

me pidiera mi parecer, le contesté que no consideraba yo útil mi presencia en la columna de Soto; eso no obstante, si él quería mandarme, obedecería con gusto sus órdenes.

Las columnas de asalto emprendían su marcha á las 3.30 a. m.; el señor Madero con su escolta (20 hombres) á las órdenes de Máximo Castillo, permanecería en la posición de Moctezuma, atacando desde ella con Mausser á los defensores de la plaza; el Mausser iba á ser nuestra artillería. Al llegar á la altura de las posiciones de Moctezuma, se produjo el primer desórden, quedando la fuerza del Comandante Palomino separada de su jefe. El señor Madero acompañado de su escolta y de los señores Manuel García Vigil, Octavio Morales y yo, se dirigió á ocupar los viejos paredones que se conocen con el nombre de Ruinas de Moctezuma, mientras el grueso de las fuerzas tomaba el camino que conduce á la población de Casas Grandes. Todas las fuerzas se habían comprometido; no se había pensado en dejar reserva; no era necesario; los revolucionarios no peleaban como los "pelones." Tampoco se había pensado en la retirada: se estaba seguro del éxito. El señor Madero ordenó que el carro del parque se estableciera detrás de Moctezuma, descargando su contenido. A las 4.50 a. m. estábamos instalados en nuestras posiciones de Moctezuma. A las 5 a. m. un nutrido tiroteo nos anunció el principio del asalto; las balas silvaban muy cerca de nuestras cabezas; pero nada podía aclararse en la densa obscuridad que nos rodeaba: era preciso esperar.

Cesó el fuego rápido; de tiempo en tiempo, la descarga de un 44, nos hacía saber que estábamos comprometidos con las fuerzas federales. A la media hora llegó precipitadamente el Coronel Soto, acompañado de varios de sus soldados y con marcada excitación dió cuenta de que su columna había quedado dispersa, siendo sorprendida en una emboscada de los federales. Los soldados que llegaron con Soto se quejaban de que no había habido orden en su conducción, pues emprendieron su marcha hablando todos en voz alta y fumando, haciendo alarde de su superioridad sobre los federales. La llegada del señor Coronel Soto era la primera señal de la derrota; poco á poco se iban incorporando más hombres, aumentando la escolta del señor Madero considerablemente.

Don Francisco se encontraba muy nervioso, preguntando con gran ansiedad á todo el que llegaba á nuestras posiciones qué era lo que había visto; de dónde venía; por qué se había retirado, etc., etc., en tanto que don José de la Luz Soto permanecía completamente indolente, al grado de no querer ya volver á entrar en acción. Extrañé mucho esta conducta, pues había oído decir que el Coronel Soto era un león para el combate. Dándome cuenta yo de que era muy peligrosa la posición del señor Madero, que rodeado de varios soldados y del

señor Soto, hacían un verdadero escándalo, discutiendo el partido que debía tomarse; indiqué la necesidad de suspender la discusión y obligar á la gente á ocupar determinadas posiciones, lo que fué desaprobado de modo terminante por Soto, diciendo: "No, los federales no salen de la plaza."

Con la claridad del día el fuego se regularizó. Los soldados de Moctezuma comenzaron á hacer uso de sus armas y hubo incidentes curiosos que ponen bien de manifiesto la candidez de algunos rebeldes y la facilidad de sus jefes para darles crédito. Dos soldados se cambiaban un Mausser después de haber hecho cinco disparos, pues habían convenido en "tumbar" cada uno, dos "pelones," con los cinco cartuchos que les correspondían. El primer soldado disparó sus cinco tiros, á una distancia de más de 800 metros y con aire de gran satisfacción dijo á su compañero de apuesta: "Ya, ora tú. Ya tumbé mis dos." Oído esto por el señor Madero, preguntó con aire de profundo interés: "¿Dos qué? ¿Dos qué?" Y el Comandante de la escolta presidencial explicó con la seriedad del caso el pacto que aquellos individuos habían celebrado. El señor Madero, muy satisfecho: "Bueno, bueno, sigan." A los pocos momentos, un buen tirador de Moctezuma muere atravesado por una bala enemiga. Fué la primera baja. El señor Madero, considerando la situación muy desesperada, me consultó si sería conveniente mandar una columna de 40 hombres y me proponía el mando; pero se tropezaba desde luego con la dificultad de que la gente ya estaba acobardada y no siendo nosotros sus jefes natos, no se hallaban dispuestos á obedecernos; yo consideré poco ó nada provechosa la salida de dicha columna y así lo manifesté el señor Madero, agregando que si él lo ordenaba, la conduciría yo; el señor García Vigil propuso ir con la columna siempre que le dieran el mando. El señor Madero no contestó nada.

Más tarde, con la luz del sol, reflejada en la veleta de un molino de viento, la ardiente imaginación de los revolucionarios pretende ver una bandera blanca, y don Francisco, con su docilidad acostumbrada, se imagina ya en Casas Grandes, dueño de la plaza; subo yo con un anteojo á la cima de la eminencia que nos servía de parapeto y aclaro el error, lo que no fué bastante para convencer á muchos, que todavía á la fecha aseguran haber visto la famosa "bandera de rendición."

El fuego continúa. Llegan á carrera abierta varios americanos, algunos de ellos heridos, y Don Francisco comienza á interrogarlos. No podían explicar por qué habían corrido; el hecho era que estaban allí y que no volverían á entrar.

"¿Pero por qué no se les echaron encima?" decía el señor Madero, creyendo aún de buena fé que sus soldados valían por diez "pelones."

De pronto comienza á verse gente que corre al otro lado

de la ribera derecha del río; se pensó hacerles fuego, pero suponiendo que fueran compañeros, se vacila. Se usa el antejo y entonces puede comprobarse que una nueva fuerza ha entrado en acción: era la caballería de García Cuéllar.

La acción estaba perdida. Se imponía la retirada. Eran las 9.30 a. m.

Nuestra posición de Moctezuma comenzaba á ser atacada por la artillería, con muy buen éxito. Todos los individuos que por aquella zona se retiraban, poseídos de pánico, ante el inesperado ataque para ellos, de la columna del Coronel García Cuéllar, reconocían como punto de reunión el puesto en que se encontraba el señor Madero. La escolta que en las primeras horas de la mañana sólo contaba con unos 20 hombres, llegaba á eso de las 9.30 a. m. á cerca de 100; pero como no se había tenido cuidado de disciplinarlos, resultó que en aquellos momentos no hubo poder humano capaz de dirigirlos, y constituían una masa desordenada que era un magnífico blanco para la artillería enemiga, que al tercer disparo logró arreglar su tiro. Dadas estas difíciles condiciones, aconsejé al señor Madero la necesidad de retirarnos también nosotros. El señor Coronel Soto había contribuido más al desaliento de nuestra gente, porque al ver que comenzaban á hacernos fuego de artillería, dijo con voz que todos pudieron oír: "Vámonos, muchachos," y se subió en un carro de dos mulas retirándose con toda la rapidez que permitía lo accidentado del terreno. Don Francisco I. Madero se retiró acompañado de Máximo Castillo, Comandante de la escolta Presidencial; del Teniente Terrazas, perteneciente á la misma, y de Octavio Morales, yo y algunos soldados. El señor García Vigil había sido mandado momentos antes á desempeñar una comisión al rancho de Anchondo.

Cuando nos retirábamos con el señor Madero, vimos al señor Coronel Soto en su carro y alguien le indicó que se detuviera para que Don Francisco se retirara con él. El señor Soto, sin parar su carro, dijo: "Súbase usted, señor; súbase usted." El señor Madero continuó á pié con nosotros. Al encontrar la primera barranquilla me detuve para contener á la gente, pretendiendo obligarlos á que defendieran la retirada; pero no conseguí mi intento, pues nadie hacía caso más que de llegar lo más pronto posible al rancho de Anchondo, para salvarse. El señor Antonio Ruiz hacía también esfuerzos inauditos con el mismo fin, sin ser atendido. En este primer tramo de nuestra retirada iba yo á la derecha del señor Madero y me enseñó una herida que acababa de recibir en la parte media del antebrazo derecho; herida que afortunadamente no era de consecuencias. Poco antes de llegar al rancho de Anchondo llevaron á Don Francisco un caballo pudiendo retirarse desde este momento en mejores condiciones. Continuamos jun-

tos mi compañero Morales y yo, continuando al paso veloz corto hasta llegar al acantonamiento, donde nos separamos. Había en el Rancho de Anchondo un desorden espantoso. Volví á aconsejar la retirada inmediata en vista de que era muy probable que la artillería enemiga nos atacara, estando como estaba, á sólo cuatro kilómetros de nosotros. Cada individuo quedó á merced de su propio esfuerzo; nadie podía ser oído ni podía dominar la situación. Montaron los que pudieron y se retiraron á la sierra inmediata. La derrota no fué completa por la debilidad de la persecución. Como no se había pensado en la retirada y yo no conocía el terreno, supuse que la situación de nuestras diezmadas fuerzas, era sumamente difícil, y tomé la dirección del puerto del Chocolate, con el fin de reunir á todos los dispersos que tomaran aquel camino, y con ellos defender el punto para que se aprovechara en la noche, como línea de retirada que nos conduciría á terrenos ya conocidos por nosotros y que se encontraban en nuestro poder. (Galeana, San Buenaventura). Mandé decir al señor Madero mi intención con Francisco González, individuo que me había substituido como secretario particular y que era, al mismo tiempo, un hombre sumamente adicto del señor Madero, al grado de servirle de asistente.

Los hechos que aquí presento corresponden al desarrollo de la acción solamente en el espacio comprendido entre las Ruinas de Moctezuma y el Rancho de Anchondo, y todo lo que desde esta zona era perfectamente apreciable á simple vista. Tengo la seguridad de que se ajusta á lo verdadero porque son impresiones muy personales mías. No he querido hacer una descripción general, recogiendo informes de diversas fuentes, porque juzgo que la imaginación de nuestros soldados es en general muy elástica y abulta de tal modo los hechos, que es imposible considerarlos ciertos por un criterio militar y muchas veces aun por el sentido común. Así, por ejemplo, alguno de nuestros comandantes pretendió haber oído el toque de "demolición" y luego "ataque de artillería;" algún otro dijo que se capoteaban las balas del Mausser, tendiéndose en el suelo; otro llevaba la cuenta de los muertos que había hecho, alcanzando el número de SESENTA, etc. Y esto es, por desgracia, cierto, aun tratándose de personas de bastante instrucción.

La retirada del señor Madero señala la pérdida completa de la acción, porque dicha retirada se llevó á cabo, cuando la mayor parte de los asaltantes eran rechazados y se dispersaban en todas direcciones. Esta retirada era necesaria, imperiosa; siendo de lamentarse que la gente no obedeciera, lo que contribuyó á perder una buena parte del convoy, que se habría salvado defendiendo las diferentes líneas naturales de defensa, lo que nos habría permitido proceder con algún



orden. A los ojos de la persona más ruda, quedaba demostrado, de modo muy doloroso por cierto, que era indispensable la disciplina. Después de este fracaso, originado por causas bien definidas de antemano, era de esperarse que el señor Madero modificara por completo su línea de conducta y siguiera las indicaciones de los militares que le acompañábamos.

Fué, pues, para mí una sorpresa desconsoladora, ver que á toda costa se pretendía sostener el mismo perjudicial régimen directivo, anteponiéndolo al interés de la Causa y á las vidas de nuestros soldados, razones de amor propio completamente mezquinas.

Aparecen como responsables del fracaso de Casas Grandes, en primer lugar, don Francisco I. Madero, como director de las operaciones y en segundo lugar sus consejeros, ingeniero Eduardo Hay y José Garibaldi.

He visto relatada la escena de Casas Grandes por el repórter de "El Imparcial," de la ciudad de México, y con una audacia aterradora afirma este señor que don Francisco I. Madero no entró en acción, sino que en un carricoche salió de San Diego, amedrentado por las balas enemigas. Es de justicia aclarar que el señor Madero, en lo que á valor personal se refiere, se manifestó á la altura de su puesto y se retiró de las posiciones de Moctezuma á pié, cuando todos sus soldados lo abandonaban y nadie consideraba un honor estar á su lado. En la retirada fué herido en el antebrazo derecho por una bala de Mausser, como ya lo he dicho en otro lugar; muy cerca del rancho de Achondo le llevaron un caballo y entonces se retiró á la cordillera más próxima donde se concentraron muchos de nuestros soldados, emprendiéndose después la marcha para la Hacienda de San Diego. Respecto al botín tomado por el enemigo, el repórter refiere que era tan precipitada la fuga, que hasta una bandera de seda se quedó olvidada. La retirada se hizo en bastante desórden, es cierto, pero carece de importancia el hecho de haber abandonado la bandera, porque aún no se había prestado la protesta, habiéndose diferido en vista de que no se consideraba á la gente con la suficiente preparación para comprender la importancia de semejante acto.

En mi concepto, para juzgar correctamente los hechos ocurridos el 6de Marzo, deben tenerse presentes muchas circunstancias: Era la primera vez que las fuerzas rebeldes tomaban decididamente la ofensiva; tenían en frente un enemigo mejor armado y en buenas condiciones de organización y disciplina; fueron sorprendidas por la columna de García Cuéllar, cuya llegada, no obstante haberse previsto con anticipación, no se impidió ni podía haberse impedido, en vista del efectivo de las fuerzas rebeldes; estas fuerzas carecían por último de organización y disciplina.

Las fuerzas de defensa de Casas Grandes eran suficientes para salvar la plaza, y sólo la absoluta ignorancia del jefe militar pudo hacer que los rebeldes atravesaran primero una extensa planicie de cerca de cinco leguas de desarrollo, teniendo á su flanco izquierdo una cerca de alambre; que pasaran después el río de Casas Grandes en absoluto desorden, habiendo quedado la columna acéfala, y por último, que establecieran su campamento á sólo tres kilómetros de la plaza sin ser molestados en lo más mínimo por las fuerzas federales. El ataque de nuestra columna en cualquier punto situado entre Casas Grandes y unos tres kilómetros fuera del Puerto del Chocolate, hubiera sido de fatales consecuencias para nosotros.

La entrada en acción de las fuerzas de García Cuéllar, decidía ventajosamente y sin discusión el triunfo de las fuerzas federales. Por desgracia para el buen nombre del Ejército, el Coronel García Cuéllar entró con suma torpeza, precipitadamente y la victoria que tan caro había de costarle, es un triunfo á medias; necesario, porque se imponía, además de la calidad del armamento, la superioridad numérica y las ventajas de posición. Entraron en acción en Casas Grandes 500 rebeldes. La plaza estaba guernecida por 300 soldados y una ametralladora; sólo esta fuerza bastaba, como he dicho, para su defensa. Después llega una columna de 600 hombres y artillería. Fácil es comprender entonces, que no hicieron los jefes militares ninguna gracia, ni siquiera verificando una persecución vigorosa, como podrían y debían haberlo hecho, dado el notable desconcierto, y la innegable inferioridad en todos sentidos de la columna rebelde. Creo pues, fundado en todas las anteriores razones, que la fuerza rebelde no podía hacer más; si hubo faltas, las cometieron sólo los jefes; el resultado fué malo, bastante malo, pero no se podía esperar que sucediera otra cosa. Las responsabilidades se definen más claras cada vez sobre los directores y consejeros; ellos precipitaron los acontecimientos sin ser necesario; ellos creían tener soldados superiores basándose sólo en noticias de periódico, y pretendiendo denigrar á toda costa al soldado de línea; ellos se echaron en brazos de un espía, y ciegamente se dejaron conducir por el camino real de entrada á la plaza, y ellos fueron los que sabiendo la aproximación de la columna de García Cuéllar, no sólo no tomaron en cuenta que eran incompetentes para hacerle frente, sino que la dejaron llegar sin trabas, para producir el pánico de nuestras fuerzas.

No quiero aventurarme á decir que obraron con dolo por lo que á los intereses generales de la causa se refiere; pero sí obraron con extremada pretensión y quizá con el deliberado propósito de demostrarnos que la Ciencia Militar, para ellos y para sus soldados salía sobrando. Triste impresión

causa considerar que por pasiones mezquinas se sacrificuen de modo tan torpe tantas vidas, manchando así criminalmente el desarrollo de las más nobles aspiraciones de un pueblo. Y si después del hecho consumado, si ante la memoria sagrada del grupo innominado que desaparece se reconociera con toda lealtad y franqueza la falta cometida y se procurara remediarla, en hora buena. Pero no; ante la evidencia de la falta, surge obstinado el deseo de la disculpa y comienza á firmarse el pacto del casiquismo futuro. ¡Ah, cómo no han de decirse estas cosas! Sí, deben decirse para que se haga justicia. Deben decirse para que la Nación sepa á tiempo quiénes son sus hombres y lo que de ellos puede esperar. Con conocimiento de causa, ella será después la única responsable de sus desgracias.

Después de la derrota sufrida en Casas Grandes, derrota cuyas consecuencias no pudieron definirse oficialmente por nosotros, en vista de que no había ningún orden establecido y ni aún los mismos "capitanes" sabían con exactitud la gente que llevaban, establecimos nuestro acantonamiento en la Hacienda de San Diego, que se encuentra bien defendida naturalmente. (1) Allí permanecimos seis días completos sin que nadie nos molestara. Dos ó tres veces alguien dió la noticia de que se acercaban fuerzas federales, y en todas dimos pruebas del mayor desórden, resultando el servicio establecido completamente inútil para la seguridad de nuestras fuerzas. Durante estos seis días se incorporaban varios de los soldados que se habían dispersado después de nuestra fuga de Casas Grandes. El señor Madero permanecía indiferente por el resultado, habiendo querido nada más que se instruyera un proceso contra los exploradores que el señor Hay había mandado del Puerto del Chocolate á informarse por la columna del General Navarro, y que habían recibido orden de rendir su informe en el mismo Puerto, donde fueron recibidos por mí el día 7 de Marzo; el consejo de guerra encargado de juzgar á los exploradores, estando integrado por personas de recto criterio y no dispuestas á la adulación, absolviéron por unanimidad á los reos, á despecho del disgusto que esta determinación produjo en el señor Madero. Entre los individuos que faltaban de incorporarse, estaban Raul Madero y José Garibaldi, por quienes manifestó don Francisco una exitación marcadísima, sobre todo por su hermano; habiendo quedado completamente tranquilo luego que estas personas llegaron al acantonamiento de San Diego. En

---

(1) En un cuaderno de memorias de un sargento de artillería, encontrado en C. Juárez por el señor G. Vigil, asciendo el número de muertos rebeldes en Casas Grandes á más de 100.

el Puerto del Chocolate recibí orden escrita de don Abraham González, concebida en los siguientes términos: "Para el desempeño de una comisión sumamente delicada, en la que nos pueden ser de gran utilidad, sus conocimientos técnicos, le suplico se venga inmediatamente con el portador.—Su amigo que mucho lo aprecia, Abraham González." El asunto que me encomendaron á mi llegada á San Diego, fué la construcción de unas granadas para un cañoncito de bronce que tenía Pascual Orozco en Galeana. Como Orozco opinara que las granadas debían ser de plomo en vez de fundición de fierro, don Francisco me dijo: "Aguilar, dice Orozco que las granadas quedan mejores de plomo que de fierro." Al fin se hicieron las granadas de fierro para ponerles después una capa de plomo, á manera de camisa, y de este modo se conciliaban las dos opiniones.

Como se recordará, en Alamo de Peña, al hacerse la tercera división de funciones, había yo quedado en la inteligencia de que no admitiría la autoridad del señor Garibaldi, por cuyo motivo no volví á cruzar una palabra con el mencionado señor Garibaldi, fuera del saludo indispensable cuando nos encontrábamos; saludo que yo iniciaba siempre y que el señor Garibaldi apenas se dignaba contestar. En San Diego había un joven que á toda costa pretendía entrar en relaciones muy estrechas con nosotros. Pedí autorización para ir en bogue á Pearson, acompañado de mis compañeros Morales y García Vigil, para dar las instrucciones relativas á la construcción de las granadas, y el joven de referencia pretendió ir con nosotros subiéndose él primero al bogue. Como, en primer lugar el mencionado señor era un desconocido para mí; como no sabía yo que fuera en comisión del servicio y como en el bogue apenas cabíamos las cuatro personas para quienes había yo pedido permiso, inclusive el cochero, no admití la presencia del joven á que aludo. Entonces él se dirigió al señor Garibaldi, y éste último olvidando que yo no estaba obligado á obedecerlo, por autorización directa de don Francisco, y sin investigar las razones que me asistían para proceder en determinada forma, quiso que subiera el joven aludido, á lo que yo me opuse. Este incidente bastó para que el señor Madero, en el comedor y delante de los señores Abraham González, José de la Luz Soto, José Garibaldi, Manuel García Vigil y Octavio Morales me reprendiera de modo bastante duro. Después de reprenderme á mí, se dirigió á mi compañero García Vigil y de modo completamente inesperado é intempestivo le dijo: "En cuanto á usted, señor, no más que lleguemos á algún lugar próximo á la frontera y se pasa á los Estados Unidos; ni diga usted que es de mi Estado Mayor. ¿quién lo llamó á usted?" En seguida,

dirigiéndose á los señores Abraham González y José de la Luz Soto les preguntó: "¿ustedes conocían al señor?" Los preguntados respondieron que no. García Vigil contestó con bastante juicio y seguridad. Este incidente, inesperado para mí, y que basta hoy no puedo menos que considerar como injusto, me hizo solicitar del señor Madero mi separación de la columna, suplicándole que me mandara á los Estados Unidos en la primera oportunidad que se presentara. La contestación favorable de don Francisco me desligó por completo de todo servicio, y continué de aquí en adelante como un simple agregado. Salimos de la Hacienda de San Diego, emprendiendo una marcha nocturna, que hice la mayor parte del tiempo á pié. Esta marcha es un modelo de desórden. Teníamos que atravesar un desfiladero sumamente peligroso. Como consecuencia natural se alargaron considerablemente las distancias, al grado de quedar la columna completamente dispersa. La fracción que iba á pié, como no pudiera continuar su marcha por haberse fatigado mucho, vivaqueó en plena sierra. El señor Madero en un momento de desesperación gritaba: "Garibaldi, Raul, por el amor de Dios no se vayan tan adelante." Pero ni estas exclamaciones sirvieron para modificar nuestra pésima marcha. Al día siguiente fueron llegando á Galeana por pequeños grupos los elementos de nuestra columna, llegando muchos de ellos hasta después de medio día. A eso de las once de la mañana se iba á probar el cañón de Orozco; yo no asistí á las pruebas porque no fui invitado, y estaba, como he dicho ya, completamente separado de todo asunto oficial. Momentos después se oyó una detonación muy fuerte: el cañón había explotado, lastimando de gravedad á algunos hombres del pueblo que se encontraban como espectadores. Todavía hubo quien considerara muy bueno el cañón, pues decían que no obstante que había hecho explosión, había hecho blanco en una loma próxima que se escogió como blanco. El día 14 de Marzo quedé separado materialmente de las fuerzas que acompañaban al señor Madero, por haber salido una fracción de 20 hombres para desempeñar una comisión en la frontera y aprovechar este movimiento para conseguir mi deseo de internarme á Estados Unidos.

Me acompañaban el señor García Vigil, que por delicadeza se separaba también del señor Madero y Octavio Morales, quien pidió también su separación, diciendo á don Francisco que por razones de compañerismo se veía obligado á seguirnos. Yo indiqué al joven Morales que pensara muy bien su decisión para que más tarde no se arrepintiera. El señor Madero insistió bastante en que yo me quedara, pero no quiso reconocer nunca que había cometido una injusticia conmigo; como quiera que yo comprendía que mi situación

era cada día más difícil, y que no servía mi presencia para nada, mas que para originar disgustos por no estar de acuerdo con muchas disposiciones, no quise hacer caso de las insinuaciones del señor Madero. Creo interesante transcribir las últimas frases cruzadas entre el señor Madero y yo. Don Francisco comprendía que alguna vez daría yo á conocer al público todos los hechos que tuvieron lugar, y me suplicó, bajo mi palabra de caballero, que no escribiera yo luego, porque se podría alterar la negociación de un empréstito que estaban arreglando en los Estados Unidos. Yo no quise comprometer mi palabra, pero sí aseguré al señor Madero que en caso de decir algo, sería con entera justificación y después de meditarlo mucho. Creo que después del triunfo de la revolución, en una medida que nunca imaginó el Caudillo de ella, doy satisfacción á los deseos del señor Madero, aunque no haya empeñado mi palabra. Después me dijo don Francisco: "Yo se que es usted un hombre honrado, que es usted un hombre bueno y útil; siempre que usted quiera volver á prestar sus servicios, sea que llegue yo á ser Presidente ó no, tendré mucho gusto en que usted vuelva. Sepa usted que soy su amigo, y que las diferencias que han surgido no disminuirán en nada mi estimación." Agradecí profundamente estas confesiones que yo juzgué completamente sinceras en vista de lo emocionado del señor Madero, y contesté: "Por lo que se refiere á su persona, siempre me ha merecido especial cariño, y tampoco me voy con resentimientos personales de usted. Sólo siento que esté rodeado de un círculo de individuos que lo aconsejan mal y que usted no pueda desprenderse de ellos porque tarde ó temprano lo arruinarán. Mucho tendrá usted que lamentar estas faltas más tarde, señor." Un estrecho abrazo y nos despedimos. Todavía tuvo el señor Madero la deferencia de explicarme lo que él llamaba su plan de campaña, que en esta vez consistía en marchar sobre la línea del ferrocarril Central; en caso de que se encontraran trenes suficientes, avanzar sobre Ciudad Juárez, y en el caso contrario, tomar Chihuahua; **tomar**, porque nunca entraba en la imaginación de nuestros revolucionarios, á pesar de la reciente derrota de Casas Grandes, la probabilidad de un fracaso: siempre hablaban con toda seguridad.

A partir de mi separación de las fuerzas que opreban bajo las órdenes de don Francisco, no volví á tener más informaciones de él que las que daba la prensa. El hecho, sin embargo de conocer á fondo la manera de proceder del Jefe revolucionario y el alcance de sus consejeros, me permitían sacar de esas informaciones mayor provecho. Ya sabía yo, y conmigo el señor García Vigil, que el famoso plan tenía que fracasar como habían fracasado todos los anteriores; y así vemos que las fuerzas de Madero gastaron su tiempo muy

cerca de Chihuahua, sin resolverse á atacar, y que tuvieron que retirarse después, pasando por Casas Grandes, que tomaron ahora con gran facilidad, por no haber fuerza federal, dirigiéndose en seguida sobre Ciudad Juárez, donde comenzaron á iniciarse las negociaciones de paz. Las fuerzas de Madero venían ahora con artillería: dos cañones; uno de manufactura netamente nacional y otro con sus pretensiones de extranjero. Según confesión de los señores Benjamín Aranda y Rafael Rembao, que trabajaron en el primer cañón, ellos tuvieron la idea de construirlo marchando á los talleres de Madera, con la autorización respectiva. Una vez que iniciaron sus trabajos, el señor Garibaldi llegó con una legión de americanos y con Raul Madero, comenzando á construir otro cañón y siguiendo el mismo camino que antes indicara el mecánico Aranda. Aun suponiendo que el señor Garibaldi no hubiera seguido en la construcción del cañón el camino que antes hubiera marcado el maestro Aranda, el hecho de haberse construido dicha pieza bajo un plan enteramente distinto, prueba que don José Garibaldi desconoce el arma en la que dice ser perito, pues era complicar demasiado el servicio de la artillería tener dos piezas que diferían tanto en sus condiciones balísticas. La obra del modesto mecánico Aranda es digna de todo elogio, porque revela el empeño que este señor tuvo siempre por el triunfo de la causa, aunque su trabajo no estuviera ajustado á las reglas técnicas de construcción, que por otra parte no tenía por qué conocer el señor Aranda, pues su trabajo siempre había sido bien distinto.

Conocer yo de las dificultades que siempre tuvieron los señores Aranda y Rembao, á pesar de su reconocida laboriosidad y buenas intenciones, me complace dedicarles en estas líneas una felicitación cordial por sus trabajos. La artillería revolucionaria sólo podía considerarse como un estorbo, pues además de su mala construcción, no se habían preocupado por hacer las pruebas indispensables para poder usar las piezas con relativa seguridad. Por más que el señor Aranda se empeñara en que su cañón diera todo el rendimiento posible, las pruebas que yo le indiqué para hacer unas toscas tablas de tiro, no pudieron llevarse á cabo por la desidia de los jefes superiores en proporcionar los elementos necesarios. El lugar escogido por el señor Madero para establecer su vivac fué el mismo en que estuviera Orozco dos meses antes. Sitio bastante árido, carente de toda clase de elementos; lo que implicaba un gasto enorme para la manutención de las tropas, que se consumían allí casi sin necesidad de empeñar ningún encuentro con el enemigo. El armisticio celebrado entre don Francisco I. Madero y el General Navarro, permite la entrada libre de los elementos necesarios para el sostenimiento de las fuerzas rebeldes. Las negociaciones de paz se llevan

á cabo en la intimidad de la familia Madero, de los representantes oficiales y oficiosos de ambas partes, y de algunos jefes revolucionarios, á pesar de la impaciente ansiedad pública por conocer de modo oficial las exigencias del señor Madero, que debían ser las mismas que la Nación deseara. Entre tanto las fuerzas rebeldes vivaqueaban en el árido lomerío que se extiende al Oeste de Ciudad Juárez, á orillas del río Bravo, presentándose á la curiosidad y crítica del Pueblo Americano, ávido de escudriñar todo. El vivac, que constituía para el soldado rebelde un motivo de desesperación y de fastidio, dada la alternabilidad climatérica y la inacción en que se encontraba, era un sitio de solaz para las familias americanas de El Paso, al grado de parecer, mejor que un campo de operaciones militares, una romería de algún santo milagroso. Durante esta romería se tomaron vistas de diferentes grupos de rebeldes; trabajo que constituyó un negocio para el insaciable mercantilismo yanqui; no hay para qué agregar que las postales más abundantes eran las que contenían la efigie de los leaders revolucionarios. No faltaron ni siquiera fotografías de la flamante artillería rebelde, y aún se llegó á exhibir en los aparadores de las tiendas de comercio de el Paso las granadas del cañón, que según se afirmaba, habían construído un grupo de americanos dirigidos por el "Nieto del gran Garibaldi." La pieza del mecánico mexicano Benjamín Aranda también fué fotografiada, pero no hizo tanto furor como la primera.

\* \*

El tiempo necesario para las negociaciones de paz se alargaba con gran descontento público. El señor Madero estrechó la solaridad que entre él y sus segundos debía existir, afirmándolos en sus posiciones militares. Con este fin se verificó una ceremonia en la que fueron ascendidos Pascual Orozco á General Brigadier, sin méritos que justificaran este ascenso, después de habersele hecho Coronel al retirarse de Ciudad Juárez, desobedeciendo la orden del mismo señor Madero, para que reconociera como jefe al señor de la Luz Soto; José Garibaldi á Coronel por la parte que le correspondía en la derrota de Casas Grandes; Eduardo Hay á Teniente Coronel, por la misma causa; á Mayores, sin más trámites, Raul Madero y Roque González Garza. Hubo otros nombramientos que, dadas las condiciones de los que se acaban de señalar, aparecen con más fundamento. El día 6 de Mayo á las 12 m. expira el plazo del prolongado armisticio que celebraron don Francisco I. Madero y el General Navarro. El representante oficial del Gobierno de México, señor Carvajal, contesta al señor Vázquez Gómez que no es posible acceder



á las demandas del partido rebelde. Los delegados oficiosos de la comisión de paz, insisten en que se llegue á un acuerdo, induciendo á los revolucionarios á que la renuncia del Presidente Díaz, se deje para las negociaciones finales; los rebeldes no ceden. En la noche de este día el ex-capitán Cárcamo, del Ejército Federal, propone atacar Ciudad Juárez, manifestando estar de acuerdo con su primo Donaciano González, oficial del 20 Batallón, quien se pasaría con su gente á las filas maderistas, siendo este hecho el inicial del asalto. El señor Madero accede á los deseos del Capitán Cárcamo, pero el señor Pascual Orozco se opone, y el plan fracasa. El día 7 de Mayo se sucede en aparente absoluta calma; el señor Madero convencido de la inutilidad del ataque á Ciudad Juárez, decide hacer una marcha triunfal al interior de la República hasta llegar á la ciudad de México, pero esta vez su palabra no logra convencer á sus valientes soldados, quienes preocupados con el fracaso que su retirada implicaba, y sintiendo un principio de honor militar, manifiestan su intención de efectuar el ataque aún sin la orden del señor Madero. A tal grado llegó la insistencia de la tropa, que don Francisco accedió á sus deseos y á las 10 p. m. se tomaban en el campo rebelde las medidas necesarias para efectuar el asalto. Una edición del "Morning Times" anunciando que el Presidente Díaz estaba dispuesto á retirarse, tan pronto como la paz se restableciera, hizo que el señor Madero ordenara la suspensión del ataque sobre Ciudad Juárez, y entró de nuevo en negociaciones de paz, manifestando su acuerdo en celebrar un nuevo armisticio con el General Navarro. Inesperadamente se rompió el fuego entre pequeños grupos de rebeldes que avanzaban sobre Ciudad Juárez, y los defensores de la plaza, la mañana del 8 de Mayo. El señor Madero telefoneó al General Navarro para que no hiciera fuego sobre esos pequeños grupos que sin su orden iniciaban el asalto de la ciudad, pero cada vez aumentaban los asaltantes, y no hubo fuerza capaz de contenerlos. Quizá, quizá los comandantes de la defensa de Juárez comprendieron que el asalto no se continuaría, suponiendo que el señor Madero era capaz de someter á su gente. Se equivocaron: más de 300 hombres se avanzaron sobre la ciudad, justamente sorprendida, y tomaron posesión de algunas casas. Entonces comenzó la fuerza federal á rechazar el ataque. El señor Madero no pudo contener á su gente, á pesar de haber ordenado que fusilaran á los que no lo obedecieran. Vaciló varias veces antes de decidirse á hacer un ataque general. Sus principales ayudantes le aconsejaban que atacara, en vista de estar comprometidos muchos de sus hombres, y el ataque general se inició en la madrugada del día 9 de Mayo. Entre tanto la situación de la defensa era crítica; un capitán, faltando al honor militar, abandona

su puesto y queda una entrada libre para los rebeldes. El Coronel Tamborrel hace esfuerzos heroicos para rechazar el asalto, pero las condiciones son cada vez peores. El ilustre fortificador mexicano, fiado quizá en la fidelidad de la tropa, no hace sino una defensa, que en verdad era suficiente contando con ese factor. Por desgracia los soldados y aún algunos oficiales, descontentos con su jefe el General Navarro, no estaban dispuestos á combatir. La sentida muerte del maestro Tamborrel quita á la defensa lo que pudiera llamarse su alma, y el General Navarro se muestra incompetente para continuar las operaciones. Aglomera á sus soldados en el cuartel; desoye la súplica de sus oficiales que le aconsejaban evacuar la plaza ante la insistencia de la tropa de no hacer fuego. El día se pasa en espectación. Por fortuna para la defensa, la artillería rebelde no es temible. El notable cañón que construyera Garibaldi, se inutiliza volando el cierre después de unos cuantos disparos, y el del mecánico Aranda, aunque funcionó bien, no estaba en condiciones balísticas que aseguraran su tiro.

Con gran sorpresa se sabe el miércoles 10 á la 1.52, que el General Navarro se ha rendido con su Estado Mayor y 400 soldados, entregando al enemigo el armamento intacto y una enorme cantidad de cartuchos. Apenas puede creerse la noticia de la caída de Juárez, y la única causa que resalta evidente es la ineptitud completa del General Navarro: ahí está como precioso testimonio, el grupo de oficiales, que con lágrimas de sangre, le pedían á su jefe que no se rindiera, que se retiraran 24 horas antes.

La caída de Ciudad Juárez no puede considerarse sino como un triunfo moral y material para la revolución; bajo ningún concepto puede ser un triunfo militar. Muchos factores deben tenerse en cuenta para poder juzgar y comprender un hecho, que en verdad llama la atención, pues nadie, excepto los ignorantes, creía que pudiera tomarse con una fuerza de 1,500 hombres indisciplinados, una plaza defendida por una guarnición de más de 700 hombres, contando con un perito en defensa de plazas, el extinto Coronel Tamborrel, y con artillería y teniendo una vasta existencia de parque.

Al día siguiente de la toma de Ciudad Juárez, los aparadores de las casas de comercio de el Paso, lucían como adorno, lo que nunca debió haber permitido el señor Madero que saliera del territorio nacional: armas, insignias, kepíes, etc., etc., objetos todos pertenecientes al Ejército de la República, propiedad de la Nación, que debían conservarse como reliquias sagradas, ó en último caso destruirse, si en algo se estima á nuestro glorioso Ejército, y no cubrir con esos despojos del vencido, las desvencijadas mesas de los vendedores ambulantes, permitiendo que sirviera de pasatiempo al Pue-

blo Americano. Triste, muy triste impresión me ha causado este hecho, y no alcanzo á definir por qué no se impidió; llegándose hasta el grado de que una gorra de Teniente Coronel se exhibía con esta inscripción: **DEBIDO A LA GALANTERIA DEL SENOR DON FRANCISCO I. MADERO.**

Después de la caída de Ciudad Juárez, el Presidente Provisional de la República, nombró su Gabinete, quedando constituido en la siguiente forma:

Doctor don Francisco Vázquez Gómez, Ministro de Relaciones Exteriores.

Señor don Gustavo Madero, Ministro de Hacienda.

Señor don Venustiano Carranza, Ministro de Guerra.

Señor licenciado don Federico González Garza, Ministro de Gobernación.

Señor licenciado don José María Pino Suárez, Ministro de Justicia.

Señor don Juan Sánchez Azcona, Secretario del Presidente.

Pocas palabras puedo decir sobre la elección del señor Madero; creo que el hecho de haber nombrado á su hermano don Gustavo, Ministro de Hacienda, es muy significativo, y desdice bastante de la honradez que en público se supone al Jefe de la revolución.

La elección recaída en las demás personas, si por lo pronto no puede censurarse en detalle, pone de manifiesto, á mi entender, una docilidad de carácter que estábamos muy lejos de esperar en los prohombres del Partido. Y si se considera que hoy es precisamente cuando estos elementos debían interesarse en obligar á su jefe á que diera á sus actos un sello bien marcado de honradez, supuesto que el mundo entero es testigo de los acontecimientos, pocas esperanzas debe tener el Pueblo Mexicano de la buena conducción de sus asuntos en manos tan débiles.

•  
\* \*

A los tres días de haber caído Ciudad Juárez, el señor Pascual Orozco, hijo, llamado General de las fuerzas rebeldes, tuvo una diferencia con el señor Madero, que dió lugar á críticas bien fundadas de la gente sensata imparcial.

La noticia apareció con caracteres alarmantes en "El Paso Herald," pero como muchas personas creen quizá sin fundamento que este periódico es muy exagerado, y consideran al "Morning Times" como eco más fiel de los acontecimientos revolucionarios, al grado de haber merecido su repórter, el grado de **CAPITAN PRIMERO AYUDANTE** del señor Gobernador del Estado de Chihuahua, traduzco aquí lo esencial

que apareció en este periódico en su número correspondiente al 14 de Mayo del corriente año :

“Ayer en la mañana temprano el general Orozco habló con el Presidente Provisional Madero en la Comandancia, y los dos hombres hablaron solos por algún tiempo. Repentinamente sus voces se levantaron y los otros jefes civiles rebeldes se introdujeron dentro de la oficina, sólo para encontrarse, agarrados por detrás por hombres de Orozco.”...

“Respecto á los acontecimientos de ayer el señor don Francisco I. Madero hizo al Times, anoche la siguiente afirmación:”

“Muy poco tengo que decir acerca de los acontecimientos de esta mañana. Orozco, exitado por la victoria, tal vez debido á la adulación y mal consejo de personas interesadas en producir nuestra désunión, cometió una falta que afortunadamente no tuvo consecuencias.”

“Se queja de que sus tropas no tienen suficientes provisiones y quiere hacer responsables de esta falta á las personas que yo he designado para proveer al ejército; pero la verdad es que en los almacenes tenemos más que suficientes provisiones, de modo que la falta es del proveedor de su cuerpo, quien no se ha preocupado del cumplimiento de su deber.

“Me dijo también que no le gustaban las personas que yo había designado para formar mi Gabinete, pero yo le contesté que no era él quien debía decirme á quiénes debía yo nombrar.”

“Habiendo allí presentes un considerable número de soldados en el lugar donde nos encontrábamos, me pareció oportuno dirigirme á ellos explicándoles de lo que se trataba. Todos manifestaron su disposición á la concordia, y á fin de terminar el pequeño y desagradable incidente, delante de ellos, Orozco y yo chocamos las manos y olvidamos todo, pues aunque yo tomé en cuenta que si bien era cierto que acababa de cometer una falta, por otra parte había prestado grandes servicios al país.”

“En consecuencia, no es cierto que ni por un momento haya yo pensado ú ofrecido pedir la renuncia de los miembros de mi Gabinete, á quienes he designado hace algunos días; tampoco es cierto que alguno de ellos haya corrido al Paso, como se afirmó en algún periódico, pues todos han continuado con sus labores ordinarias, y alguno de ellos ocupado en su respectiva oficina, ni se percató de lo que pasaba.”

“Este incidente desagradable en sí mismo, me ha proporcionado una oportunidad más de asegurarme de que cuento con mis soldados en cualquier caso, y que los oficiales aunque

descarriados un momento, nunca intentan contravenir mis órdenes.”

“Como yo temiera que algunos soldados mal aconsejados pudieran cometer alguna falta contra el General Navarro, le llevé desde el principio á mi casa, pero no podía estar á su lado constantemente, y por lo que pasaba comencé á temer que pudiera ser molestado en mi ausencia, á fin de evitarlo lo llevé personalmente á la ribera del río, á fin de que pudiera pasar al territorio americano, donde continúa como mi prisionero de guerra bajo su palabra de honor.”

“En honor de Orozco debo decir que él mismo me propuso que obráramos en esta forma desde un principio, y que aún Villa mismo, cuando le dije mi intención de garantizar la vida de Navarro, me dijo con toda sumisión que cualquier cosa que yo hiciera estaba bien hecha. En consecuencia, no es cierto que ninguno de los oficiales me haya pedido su vida, ni los soldados han intentado hacerlo, á pesar de haber oído que aquí y allí, hay individuos que expresan esa opinión; pero no es el desco general, pues mis soldados, que son valientes en la batalla, son magnánimos en la victoria.—Firmado.—Francisco I. Madero.”

Yo siento no haber presenciado estos incidentes, y me limito á hacer una narración sucinta de ellos con los datos que pude recoger inmediatamente después de que tuvieron lugar; datos que recogí de personas que para mí son dignas de la mayor confianza.

El señor don Pascual Orozco, hijo, pidió á don Francisco I. Madero algunos elementos para sus hombres; el señor Madero no pudo acceder á la petición de su general; ésto originó el primer acto de insubordinación de Orozco; después exigió éste la renuncia de los miembros del Gabinete, manifestando su descontento con ellos, parece que con especialidad contra don Venustiano Carranza; el señor Madero le contestó en forma seria, y Orozco amenazó á don Francisco, poniéndole su pistola en el pecho. Los miembros del Gabinete entre tanto, estaban sujetos, codo con codo por hombres de la compañía de Orozco. La intervención de varias personas resolvió el conflicto, y el señor Madero que á pesar de haber dado el orden de que se fusilara á Villa, quien intervino también, pidiendo la vida del General Navarro,—y que no pudo hacer que sus órdenes se obedecieran—terminó abrazando á Orozco, y demostrando con este hecho, que en la prueba á que acababa de someterse él, el Presidente Provisional de la República, había sido vencido. Con motivo de este asunto, se mandó publicar en una hoja suelta y en los periódicos de El Paso, una carta de don Francisco para Orozco y la contestación de éste. La hoja suelta decía: “Dos cartas interesantes, cambiadas entre el Presidente Provisional Fran-

cisco I. Madero y el General Pascual Orozco, hijo.—Al márgen un sello que dice:—Gobierno Provisional de la República Mexicana.—Secretaría Particular de la Presidencia.—Ciudad Juárez, 15 de Mayo de 1911.—Señor General Pascual Orozco hijo.—Presente.—Muy apreciable amigo:—Refiriéndome á los acontecimientos que tuvieron lugar en ésta el día 13 del actual y á los cuales la fantasía popular y nuestros adversarios han dado proporciones que no tienen, con objeto de propalar la especie de que estamos desunidos, me es muy grato hacer constar por la presente, que si bien es cierto que por cuestiones administrativas tuvimos una discusión relativamente acalorada, muy lejos estuvimos de abrigar la idea de desunirnos y dejar de dirigir todos nuestros esfuerzos hacia el triunfo de la santa causa por la cual hemos luchado con tan buen éxito hasta ahora.—Quiero así mismo hacer constar que nunca he puesto en duda su lealtad á mi Gobierno, ni su amistad personal hacia mí, lo cual se demuestra en el estrecho abrazo que nos dimos en público, y que aún en el caso de que algo hubiere pasado, fué más que suficiente para borrarlo y hacer que desapareciese, tanto del corazón de usted como del mío, el más ligero resentimiento, pues tanto usted como yo luchamos por ideales y nunca seremos desviados de nuestros propósitos por ningún sentimiento personal, tanto más cuanto que en los actuales momentos no lo existe, porque, lo repito, ni por un solo momento dudo de su amistad hacia mí y sabe usted que como siempre lo aprecia de veras y lo estima su afmo., amigo y atto. S. S.—Francisco I. Madero.—CONTES-TACION: Ciudad, Mayo 15 de 1911.—Señor Francisco I. Madero, Presidente Provisional de la República.—Presente.—Muy respetable amigo:—Me complace hacer referencia á la estimable de usted de esta misma fecha.—Como usted juiciosamente lo indica, nuestros adversarios políticos y la fantasía popular han dado proporciones que no poseen á los acontecimientos que tuvieron lugar el 13 del actual. La fantasía popular agigantándolos, y nuestros adversarios políticos falseándolos; pues mefistofélicamente han propalado la especie de que nos hemos desunido en la noble empresa de luchar para derribar á la tiranía. Nada más inexacto. Nuestra unión es indestructible, porque arriba de la simpatía, del cariño y de la amistad que se puede tener á un hombre, flota el sentimiento heroico que en este momento histórico debe unir á todo mexicano honrado: El amor á nuestra querida patria.—Señor Presidente: Cuando conmigo se levantaron en armas los hijos del Distrito de Guerrero el 20 de Noviembre de 1910, secundando el plan expedido por usted en San Luis Potosí, lo aceptamos como el mensajero luminoso de los constituyentes del 57, presentimos en usted un vidente de la redención del pueblo mexicano, y juramos en aquélla época derramar

nuestra sangre por el triunfo de tan noble empresa. Este juramento lo recordamos, y hoy palpita y vibra con más vigor en mi corazón y en el de todos mis denodados compañeros de armas; créalo usted, señor Presidente, y abrigue siempre la seguridad de nuestro respeto, de nuestra lealtad y de nuestra constancia.—De usted respetuosamente, afmo., atento y S. S.—Pascual Orozco, hijo.”

Después de este incidente, la calma reinó en Ciudad Juárez. Las exigencias de la revolución, ó mejor, las exigencias del señor Madero tenían cada día más amplia satisfacción de parte del Gobierno del General Díaz; hasta que, la caída de este gran Dictador, colocó al Jefe de la Revolución en condiciones de ser el director efectivo, salvo las fórmulas diplomáticas, de los asuntos de la República. El señor Madero ordenó que, alrededor de la estatua que en Ciudad Juárez se levanta al gran Patricio de la República, se reunieran todos los soldados del ejército libertador que habían tomado parte en la toma de la plaza, con el fin de despedirse de sus valientes soldados. En una arenga muy poco feliz, dijo en concreto don Francisco, que daba las gracias á los valientes defensores de la causa de la libertad; que quedaban en libertad de irse á sus casas los que quisieran hacerlo, pudiendo permanecer en el servicio si así les convenía; que la paz estaba ya firmada. En seguida hizo uso de la palabra don Juan Sánchez Azcona y produjo una hermosa arenga.

El resultado de las palabras del señor Madero fué desalentador para la tropa, que esperaba, como se comprenderá con facilidad, que de alguna manera se recompensaran sus servicios que hasta entonces habían prestado con abnegación y desinterés absolutos; al grado de haber muchos soldados, que desde su salida de Chihuahua el 20 de Noviembre, no habían podido cambiarse su ropa interior. Después de la salida del señor General Díaz de la República, el señor Madero lanzó un manifiesto á la Nación en que hacía renuncia del puesto de Presidente Provisional. Este documento es á la letra:

## **MANIFIESTO A LA NACION**

Conciudadanos:

Cuando, según el plan de San Luis Potosí de 5 de Octubre pasado, os invité á tomar las armas para reconquistar nuestras libertades y derechos políticos, todos acudisteis á mi llamado y en seis meses, debido á vuestro heroico esfuerzo, hemos derrocado el régimen dictatorial que por cerca de 35 años oprimió á nuestra Patria.

El triunfo ha sido completo y en lo sucesivo la justicia será igual para el rico y para el pobre, para el poderoso y para el humilde: la Libertad cobijará con sus anchos pliegues á todos los mexicanos, y todos, unidos fraternalmente, trabajaremos por el engrandecimiento de nuestra Patria.

De haberse continuado la revolución hasta el fin, sería yo quien gobernara el país, en calidad de Presidente Provisional y quien convocaría á elecciones generales, según lo estipulado en el Plan de San Luis Potosí; pero la guerra fratricida que nos vimos obligados á llevar á cabo no era por el triunfo de determinadas personalidades, sino por el triunfo de nuestros principios. Desde el momento en que éstos han triunfado y hemos visto asegurado el porvenir de la República bajo el régimen de absoluta libertad, puesto que el General Díaz y el Sr. Ramón Corral resolvieron hacer sus renunciaciones dejando el poder en manos del señor Francisco L. de la Barra; desde ese momento, digo, me pareció obrar de acuerdo con los altos intereses de la patria, suspendiendo las hostilidades; y poniendo punto final á la sangrienta guerra fratricida que tenía por campo de batalla el territorio entero de la República. Pero al reconocer como legítima la autoridad del señor Francisco L. de la Barra, puesto que llegó al poder por acuerdo mutuo entre ambos partidos contendientes, me es imposible seguir asumiendo el cargo de Presidente Provisional de la República, por cuyo motivo hago formal renunciación de él ante la Nación.

Así como todos mis compatriotas me secundaron cuando los invité á ir á los comicios en Junio del año pasado y después me siguieron con las armas en la mano para reconquistar nuestras libertades, así espero que ahora todos secunden mis esfuerzos para restablecer prontamente la paz y la tranquilidad en toda la República, á fin de que muy pronto el Pueblo Mexicano disfrute del bienestar que debe proporcionarle el nuevo régimen de gobierno que hoy se inaugura con la presidencia del señor Francisco L. de la Barra, quien ha admitido tan alto y honroso puesto únicamente con la mira de servir á su Patria, sirviendo de intermediario entre el Gobierno despótico del General Díaz y el Gobierno eminentemente popular que resultará de las próximas elecciones generales.

El señor Francisco L. de la Barra, no tiene más apoyo en el poder que el de la opinión pública y como ésta unánimemente proclama los principios de la revolución, podemos decir que el actual Presidente de la República está enteramente con nosotros, porque á ello lo llevan sus sentimientos de justicia y su alto patriotismo. Ha dado pruebas de ello en su tacto para formar el actual Gabinete, en el cual están ampliamente representados los elementos que han llevado á ca-



bo la actual revolución, y los cuales han sido designados de mutuo acuerdo entre el señor de la Barra y los principales jefes de la revolución, que pude consultar.

Por lo tanto, espero que así como públicamente reconozco al señor Francisco L. de la Barra, como Presidente interino de la República Mexicana, todos mis conciudadanos que han defendido los principios de la revolución y me reconocen como Presidente Provisional, reconozcan al mismo señor Francisco L. de la Barra con el carácter ya indicado y procuren secundarlo eficazmente en su tarea de restablecer el orden y la tranquilidad de la República.

A los que por tantos años han sido víctimas de la tiranía y que puedan temer alguna celada de sus antiguos opresores, les diré que no debn temer nada.

El pueblo ha demostrado ya su omnipotencia y yo, antes de renunciar á la Presidencia Provisional, he concertado con el señor de la Barra las medidas necesarias que aseguren la satisfacción de las aspiraciones nacionales y que en las próximas elecciones generales la voluntad del pueblo será respetada.

Entre estas medidas están las de hacer que renuncien los Gobernadores de los Estados y substituirlos por ciudadanos que constituyan una garantía para el nuevo régimen que se inaugura. Puede objetarse que ésto es un ataque á la soberanía de los Estados; pero hablando con la franqueza que siempre me ha caracterizado, debo declarar que si he conve-nido en que el señor de la Barra ocupe la Presidencia de la República, es porque lo considero un hombre honorable, porque hasta ahora nunca ha servido de instrumento para burlar el voto popular; pero no puedo decir lo mismo de ninguno de los Gobernadores ni de las Legislaturas de los Estados, así como tampoco lo he dicho del señor General Porfirio Díaz ni del señor Ramón Corral; y si, contrariando el plan de San Luis Potosí he aceptado, en nombre de la revolución que sigan funcionando las Cámaras de la Unión y las Legislaturas de los Estados, es por evitarnos mayores trastornos y dificultades, y siempre que de un modo franco acepten esas cámaras el nuevo régimen.

Considero muy amplias las concesiones que el partido revolucionario ha hecho al régimen antiguo, y si en este documento lo hago constar así, es por que es conveniente que el nuevo gobierno, apoyado eficazmente por el partido emanado de la revolución, pueda obrar con libertad á fin de dar cumplimiento á las aspiraciones nacionales.

Estos Gobernadores: unos ya designados por el pueblo; otros que han sido sus candidatos en diversas oportunidades y otros que se procurará sean nombrados de acuerdo con las aspiraciones populares, serán una garantía de nuestras libertades futuras, tanto más, cuanto que podrán, según los faculta

la Constitución, dejar en pié de guerra, en calidad de milicias del Estado, la parte de fuerzas insurgentes que estimen conveniente.

Algunos sacrificios reportará la Nación porque no se puedan satisfacer en toda su amplitud las aspiraciones contenidas en la cláusula tercera del plan de San Luis Potosí; pero las pérdidas por este capítulo serán muy inferiores á las que hubiese ocasionado la prolongación de la guerra, además de que, por los medios constitucionales, procuramos satisfacer los legítimos derechos conculcados á que se refiere dicha cláusula.

En cuanto á los grados militares que corresponden á los jefes de la revolución, se les reconocerán según el plan de San Luis Potosí, por los Gobernadores de los Estados, y se nombrará una comisión para que determine cuáles han de ser ratificados por el Gobierno Federal.

#### **Mexicanos:**

Cuando os invité á tomar las armas, os dije que fuéseis invencibles en la guerra y magnánimos en la victoria. Habéis cumplido fielmente mi recomendación, causando la admiración del mundo entero. Pues bien, ahora os recomiendo, que así como habéis sabido empuñar las armas, para defender vuestros derechos; los que sigáis con ellas, en calidad de guardias nacionales, os pongáis á la altura de vuestros nuevos deberes que consisten en guardar el orden y constituir una garantía para la sociedad y para el nuevo régimen de cosas; los que os retiréis á la vida privada, esgrimid la nueva arma que habéis conquistado: el voto. Usad libremente esta poderosísima arma y muy pronto veréis que ella os proporcione victorias más importantes y duraderas que las que os ha proporcionado vuestro rifle.

Al retirarme á la vida privada y en mi calidad de simple ciudadano, seguiré considerándome como jefe del actual partido revolucionario, y colaboraré con el gobierno del señor de la Barra poniendo á su servicio todas mis energías, pues comprendo que desde el momento que fuí quien promovió la revolución y que me considero como el jefe del partido de ella emanado, tengo el sagrado deber de contribuir al restablecimiento del orden y de la paz pública y también el de seguir velando por los intereses del partido político que ha depositado en mí su confianza.

Lo único que pido á todos mis conciudadanos es que colaboren conmigo y con el actual gobierno, á fin de que todos unidos dediquemos nuestros esfuerzos á trabajar por el engrandecimiento y gloria de nuestra patria.

**SUFRAGIO EFECTIVO. . . . NO REELECCION.**

Ciudad Juárez, 26 de Mayo de 1911.

**Francisco I. Madero.**



Resalta en el manifiesto anterior la habilidad del señor Madero como político, pues no creo que sea difícil comprender que la renuncia á la Presidencia Provisional no es más que una simple fórmula, desde el momento que el señor Madero sabía que como consecuencia del triunfo de la revolución, tenía ya un 90 por ciento de probabilidades de salir electo Presidente Constitucional en las próximas elecciones; era además de hecho el Presidente de la República pues que imponía su voluntad al señor de la Barra, nombrándole hasta su Gabinete. La efervescencia que las pasiones han sufrido y la infinidad de defensores con que cuenta el señor Madero ha hecho que todas sus disposiciones no se juzguen sino con una benignidad decidida y franca; al grado de que las censuras muy justificadas que el señor licenciado don Jorge Vera Estañol ha hecho públicas, recibieran una oposición tremenda tratando de desviar el curso real de los hechos, con razonamientos más ó menos forzados.



El 2 de Junio de 1911, salimos de El Paso, Texas, en tren especial para hacer nuestra entrada á la República, pasando por Ciudad Porfirio Díaz. Conocida la marcha del señor Madero, los mexicanos residentes en Sanderson, pequeña población americana, avisaron por telégrafo, á bordo del tren especial, con unas seis horas de anticipación, que esperaban saludar al señor Madero. El tren pasa por Sanderson á las 11 p. m.; á esta hora se encontraban en la estación más de 500 personas, acompañadas de una banda de música y de hachones; estaban representadas algunas sociedades por medio de estandartes. La persona que hacía cabeza de la manifestación pidió á nombre de todos que saliera el señor Madero; que habían conseguido del jefe de estación que el tren se detuviera unos minutos más, con el fin de tener el gusto de ver al Jefe de la Revolución. El señor Madero, que tuvo conocimiento oportuno de la manifestación, se negó á salir desde un principio, es decir, desde que se recibió el telegrama, pretextando que la hora era ya muy avanzada y que él estaría ya descansando.

En Spofford, estación de cambio para dirigirse á Eagle-Pass, se acercó al señor Madero una comisión que representaba el Club Antirreeleccionista de Ciudad Porfirio Díaz; después de las saluciones de estilo, el señor Madero dijo á los representantes del Club que hicieran una representación ante la Legislatura local para que se cambiara el nombre de Porfirio Díaz, por el de Piedras Negras.

Entramos á Porfirio Díaz á eso de las 9 a. m., y desde este lugar hasta la capital de la República, el señor Madero fué aclamado hasta en las ranherías más insignificantes.

En el trayecto no anoté ningún hecho significativo más que la orden que se dió á los repórters, de que todas las noticias les serían dadas por el señor Arturo Lazo de la Vega, quien sería el único que estaría cerca del señor Madero, en las manifestaciones que se organizaron en los diferentes puntos del trayecto. De este modo, á mi manera de ver las cosas, se coartaba, quizá inconscientemente la libertad de imprenta, toda vez que el señor Lazo de la Vega, aunque persona de muchos méritos personales y de alguna independencia, era elemento que podía considerarse como adicto al jefe de la revolución, y se comprende que los hechos, como el anotado en Sanderson por ejemplo, que algo tiene de desagradable, no se dieron á conocer con la claridad debida. Este incidente de Sanderson no pasa de ser un ejemplo nada más, pues á nuestro paso por dicho poblado, todavía no se daba la orden de referencia.

### **Razgos psicológicos del revolucionario de Chihuahua**

Para disculpar en parte la segregación que de nuestros servicios como militares se ha hecho, alguien ha pretendido que los habitantes de Chihuahua son refractarios al régimen militar, porque odian á los soldados á quienes consideran sostenedores de la Dictadura del General Díaz. Es necesario aclarar de una vez por todas este punto, para definir responsabilidades y no buscar disculpas que no por ser muy bellas, idealmente consideradas, dejan de ser imaginarias y absurdas. En primer lugar, si bien es cierto que el malestar es general en la República y la revolución cuenta con un apoyo decidido de la opinión pública, es rigurosamente exacto que la mayor parte de los individuos que han tomado las armas en el Estado de Chihuahua no alcanzan á definir las causas del movimiento. Esto se extiende aún á los jefes de guerrillas. Es frecuente oír á individuos que dicen: "yo estoy aquí, no más porque viene mi tío fulano de tal, y el tío ha tomado las armas porque le gusta la bola." Es curioso observar que don Francisco I. Madero, tiene menos simpatías que cualquiera de los comandantes de una guerrilla, aun tratándose de individuos que tienen á sus órdenes sólo unos veinte ó menos hombres. No solo se limita la acción de don Francisco I. Madero en el orden moral, sino que en el material puede decirse que es incapaz de ordenar directamente al último de sus soldados. Este especialísimo estado de cosas, no esperado nunca por el Caudillo revolucionario, le ha conducido á crear entre él y sus más conspicuos ayudantes una liga artificial, concediendo honores inmerecidos y dispensando faltas graves, haciendo caso omiso de los nobilísimos y grandes principios que en sus peroratas públicas protesta seguir y defender.

De aquí resulta que el señor Madero teme al rebelde y fomenta al bandido.



Luego que la revolución, por la extrema impericia de los jefes militares, adquirió cierta consistencia, los ranchos se quedaban acéfalos y las poblaciones pequeñas sin autoridades y sin medios de trabajo. Esto obligó á la mayoría de los varones á ver un medio de subsistencia en el movimiento, y su ingreso determinó la continuación de la lucha. Podría casi asegurarse que los individuos verdaderamente amantes de la revolución por principio, tomaron parte en pequeñísima es-

cala. Y si esto es posible indicarlo tratándose de los habitantes mismos del Estado de Chihuahua, con más razón puede afirmarse de las partidas mixtas de mexicanos radicados ó quizá nacidos en Texas, y americanos netos, que como algunos de éstos lo han dicho ya, solo toman las armas por espíritu de aventura. Es indispensable fijarse bien en estos hechos concretos para no achacar faltas, que tienen su origen en ambiciones personales hipócritamente encubiertas, á causas que no existen.

Si existe alguna causa para que el rebelde no quiera someterse de buen grado á la disciplina militar, debe buscarse en la heterogeneidad del contingente y en la ninguna firmeza de los principios que pretende defender.

No creo yo que exista un odio general de los revolucionarios de Chihuahua hacia el Ejército, por más que en Chihuahua mismo y en varias poblaciones del Estado, la sociedad, especialmente femenina, dé marcadas muestras de antipatía para los defensores del gobierno del General Díaz. Como tampoco puede afirmarse que exista un odio manifiesto general del soldado de línea hacia el rebelde, por más que en el momento del combate unos y otros den pruebas de crueldad, cuando se encuentran en condiciones de hacerlo. Hay que descender un poco y considerar los acontecimientos en su aspecto grosero real y no pretendamos idealizar un asunto que puede tener graves consecuencias futuras. Hablando con serenidad y de modo completamente imparcial, puede afirmarse que los rebeldes, á pesar de los defectos orgánicos señalados anteriormente, están de acuerdo en someterse á una disciplina justa y á una organización militar que sirviera solo como medio más rápido para la finalización de las operaciones. Así he podido escucharlo de varios de sus más caracterizados representantes, y para mencionar uno citaré el nombre bien conocido de don Cástulo Herrera, que dicho sea de paso, lucha por los principios fundamentales de la causa antirreeleccionista con una honradez y pureza dignas de elogio. En el reducidísimo espacio de tiempo que pude tratar el asunto de la introducción de los principios militares en las filas rebeldes, pude convencerme con gran beneplácito, de que trabajaba en terreno fértil. Se necesita solo una gran delicadeza para el trabajo; se necesita saber tratar á los educandos y hacerles ver objetivamente, mejor dicho, causalmente, las ventajas de la ciencia militar. Carecería por otra parte de fundamento el hecho de que el soldado rebelde sintiera antipatía, por individuos que sacrificando más que la generalidad, defienden una causa común y se esfuerzan por darle mayor impulso con los conocimientos especiales que poseen. A mi modo de ver las cosas, no hay más causa aquí que la envidia; pero no la envidia de las masas, que siempre son susceptibles de dirigirse,

sino la envidia de las medianías que pretenden dirigir las operaciones.



Hay un fenómeno algo más complejo y es el cambio sufrido por don Francisco I. Madero, quien antes de entrar á México aseguraba que organizaría militarmente sus tropas y que en su presentación á las fuerzas de Zaragoza, sobre el camino de la Hacienda de San Agustín, decía: "yo quiero soldados-ciudadanos, soldados libres, que estén organizados pero sin disciplina;" y que habiendo hecho resaltar la personalidad de los diferentes elementos, hasta la del súbdito italiano Garibaldi, no haya tenido una frase de recuerdo para el glorioso ejército de la República, que estaba representado por tres oficiales del Colegio Militar de Chapultepec; uno de ellos que había abandonado las aulas para afiliarse en la revolución. Desde allí empieza nuestro calvario, es decir, á las siete horas de haber pisado el señor Madero territorio nacional, habiendo sido yo el único que mantuve firme hasta el último momento. la necesidad de que hiciera su entrada, contra la opinión de los señores Francisco Vázquez Gómez, Abraham González, González Garza y otras personas. No eran pues los soldados rebeldes rehacios á la disciplina militar; era el mismo señor don Francisco I. Madero, quien comenzaba por despreciar al Ejército, sin pensar que al hacerlo, minaba por su base la grande obra de la República, que él pretendía realizar. Era el mismo señor Madero quien debilitaba sus fuerzas, á las pocas horas de estar en contacto con ellas, sembrando en las irregulares filas rebeldes, gérmenes de anarquía. Las causas que originaron esta conducta me son desconocidas: tengo una explicación muy personal, pero me reservo á emitirla más tarde, cuando tenga datos que me permitan asegurar su exactitud. Dejo á la consideración pública el análisis de los hechos. Por otra parte se comprende con facilidad que aun habiendo cierta reticencia para que el soldado rebelde admitiera la educación militar, era un deber en los directores intelectuales del movimiento, interponer su influjo á fin de que cesara toda indisposición, supuesto que al pretender hacerse la guerra, no seríamos nosotros, los mexicanos, quienes en pleno siglo XX, descubriéramos un nuevo sistema de conducción de operaciones, que fuera ajeno á los inmutables principios que rigen las ciencias militares. Debe haber influjos extraños, que se encubren con razones torpes, insostenibles, toda vez que el mismísimo señor Garibaldi, en caso de que algunos conocimientos militares poseyera, no podía dirigir las operaciones de modo contrario á las doctrinas técnicas adquiridas en el Colegio Militar de México.



Cuando he visto en la prensa americana que el señor Madero pretende conservar al señor Garibaldi para que asista á la reorganización del Ejército Mexicano, me he pensado que tal vez el señor Madero está perdiendo la razón, porque, sin contar con que es problemático su acceso á la Presidencia de la República, no puede el señor Madero sinceramente confesar que el súbdito italiano posea conocimientos militares, y si los posee, ha tenido la malísima suerte de no poderlos lucir en tierra mexicana. Ha llegado el cinismo de los que se empeñan en hacerle reclamo al hijo del Gran Garibaldi, hasta anunciar que ocupará un puesto en el Colegio Militar de México. Afortunadamente ese caso no llegará á presentarse; pero si tal se pretendiera, lanzo desde estas líneas mi primera fundada protesta y estoy dispuesto á combatir enérgicamente la elevación de elementos ineptos extranjeros, pues ya tenemos bastante con los del país.

Han pasado ya meses enteros y el estado en que se conservaron las fuerzas de Don Francisco I. Madero, así como los movimientos realizados, probarán hasta la evidencia, mejor que cualquier estudio crítico, la idoneidad del personal que se escogió como directivo.

Las consecuencias indispensables de la falta de orden y disciplina, han sido evidenciadas ya con dos hechos de dominio universal: el ataque de Ciudad Juárez contraviniendo la orden expresa del señor Madero, y después el golpe de Estado que el Jefe Pascual Orozco, dió en la propia Ciudad Juárez el día 13 de Mayo.

Es digno de llamar poderosamente la atención también, que á pesar de que se pretende justificar la no ingerencia de los militares en la dirección de los asuntos de guerra, todos los civiles que accidentalmente han tomado á su cargo distintos asuntos, se apresuran á admitir grados militares é invocan enfáticamente el rigorismo de la disciplina en todos los casos, bastante frecuentes, en que su autoridad se siente flaquear, resultando muchas veces más despóticos que los militares de profesión.

No puede negarse, en consecuencia, que existe el deseo general, hijo de la ostentación, de distinguirse con algún grado militar, y por más que se diga que los altivos hijos del Estado de Chihuahua, son, por naturaleza, indomables, y que su nivel intelectual les impide someterse á los rigores del servicio militar, testimonian lo contrario el hecho de que reconozcan autoridad en el jefe de guerrilla y le llaman su capitán, habiendo sido ésta la única razón que el señor Madero tuvo



en la mayoría de los casos para fabricar capitanes. Si los soldados están dispuestos á reconocer la autoridad de su capitán y los capitanes, como más de una vez pude comprobarlo, están dispuestos á reconocer una jerarquía directora más elevada, se concluye que la introducción de la disciplina militar por militares en las filas rebeldes, fué una obra posible, y si no se llevó á cabo, fué debido á la constante é inexplicable oposición que hacían los elementos civiles que á toda costa pretendieron acaparar los puestos directivos.

Podrá objetarse, como ya se ha hecho, pretendiendo defender los actos del Jefe de la Revolución, que conmociones de la naturaleza de la Revolución Mexicana tienen que adolecer irremisiblemente de grandes irregularidades. Esto, á mi modo de ver las cosas, sólo quiere decir que se proceda en asuntos de esta índole con métodos toscos de organización, que sin exigir de los elementos disponibles un trabajo exagerado, se les haga paulatinamente, sin sentirlo, irse acostumbrando á las prácticas de orden, únicas que podrán hacer de un sacudimiento social de la naturaleza del que estudiamos, un sacudimiento social útil; asentado en bases sólidas que garanticen no sólo la pureza de miras de los directores intelectuales, sino la futura estabilidad de la República. No hay que eludir responsabilidades, ni dejar de reconocerlas tampoco. Yo siempre he comprendido la necesidad de proceder en los asuntos de la revolución con gran facilidad de disculpa, pero esto siempre que no se hagan intervenir factores de conveniencia personal, porque desde que estos factores intervienen, se olvida el compromiso que se tiene con el pueblo, á quien se ha prometido velar por su bienestar, en cambio de la retribución que de él se espera, tanto para el sostenimiento material, que hará triunfar nuestras aspiraciones, cuanto por las pruebas que ese mismo pueblo dá, retribuyendo con creces á los que se han vestido con el hábito de reformadores.

La Revolución Mexicana, notable entre todas las revoluciones por las diferentes fases de su desarrollo, es digna de estudiarse con todo detenimiento, en cuanto se refiera á la actitud que el pueblo, nuestro pueblo sufrido y dócil, ha asumido. El pueblo que fué quien hizo triunfar la revolución, es acreedor á toda nuestra admiración y respeto; es acreedor á que se consideren sus destinos, de hoy en adelante, con más honradez; con más inteligencia; con más energía. Los directores políticos de la actual Revolución Mexicana han procedido con vacilaciones que tendrán que reducir más tarde, ante el criterio sereno de la Historia, sus merecimientos que hoy se pretende exagerar.

En cambio, los hombres rudos de las diferentes partes

de la República que con sinceridad hayan tomado las armas para sostener los principios encarnados en el estandarte revolucionario, son dignos de elogio, pues á pesar de que hayan cometido desatinos y arbitrariedades, casi siempre estos errores se deberán á su ruda educación; después, quizá, se les ha perjudicado con nombramientos superiores á sus alcances, lo que ha tenido como consecuencia su ensoberbecimiento. Este es el caso de Pascual Orozco; de Cástulo Herrera y otras figuras más ó menos simpáticas.

## FRANCISCO I. MADERO.

Para hacer un juicio crítico de este hombre excepcional, es necesario recurrir á las fuentes profundas de la Psicología, donde quizá pueda uno explicarse, el por qué de toda la miseria humana; hasta dónde es posible confiar en las promesas de un hombre, qué móviles le impulsan á prometer una obra buena y cuáles lo desvían de la realización práctica de sus promesas.

Es seguro, de toda evidencia, que Don Francisco I. Madero ha sido atacado dolosamente por sus enemigos, y seguro también y también evidente, que sus incondicionales lo defienden á toda costa, concediéndole cualidades ultraterrenas.

Se conoce cuán difícil es emitir un juicio crítico; se sabe cuáles son las cualidades esenciales del individuo que se echa á cuestras emejante trabajo y se ha dicho ya que los hombres no podrán juzgarse en su labor inmediata, sino que habrá que esperar á que el tiempo borre las explosiones de la pasión, para que la imparcialidad se abra paso franco en el terreno de la sinceridad.

No seré yo, pues, quien pretenda hacer un juicio completo del señor Madero; juzgo, sí, que estoy en mejores condiciones que muchos para hablar claro y para hablar con honradez; claridad y honradez que se inspiran en mi grande ambición de servir bien á mi Patria; claridad que se apoya en mis relaciones íntimas con el Jefe de la Revolución en los tiempos de peligro, y honradez que se justifica con mi línea de conducta, antes de la Revolución y durante la Revolución.

Mi trabajo en estos actuales momentos de excitación pasional; en estos actuales momentos en que la ambición se encubre hipócritamente con la túnica del patriotismo; con el falso deber de gratitud, va dirigido especialmente á la gente serena y á la gente sensata, y lo he escrito para bien efectivo del pueblo mexicano.

En el informe que en San Antonio, Texas, rendí al señor Madero con motivo de la expedición que hice al Estado de Chihuahua, hablo de la impresión dolorosa que me causaba ver el desprendimiento de gente humilde de las rancherías, que sacrifican, decía yo, lo más grande que el hombre puede sacrificar: su mujer y sus pequeños hijos, para ir á conquistar la libertad del ciudadano y el imperio de la Ley, quizá, quizá para caer muy pronto inmolados en aras de otra tiranía más criminal y más hipócrita. Estas palabras, que salieron del fondo de mi corazón, las dije para excitar al señor Madero, que entonces se encontraba en Estados Unidos,

para que violentara su entrada al territorio nacional y para que pusiera en pié las doctrinas con que había sugestionado al pueblo. Yo, desde entonces, contraí un compromiso con esos hombres humildes que á mi palabra se afiliaron á la Revolución; algunos de ellos murieron á los pocos días y los demás quedaron expuestos á mendigar en nuestro territorio ó á inmigrar á los Estados Unidos, sufriendo las consecuencias tristemente fatales á que se vé uno expuesto en la inhospitalaria tierra americana, donde el mexicano, á pesar de las protestas diplomáticas, es visto con marcadas muestras de desprecio.

Si mi trabajo no tuviera otras consecuencias benéficas, cuando menos será la demostración de que he hecho lo que ha estado á mi alcance para defender á esos humildes sostenedores de los principios democráticos, inconscientes muchos de ellos, pero no responsables y siempre dignos de mejor suerte.

Con la misma franqueza con que hablé al señor Madero después de la expedición de Coahuila, le hablé siempre, hasta el momento en que me despedí de él en Galeana. Con esa misma franqueza, que supongo todavía me reconocerá, á pesar de la distancia que hoy nos separa, voy á delinear su personalidad para que sea conocida algo mejor por los habitantes de la República, y ojalá y mi trabajo sirva para que se corrijan los grandes males que hoy se bosquejan en el cielo azul de nuestro caro México.

### **MADERO FISICO, INTELECTUAL Y MORAL.**

Madero, físicamente hablando, es un hombre de gran resistencia, á pesar de su aparente delicada constitución; le agrada bastante caminar á pié; es sumamente nervioso; tiene un movimiento especial del hombre derecho que lo denuncia á gran distancia; se preocupa bastante por su persona, aunque no busque comodidades para el descanso; no se preocupa absolutamente del bienestar de los demás, ni aún de los enfermos y heridos. Después de la derrota que sufrimos en Casas Grandes, se manifestó impasible, haciendo sólo aparente su preocupación por su hermano Raúl y por Garibaldi; cuando estas personas llegaron al acantonamiento de San Diego, quedó tranquilo. Intelectualmente, Madero es un hombre de mediana instrucción y también de mediano talento. Moralmente, sólo puede decirse que es afecto á rodearse de gente adicta incondicional, aunque haga alarde de que le gusta que le hablen con franqueza, y de que tiene una gran facultad para hacer justicia á todos los hombres.

En lo que respecta á su conservación personal, dió siempre pruebas de una gran indiferencia, manifestándose muy nervioso por el éxito de una acción; pero no porque su persona corriera algún peligro; esta cualidad, que aparece contradicha con lo que me contestó cuando yo insistía en que entrara á México, cuando las fuerzas de Orozco se hallaban en situación precaria, yo me la explico considerando que entonces él creía ponerse en ridículo efectuando maniobras militares inconvenientes, es decir, creyó que entrando en aquellas condiciones difíciles, no podría aspirar á ser émulo de Napoleón.

Lo que menos deseo es que se crea que trato de desprestigiar al señor Madero; mis palabras tienen el fundamento de hechos que, aunque no puedan relatarse muchos de ellos, tienen su influencia en la apreciación interna; por esta circunstancia creo que ahora será difícil que me comprendan muchos de mis conciudadanos; pero como quiera que esa dificultad se limitará sólo á hechos de carácter muy especial, quedan en pié los cargos concretos que en seguida paso á hacer y que, si no tienen toda la importancia que yo les atribuyo, sí podrán contribuir á formar el criterio de la generalidad.

### **RESPONSABILIDADES.**

1º.—Dejó abandonados en los Estados Unidos á los oficiales que se habían llamado para que tomaran parte en la Revolución.

2º.—Ha permitido que los extranjeros tengan decidida influencia en nuestros asuntos, como lo prueba el hecho de admitir una fracción completa de americanos en las fuerzas que estaban á sus órdenes inmediatas; la elevación del señor José Garibaldi á pesar de su notoria incompetencia como soldado; las misiones especiales que desempeñó el señor Craighton, la admisión de oficiales americanos y la del señor Viljoen en su Estado Mayor.

3º.—Contraviniendo el PLAN DE SAN LUIS POTOSI, que él proclamara como Ley Suprema de la Revolución, concedió nombramientos de generales, coroneles, tenientes coroneles, mayores y capitanes sin ninguna justificación; guiándose por impresiones de la prensa americana ó por simpatías muy personales.

4º.—Ha desatendido de plano la impartición de justicia, permitiendo que individuos condenados por un consejo de guerra absolutamente imparcial, quedaran eximidos de todo cas-

tigo y en libertad completa después de unos cuantos días de haber sido juzgados.

Salvó la vida del General Navarro. Este hecho, que sus admiradores incondicionales quieren hacer aparecer como un acto de magnanimidad suprema, debe considerarse bajo puntos de vista bien distintos. El plan de San Luis Potosí sufrió la más burda de las violaciones, salvándose á un hombre que aparecía como responsable de la muerte de personas indefensas y primeras sostenedoras de la Causa Antirreeleccionista. Yo creo que la suerte del General Navarro debió haberse decidido en un consejo de guerra competente que obrara con absoluta energía é imparcialidad; el hecho de haber obrado el señor Madero con sujeción á su capricho, tendrá todo lo noble que sus defensores apasionados ó interesados quieran concederle; pero no es una garantía para la Nación, de la rectitud de sus actos.

5°.—Ha favorecido abiertamente á su familia. Nombró á su hermano Don Gustavo, Ministro de Hacienda en Ciudad Juárez y creo que será éste el primer caso análogo que registre la historia en los tiempos modernos. Por más que se quiera defender tal nombramiento, yo lo condeno; condeno al autor de él porque revela muy poca honradez administrativa y ninguna fé puede tener la Nación en un hombre que así comienza á gobernarla. Condeno también, la conducta de los señores Doctor Francisco Vázquez Gómez, señores Venustiano Carranza, José María Pino Suárez y Juan Sánchez Azcona, porque no cabe duda que estos señores tienen una gran influencia sobre el señor Madero, y al acatar sin protestas, determinaciones á todas luces inmorales, dan una evidente prueba, de que sólo aspiran á medrar en un medio nuevo, á despecho de las verdaderas aspiraciones y necesidades nacionales. ¿Es así cómo demuestran su independencia de carácter? ¿Es á hombres de esta talla á quienes van á confiarse los destinos de la patria?

Raúl Maderó, hermano de Don Francisco, obtuvo de plano su ascenso de Mayor, y á los pocos días el Teniente Coronel; Don Catarino Benavides, tío de Don Francisco, obtuvo el nombramiento de Coronel antes de que entrara á la República. Ha permitido, en suma, que su familia toda tome cartas en los grandes problemas nacionales, como si se tratara de un asunto personal. Creo que no se pretenderá disculpar al señor Maderó en esta parte de su obra, pretendiendo que las personas de su familia eran las más adictas á su persona y que en consecuencia, podía confiarse en su capacidad.

6°.—Los elementos introducidos como Ministros del actual Presidente de la República, no se han distinguido siquiera por sus ideas revolucionarias; muchos de ellos hicieron pú-

blicas sus tendencias netamente contrarias á la Revolución durante el Gobierno del General Díaz.

Las condiciones especiales en que se ha desarrollado la Revolución, impiden que se pueda juzgar con conocimiento de causa la personalidad de Don Francisco I. Madero en lugares alejados de los en que él se encontró.

La prensa, que tiene, entre otras, la noble misión de ilustrar la opinión pública, no ha servido en este caso, por las mismas especiales condiciones á que antes hice referencia. Es por esto por lo que más me he empeñado en presentar este trabajo, desafiando abiertamente cualquier oposición, seguro de que hago un bien á mi país. Y considérese el problema bajo todos los puntos de vista que se quiera, y se verá que tengo razón.

Es harto difícil llegar á ser comprendido en nuestros fines por la gran mayoría de los hombres. Inmediatamente surgen suposiciones: más ó menos descabelladas para explicarse una acción que en vano aseguramos emprender con sobra de patriotismo y con sobra de honradez; es por esto por lo que no insistiré más en asegurar la pureza de mi intención. Sé que va á decirse que el despecho me ha inspirado; no faltará quien llegue á suponerse que se trata de una traición, etc., etc. . . . . Todo eso no quita que los hechos que yo presento á la consideración pública, no sean ciertos; podré haberme equivocado en la apreciación de ellos, pero han sucedido no diré: tales como los refiero, porque fácil es comprender que mucho se escapa á la observación individual, pero también es lógico concluir que si yo aseguro que mi informe es una pálida descripción de lo sucedido, no he de estar muy errado cuando considero que Caudillo de la Revolución, cuya personalidad en esta primera parte de su trabajo será definida más tarde con toda amplitud por el fallo de la Historia, es un elemento peligroso para conducir á nuestra patria por los caminos seguros del progreso. Las dos grandes clases de trabajo que el señor Madero tiene que llevar á cabo son de tal manera diferentes, que se comprende con facilidad que es muy difícil que haya un hombre capaz de realizarlas con eficacia. Si del estudio que tengo el honor de presentar al público, se desprende que el señor Madero ha llenado deficientemente la parte destructiva de la Revolución; si de la consideración imparcial y serena de los hechos somos conducidos á creer que el señor Madero carece en absoluto de dotes de gobierno; si lo hemos visto rodearse preferentemente de hombres incondicionales á su persona, muchas veces hasta serviles; si, en una palabra, vemos que el Apóstol Madero no responde á nuestras necesidades terrenas, aunque se le suponga un corazón infantil, y precisamente por suponérselo así, creo yo que es necesario pensar en resolver el inmenso problema que tenemos á la vista y no

encubrir nuestra responsabilidad, mareándonos en una atmósfera de adulación y de homenaje á un hombre, á quien haremos después responsable de todas las desgracias que aquejan al país, y de las que somos desde hoy culpables conscientes. Yo, que amo á mi Patria con más fuerza tal vez de la que tengan todos mis enemigos para atacarme, no vacilo en hacer públicas mis observaciones, aún adoleciendo de defectos capitales de estilo, de forma, etc., etc., y no vacilo porque obro con absoluto desinterés. Yo no aspiro á ninguna recompensa; á ningún beneficio; sé que detrás de mi trabajo se encontrará la crítica mordaz, quizá el desprecio; pero tengo la firme convicción de hacer un trabajo honrado.

Al imponerme la misión de denunciar defectos, sé que estoy obligado también á indicar los remedios generales que los corrijan, y esto justificará mi labor.

Don Francisco I. Madero goza de una popularidad enorme, como tal vez no la haya adquirido nunca en México hombre público alguno; esta popularidad es una ventaja en cuanto sirve para normar la labor electoral, y si se considera que como consecuencia de esa labor uniformada, el señor Madero será el Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, no se comprende á primera vista cuál es el objeto de un trabajo que tiende á demostrar la inconveniencia del señor Madero para el primer puesto de la Administración. Pero avanzando un poco más, habrá que convenir en que cualquiera que sea el resultado de mi trabajo, es bueno, porque si bien es casi imposible que por su simple aparición se consiga arrancar el ual de raíz, en cambio, á poco que el señor Madero tome las riendas del Gobierno, todo el mundo se convencerá de la razón que me asiste, y entonces podrán tomarse otras medidas que, si bien menos radicales, no dejarán de ser eficaces. Es también evidente que al presentar yo mi trabajo al público, lo hago con el fin de que se considere con imparcialidad por hombres independientes que pueden desde luego meditar en la solución de los grandes problemas que nos afligen, y de este modo la labor combinada de elementos sanos, de gran entereza de ánimo, de gran valor civil y de gran independencia, será de incalculable provecho para nuestra Patria.

\*  
\* \*

La solución ideal para mí, sería que el Pueblo Mexicano, comprendiendo que de Don Francisco I. Madero no puede esperarse más en la segunda parte del trabajo que tenemos delante, lo retirara de la cosa pública, fijándose en otro hombre que tuviera medianas capacidades para el alto puesto que se discute. Las cualidades que el señor Madero recomendaba para los funcionarios públicos en su libro "La Sucesión Pre-



sidencial," serán siempre las que pueden servir de norma para que elijamos á nuestros mandatarios. Esas cualidades, por desgracia, si las ha reunido el actual Jefe de la Revolución, se han esfumado quizá con los humos de la adulación y del servilismo. Pero tengamos en cuenta que los intereses generales de la República están muy por encima de las conveniencias personales del más grande de nuestros hombres; consideremos con entereza que la gratitud no debe anteponerse al bienestar general; y, si salimos vencidos por la gran masa de la opinión, no desmayemos en nuestra tarea de vigilar constantemente los actos de nuestros futuros mandatarios y preocupémonos en grado sumo de la elección de los representantes del pueblo, para que no volvamos á tener diputados que, como los que se sucedieron en la época de la Administración porfirista, sólo iban á las Cámaras para obedecer consignas. Dejemos á un lado, ahora que se vé claro el peligro que amenaza á los destinos de México toda consideración de oropel; todo sentimiento que tienda á ofuscar nuestras capacidades y distingamos nuestra verdadera misión en el camino efectivo del porvenir de México.

\*  
\* \*

De las clases sociales que contribuyen al desenvolvimiento de una nación, hay que distinguir á las clases directoras de las clases dirigidas. Las segundas son siempre notablemente más numerosas; poseen el don FUERZA BRUTA; son fácilmente sugestionables y de aquí la dificultad del problema actual, porque nos encontramos en el caso de que las clases dirigidas, conscientes ahora de una libertad que no saben usar, creen tener una libertad de acción que puede ser muy dañosa para los destinos de la República. Las fuerzas sociales han sido desencadenadas por la palabra del señor Madero y por la acción de la Prensa. Se han desencadenado esas fuerzas y ahora se tiene temor de sus consecuencias ante nuestra debilidad para poder reprimirlas.

\*  
\* \*

Veamos si el señor Madero se ha mostrado á la altura que las circunstancias lo exigían. Todos los movimientos verificados en los Estados Unidos revelan una absoluta torpeza en la dirección y una confianza extrema en los individuos, la mayor parte completamente desconocidos, que iban á ofrecer sus servicios. Se llegó á tener más confianza en estos ele-

mentos que en los mismos oficiales que se habían llamado de México para que prestaran sus servicios en la Revolución. Recién iniciadas las operaciones revolucionarias, fracasó el movimiento en la Capital de la República y este incidente modificó profundamente las miras de la familia Madero, licenciando á los oficiales, sin considerar que en tierra extraña no contaban con elementos de vida. El señor Madero dió pruebas de vacilación. Luego que los movimientos del Estado de Chihuahua hicieron concebir esperanzas de que el movimiento general triunfaría, se volvió á recurrir á los oficiales abandonados y ño se pudieron utilizar los servicios de todos, por las mismas deficiencias directoras que en un principio hicieron que fracasaran los movimientos fronterizos. La Revolución siguió su curso natural sostenida por los hijos del Estado de Chihuahua y por la incompetencia de los jefes militares del Gobierno del General Díaz para conducir las operaciones militares. Este fué siempre un factor principalísimo que ayudó mucho á la Revolución.



Don Francisco I. Madero ha inducido al pueblo á la Revolución. Debemos convenir en que á pesar de ser él quien encarnó la idea, ha habido un círculo de amigos ó partidarios que ejerciendo presión en su ánimo, coadyuvaron á realizar la misma obra. Don Francisco I. Madero no midió la magnitud de la empresa que iniciara. Su ilusa imaginación concibió algo grandioso; creyó que á su palabra, el 20 de Noviembre, se levantarían en masa las poblaciones; se rebelaría el Ejército; él llegaría á la Capital de la República y constituiría una nueva Patria como se hace un castillo de naipes. Tan era ésta la concepción del señor Madero, que antes de iniciarse la revolución se decía entre los admiradores incondicionales, que su esposa, ayudada de sus hermanas, constituirían la Cruz Roja, entrando con nosotros después que cayera C. Porfirio Díaz. Por el 18 de Noviembre había una excitación inusitada en la pequeña poblacin americana de Eagle-Pass; algunas señoritas se acercaron á preguntar si no sabía yo dónde podía hablarse con la señora de Madero para inscribirse en la Cruz Roja. El fracaso de nuestros esfuerzos apagó todo movimiento y ni la señora Madero, ni las señoritas hermanas de Don Francisco, ingresaron nunca á la Cruz Roja, ni prestaron su ayuda como enfermeras. La señora de Madero visitó el Hospital Insurrecto en El Paso, antes de la toma de C. Juárez; pero ya en calidad de visita de honor; cuando todas las miserias

procuran engalanarse y se ven las cosas con el aire especialísimo que produce la elevación del poder. La primera parte de la Revolución no debe al señor Madero nada de sus energías ni de sus aptitudes. De otro modo, el señor Madero en esta primera parte demostró que era incompetente para llevar á cabo la empresa que se hubiera propuesto realizar al firmar el manifiesto de San Luis Potosí.

La chispa revolucionaria que estalló en el Estado de Chihuahua en Noviembre de 1910, podía haber sido apagada. Unos cuantos hombres, pésimamente armados, sin grandes elementos materiales, sin ninguna organización se lanzaban á la lucha. Temerosos de medir su fuerza con los flamantes batallones del Gobierno Federal, buscaron la defensa que la naturaleza les ofrecía y una casualidad hizo que un atravancado se atreviera á romper el fuego contra el enemigo, obteniendo la primera relativa ventaja. Técnicamente hablando, en el orden militar, los rebeldes de Chihuahua debían haber sido vencidos y la revolución habría muerto. La casualidad que en este caso implica torpeza directiva en el Ejército, contribuyó principalmente para que se mantuviera y desarrollara el movimiento insurreccional en Chihuahua y sólo más tarde se definió con lineamientos precisos la grandeza de la revolución actual.

Fué poco antes de que esto sucediera cuando don Francisco I. Madero penetró, también por casualidad, á territorio mexicano. Todos los esfuerzos que antes se habían hecho para que el señor Madero hiciera su entrada á México, habían resultado inútiles por la decidida impericia de los elementos directores de la revolución ó por su deseo encubierto en razones de interés personal propio, de que el señor Madero continuara en la inestable posición que guardaba en los Estados Unidos. La entrada del señor Madero á territorio nacional debía acabar de definir su personalidad. Los errores hasta entonces cometidos se olvidarían seguramente, ante un trabajo inteligente, nérgico, honrado y de orden. En cambio, la labor por él realizada, coartando la iniciativa de los elementos útiles; matando su independencia; conservando y aún fomentando la anarquía de sus tropas; nulificando la justicia; favoreciendo á los extranjeros con perjuicio de los nacionales; imponiendo en suma, su voluntad y revelando un carácter completamente débil con individuos que eran en verdad peligrosos para la sociedad y para el buen nombre de la causa, hacen ver que el señor Madero carece en absoluto de las cualidades necesarias á un hombre de gobierno y no se me vaya á salir con que mientras menos capacidad tenga para gobernar será mejor, como ha dicho un conocido é inteligente escritor, porque no estamos los mexicanos en condiciones to-

davía de saber utilizar esa debilidad extrema, unida al mismo tiempo con una ambición de mando desmedida.

\* \* \*

A grandes rasgos, pero rasgos bien definidos, queda delineada la personalidad del Caudillo de la revolución. Todos los cargos que dejo señalados, en vano tratarán de desvirtuarlos sus partidarios y amigos; el mismo señor Madero con vendrá, conociéndome como me conoce, y recordando sus famosas palabras de despedida en Galeana: "Reconozco que es usted hombre honrado y de gran valor civil; pero es usted como Catón, intransigente," tendrá que rendirse á la evidencia y reconocer una vez más lo intransigente de mi manera de ser, pero al mismo tiempo, tendrá que reconocer, demasiado tarde por cierto, que mis observaciones algo tenían de verdaderas; alguna razón tenía el pesimista de Aguilar, cuando la República atraviesa en estos momentos por situación tan difícil y cuando apenas al mes de haber hecho su entrada triunfal el señor Madero á la capital de la República, ya comienza á ser atacado con dureza, y no por mí, que he tenido que retardar mi trabajo por razones bien ajenas á mi voluntad, sino por personas de más valer que yo.

Repito al señor Madero que sigo siendo su amigo personal, el amigo que siempre le dijo lo que sentía, para bien de él y de la República; como también creo que no habrá olvidado que le contesté en Galeana. Lo que sucede es que ahora nuestros puntos de vista se han apartado demasiado; el amigo Madero se ha alejado de la causa de la República, y yo prometí defender á la República antes que á Madero, y defender á Madero siempre que se identificara con mi mayor aspiración.

Para terminar mi estudio, voy á hacer el cargo más tremendo que nadie se haya atrevido á lanzar: Madero no ama al pueblo. Como es costumbre mía, voy á fundar la veracidad de mi aserto:

Si los hechos que se pueden entresacar de este estudio no bastan á probar lo anterior, señalaré otros: El señor Madero, excepción hecha de Pascual Orozco, á quien le habla de usted para confirmar el grado que le dió en las cercanías de Ciudad Juárez, á todos los demás jefes revolucionarios les habla de tú, como se acostumbra hacerlo con individuos á quienes uno considera servidores suyos.

Las tropas revolucionarias que operaron bajo sus órdenes directas, nunca recibieron un solo centavo, viviendo como se dice militarmente "sobre el país." Sólo recibieron dinero las personas que le eran muy allegadas ó que le servían incondicionalmente.

Nunca se preocupó por atender á las necesidades de sus soldados, ni aun en casos de enfermedad, manifestando siempre una gran preocupación por el resultado de un acontecimiento que podría traer menoscabo de sus intereses muy personales. Así sólo se explica que Madero, que permanece impassible cuando se trata de algún incidente que ponga en peligro su vida, y que mantiene la misma impassibilidad cuando se trata del dolor sufrido por nuestros soldados después de un incidente como el de Casas Grandes, sufre una excitación nerviosa terrible cuando ve comprometida una acción que podría acarrear la pérdida de sus más grandes aspiraciones.

En resumen :

**MADERO ES FALSO.**

**MADERO ES AMBICIOSO.**

**MADERO ES EXTREMADAMENTE DEBIL.**

La falsedad de Madero producirá el desaliento nacional.

La ambición de Madero nos conducirá al despotismo; despotismo sin igual en el mundo, porque hemos visto y vemos todos los días que Madero no admite enemigos: para estar bien con él es preciso serle incondicional, y como su familia tiene una gran influencia sobre su ánimo, resulta que no sólo es preciso ser incondicional de él, sino que debe llegarse hasta la incondicionalidad de una familia numerosísima y de los amigos más cercanos.

La extrema debilidad de Madero producirá indefectiblemente, en concomitancia con los defectos anteriores, la anarquía.

Es difícil encontrar en un hombre reunidas todas estas peligrosas pasiones; digo en un hombre que, como Madero, debe someterse á un criterio especial de juicio, desde el momento en que la posición en que pretende colocarse es absolutamente singular, y la Nación mexicana tiene derecho á exigir que el hombre que aspire á regirla sea medido no por el rasero vulgar con que pueden medirse la mayoría de los hombres, entre los cuales es común encontrarse defectos incontables, sino por un criterio más elevado, supuesto que la misión que ese hombre va á desempeñar no es la misma que desempeñan los hombres en el uso diario de sus facultades.

De esta manera se desvanecen las razones que aducen los aduladores de Madero, que á cada paso gritan que no se puede ser perfecto en esta vida, que todos los hombres tenemos nuestros grandes defectos. Muy bien, yo no quiero que el señor Madero se transforme en hombre ideal; puede quedarse tan defectuoso como lo conocemos, pero es indispensable para bien de la República que sus defectos ejerzan in-

fluencia sólo en su familia y no en nuestros destinos futuros.

Estas son las conclusiones generales á que me ha conducido el conocimiento íntimo del leader revolucionario. Estas conclusiones forman mi más íntima y sincera convicción, que en vano pretenderán contrariar los defensores del señor Madero. Yo sé que alrededor del señor Madero se agrupan muchas personas, que conociendo como yo los defectos de su jefe, no tienen la honradez de denunciarlos para encaminar sólidamente hacia el progreso nuestra vida nacional. Yo sé que los móviles que guían á ese grupo no son otros que los de la conveniencia propia, y desgraciadamente sé también que será muy difícil, quizá imposible evitar la influencia de ese grupo nefasto, que mereciendo recriminaciones más enérgicas y más fundadas que las á que se hizo acreedor el Partido Científico, será el baldón ignominioso que manchará las páginas de nuestra historia, siendo éste el menos triste de sus frutos, pues que comprometen á cada paso nuestra vida de nación libre, sin preocuparles en lo más mínimo que sobre sus hijos y sobre sus reputaciones, pese más tarde la maldición y el desprecio supremo de un pueblo que se ve burlado en sus ideales de justicia y de libertad.

No quisiera entristecer con lúgubres presagios las últimas páginas de mi libro, pero es tal la impresión que en mí produce el desplante de los que se dicen salvadores de la patria; de los que se suponen los elementos indispensables del movimiento revolucionario; de los que amedrentan á la sociedad con amenazas, que son incapaces de cumplir; de los que, en una palabra, recurren á todos los medios por inmorales que parezcan, para la consecución de sus criminales ambiciones, que no puedo menos que hablar con el corazón en la mano, y exitar á todos los hombres de valer de la República, para que uniendo su esfuerzo, procuren salvar á la sociedad de la ruina que la amenaza si dejamos que sigan tomando curso las maquinaciones de nuestros falsos apóstoles de la libertad que yo llamaría: **los fariseos de la República.**





